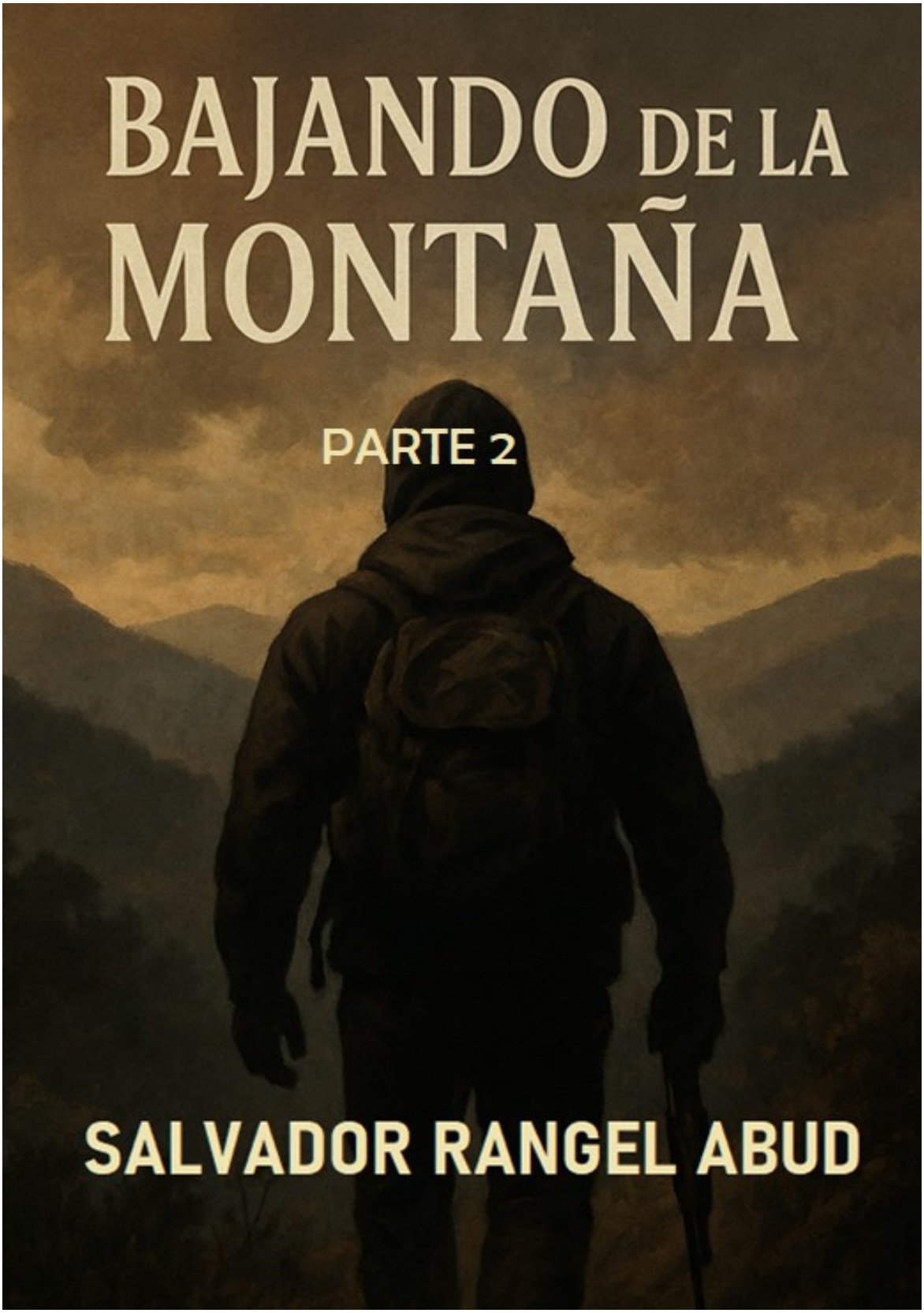
BAJANDO DE LA MONTAÑA
PARTE 2
SALVADOR RANGEL ABUD

BAJANDO DE LA MONTAÑA
SEGUNDA PARTE DE LA DUOLOGÍA
Continuación de: "CAMINO DE LA MONTAÑA"

Sinopsis

México, enero de 1994. Cuando el eco de las montañas desciende al valle del poder.

La madrugada del primero de enero cambió México para siempre. Mientras el país celebraba su entrada al primer mundo con el Tratado de Libre Comercio, las montañas de Chiapas respondieron con un grito insurgente que sacudió los cimientos del sistema político mexicano. El Ejército de Liberación Nacional tomó San Cristóbal de las Casas exigiendo libertad, justicia y democracia.

Ahora, apenas unas horas después del amanecer insurgente, comienza el verdadero juego del poder. La batalla ya no se libra solo en las calles de San Cristóbal, sino en los pasillos de Los Pinos, en las redacciones de los periódicos, en los cuarteles militares, en las transmisiones de radio y televisión. Porque en política mexicana, quien controla la narrativa controla el país.

Don Pedro Valdez Urrástegui, el presidente en su último año de gobierno, ve cómo su plan maestro de perpetuarse en el poder se desmorona. Lo que diseñó como experimento de control se ha transformado en rebelión auténtica. Las comunidades indígenas que pretendía manipular han tomado voz propia. Y ahora debe responder a una pregunta que nunca imaginó enfrentar: ¿cómo aplastar una insurgencia que él mismo ayudó a crear?

Osvaldo Colina Andrade, el candidato ungido para la sucesión presidencial, descubre que su campaña electoral debe redefinirse sobre la marcha. La crisis de Chiapas no estaba en su guión. Los analistas internacionales cuestionan la estabilidad del país. Los inversionistas temen por sus capitales. Y él debe decidir si seguir las órdenes de Valdez o trazar su propio camino.

Sevilla García-Teruel, el asesor español nacionalizado mexicano que opera desde las sombras en la Oficina de Gobierno de la Presidencia, se convierte en el titiritero maestro. Él no pelea con armas sino con comunicados, con filtraciones estratégicas, con construcción de narrativas. Su misión: fabricar la versión oficial de los hechos antes de que la verdad se arraigue en la conciencia nacional.

Juan Pueblo Morales, el periodista valiente que se atreve a escribir la verdad sobre Chiapas, será acusado de traición a la patria. Sus columnas incomodan al poder porque cuestiona la narrativa oficial, porque da voz a las comunidades indígenas, porque se niega a convertir en villanos a quienes solo exigen justicia. Pronto descubrirá que en México el precio de la verdad puede ser la libertad o la vida.

Manuel Orta, reportero comprometido con el periodismo de investigación, verá cómo las rotativas de su periódico arden en la madrugada. Alguien en el gobierno decidió que su trabajo era demasiado peligroso, que sus reportajes revelaban demasiado, que su honestidad era una amenaza al orden establecido.

El Obispo Samuel Martínez, basado en la figura histórica del Obispo Samuel Ruiz, se convierte en el mediador necesario entre la selva y Los Pinos. Hombre de fe y convicciones profundas, comprende que solo el diálogo puede evitar más derramamiento de sangre. Pero también sabe que el gobierno lo ve con desconfianza, que lo acusan de ser cómplice de los rebeldes, que su labor de paz es interpretada como traición.

El General Macario Contreras ve en la crisis de Chiapas la oportunidad perfecta para su ascenso militar. Ambicioso, calculador, eficiente, planea una operación militar que "pacifique" la región y lo convierta en héroe nacional. No le importan las comunidades indígenas, solo le importa su carrera. Y está dispuesto a hacer lo necesario para triunfar.

Y está Macario, el comandante insurgente. Pero ya no es un solo hombre. El nombre se ha convertido en símbolo, en voz colectiva de los pueblos que decidieron que morir lentamente de hambre y olvido era peor que arriesgar la vida en la lucha. El gobierno necesita capturarlo o eliminarlo, pero ¿cómo se captura una idea? ¿Cómo se elimina la esperanza?

Esta es la historia de los días inmediatos posteriores al alzamiento. El relato de un país en vilo, atrapado entre la memoria y el olvido, entre el miedo y la rebeldía. Donde la verdad se negocia en cuarteles militares y redacciones de periódicos. Donde cada comunicado gubernamental es un arma. Donde fabricar un mártir puede ser más útil que capturar a un rebelde. Donde el periodismo valiente se enfrenta a la maquinaria de propaganda estatal.

Porque al final, lo que se juega no es solo el destino de Chiapas, sino la dignidad de toda una nación. La pregunta no es quién ganará militarmente, sino qué México quedará después del conflicto.

La herida está abierta. El eco aún resuena. Y la historia apenas comienza a bajar de la montaña.

Una novela sobre poder, propaganda, periodismo valiente y la batalla por controlar la narrativa en el México de 1994.

ADVERTENCIA IMPORTANTE DEL AUTOR

Esta es una obra de ficción.

Todos los personajes principales, nombres de personas, organizaciones políticas específicas, eventos privados y situaciones personales descritas en "Bajando de la Montaña" son **completamente imaginarios** o han sido utilizados de manera ficticia.

Aunque la novela está ambientada en el contexto histórico real del levantamiento en Chiapas a partir del 1 de enero de 1994, los personajes principales, sus motivaciones personales, sus relaciones y especialmente **las conspiraciones gubernamentales, las órdenes específicas y las manipulaciones mediáticas que forman el núcleo de la trama son INVENCIÓN LITERARIA**.

Cualquier semejanza con:

- Personas reales (vivas o fallecidas)
- Funcionarios políticos específicos del gobierno de 1994
- Periodistas reales que cubrieron los eventos
- Estrategias gubernamentales específicas documentadas
- Motivaciones personales de figuras públicas
- Órdenes militares o políticas específicas

Es puramente coincidental y no intencional.

Esta novela tiene fines exclusivamente literarios y de entretenimiento.
No pretende:

- Documentar hechos históricos con precisión periodística
- Revelar conspiraciones gubernamentales reales
- Difamar a personas o instituciones específicas
- Acusar a funcionarios públicos de crímenes específicos
- Promover ideologías políticas particulares
- Incitar a la violencia o actividades ilegales

Las opiniones expresadas por los personajes no reflejan necesariamente las del autor.

Al leer este libro, el lector acepta que comprende su naturaleza ficticia y que cualquier interpretación como referencia a situaciones reales específicas es bajo su propia responsabilidad.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado. Con una obra que abarca múltiples géneros literarios, Rangel Abud demuestra en esta duología su capacidad para combinar análisis político con narrativa de ficción, creando una obra que explora las complejidades del poder, la manipulación mediática, el periodismo valiente y los movimientos populares en el México contemporáneo.

Su formación en ciencias de la salud le proporciona perspectiva única sobre los sistemas organizacionales y las dinámicas de poder, mientras que su vocación literaria le permite explorar estos temas a través de personajes complejos y situaciones moralmente ambiguas.

En esta segunda parte de la duología, Rangel Abud demuestra especial habilidad para construir narrativas corales donde múltiples voces se entrelazan, mostrando cómo un mismo acontecimiento histórico es vivido, interpretado y manipulado de maneras radicalmente diferentes según la posición de poder de cada actor.

Detalles de publicación

Título: Bajando de la montaña
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Novela política / Ficción histórica contemporánea / Thriller político
Serie: Duología - Parte 2 de 2
Precuela: "Camino de la montaña"
Contexto: México, enero-febrero de 1994 (días inmediatos posteriores al 1 de enero)
Extensión: Novela completa (23 capítulos + prólogo + epílogo)
Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Formato: Digital

Nota del autor

Escribí esta segunda parte de la duología porque los eventos del 1 de enero de 1994 en Chiapas no terminaron con el alzamiento. En muchos sentidos, apenas comenzaron. Lo que siguió fue una batalla compleja por el control de la narrativa, por definir quiénes eran los buenos y quiénes los malos, por decidir qué versión de los hechos quedaría grabada en la memoria nacional.

Aclaraciones importantes:

Sobre los hechos históricos:

El levantamiento del 1 de enero de 1994 en Chiapas es **histórico y real**. La respuesta militar del gobierno mexicano es **histórica y real**. Los enfrentamientos en San Cristóbal, Ocosingo y otras poblaciones son **históricos y reales**. La cobertura mediática nacional e internacional es **histórica y real**. Las negociaciones posteriores y el papel de mediadores religiosos son **históricos y reales**. La presión internacional sobre México por la crisis es **histórica y real**.

Sobre la ficción:

Los **personajes principales** de esta novela —Pedro Valdez Urrástegui, Osvaldo Colina Andrade, Sevilla García-Teruel, Juan Pueblo Morales, Manuel Orta, el General Macario Contreras— son **completamente ficticios**. Sus conversaciones específicas, órdenes, estrategias personales y dilemas morales son **invención literaria**, no documentación histórica.

Las **estrategias específicas de manipulación mediática** atribuidas a personajes ficticios son **invención literaria**, aunque inspiradas en patrones documentados de cómo los gobiernos manejan crisis de comunicación.

Los **diálogos privados en Los Pinos, en redacciones de periódicos, en cuarteles militares** son **invención literaria**. Nadie estuvo presente en esas conversaciones porque nunca sucedieron tal como se narran aquí.

¿Por qué esta estructura narrativa?

Esta novela adopta una **estructura coral** donde múltiples voces narran los mismos acontecimientos desde perspectivas radicalmente diferentes: El presidente que ve su legado desmoronarse, El candidato que debe navegar una crisis imprevista, El asesor que fabrica narrativas desde las sombras, Los periodistas que arriesgan todo por la verdad, Los militares que ven oportunidad en la tragedia, El obispo que intenta tender puentes, Las comunidades indígenas que resisten

Esta estructura permite mostrar cómo la "verdad oficial" se construye, cómo diferentes actores interpretan los mismos hechos según sus intereses, y cómo en política la percepción puede ser más poderosa que la realidad.

Sobre el periodismo y la libertad de prensa:

Esta novela es también un homenaje a los periodistas valientes que cubrieron los eventos de Chiapas arriesgando su integridad personal y profesional. Aunque Juan Pueblo Morales y Manuel Orta son personajes ficticios, representan el espíritu de aquellos reporteros que se negaron a ser voceros del poder y decidieron contar la verdad aunque fuera incómoda.

La libertad de prensa es frágil. Siempre lo ha sido. Y cuando los gobiernos se sienten amenazados, los periodistas suelen ser los primeros en sufrir las consecuencias. Esta novela explora esa tensión.

Sobre el respeto a las comunidades:

Esta novela intenta respetar profundamente la dignidad y las demandas legítimas de las comunidades indígenas de Chiapas. Su lucha era (y es) completamente válida. Sus demandas de justicia, tierra, educación, salud y democracia eran (y son) completamente legítimas.

Si en algún momento parece que trivializo o distorsiono su lucha, no es intencional. Mi objetivo es mostrar que su rebelión tenía causas profundas y justificadas, independientemente de cómo diferentes actores políticos intentaran manipular la narrativa para sus propios fines.

Sobre la crítica al poder:

Esta novela critica **sistemas de poder**, no personas específicas. Critica la tendencia de los gobiernos a responder a las crisis con propaganda en lugar de con justicia. Critica la manipulación mediática. Critica el uso político de tragedias humanas. Critica la represión de voces disidentes.

No pretende acusar a ningún funcionario público específico de actos criminales concretos. Los personajes son ficticios y sus acciones son literarias.

Finalmente:

Esta es la segunda y última parte de la duología que comenzó con "Camino de la montaña". Juntas, ambas novelas intentan explorar uno de los momentos más complejos de la historia reciente de México: cuando los pueblos indígenas rompieron el silencio centenario y obligaron al país a mirarse en el espejo de sus contradicciones.

El camino hacia la justicia social es largo y complejo, lleno de contradicciones y decisiones morales difíciles. Esta duología intenta explorar esas complejidades con honestidad, aunque sea a través de personajes ficticios.

Salvador Rangel Abud
2025

Licencia y derechos de autor

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución** — Debe dar crédito apropiado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.
- **NoComercial** — No puede utilizar el material con propósitos comerciales.
- **SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de esta licencia, visite:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Palabras clave

Novela política mexicana, Chiapas 1994, EZLN, manipulación mediática, periodismo valiente, fabricación de narrativas, poder y propaganda, México contemporáneo, ficción histórica, thriller político, libertad de prensa, represión gubernamental, respuesta militar, crisis nacional, duología histórica, estructura coral, múltiples voces narrativas

---

Temas principales

- **Fabricación de narrativas:** Cómo el poder construye héroes, villanos y mártires según convenga
- **Periodismo vs. propaganda:** La batalla entre verdad y manipulación mediática
- **Control de la información:** Las estrategias gubernamentales para manejar crisis de comunicación
- **Libertad de prensa:** Los riesgos que enfrentan periodistas que desafían el poder
- **Respuesta militar a movimientos sociales:** Dilemas entre pacificación y represión
- **Mediación en conflictos:** El papel de actores religiosos y sociales como puentes de diálogo
- **Costos humanos de decisiones políticas:** Cómo la política afecta vidas reales
- **Ambición política en tiempos de crisis:** Oportunistas que ven en la tragedia su ascenso
- **Dignidad indígena:** La resistencia de comunidades que se niegan a seguir en el olvido

- **Memoria histórica:** La tensión entre lo que sucedió y lo que el poder quiere recordar
- **Ética en situaciones límite:** Decisiones morales difíciles cuando no hay opciones claras
- **Múltiples perspectivas:** Cómo diferentes actores viven e interpretan los mismos hechos

---

ESTRUCTURA NARRATIVA:

La novela emplea una **estructura coral** donde múltiples voces narran los acontecimientos desde perspectivas radicalmente diferentes. Los capítulos alternan entre:

- **Los Pinos:** Reuniones presidenciales, estrategias de control de crisis, decisiones de alto nivel
- **Redacciones de periódicos:** Periodistas valientes que intentan contar la verdad bajo presión
- **Cuarteles militares:** Generales planean operaciones, ambiciosos ven oportunidades de ascenso
- **Oficina de Gobierno:** El asesor español diseña estrategias de manipulación mediática
- **San Cristóbal y la selva:** La perspectiva de las comunidades indígenas y el Obispo mediador
- **Medios de comunicación:** Cómo se fabrica y difunde la narrativa oficial
- **Hogares de periodistas:** Los costos personales del periodismo valiente

Esta estructura permite mostrar cómo un mismo acontecimiento es vivido, interpretado y manipulado de maneras contradictorias según la posición de poder de cada actor.

Advertencias de contenido

Esta obra contiene:

- **Referencias a eventos históricos reales** (levantamiento de Chiapas, enero de 1994)
- **Violencia política** (represión militar, ataques a periodistas, operaciones encubiertas)
- **Crítica directa al sistema político mexicano** de los años 90
- **Temas de manipulación mediática** y fabricación de narrativas
- **Situaciones de conflicto armado** y sus consecuencias humanas

- **Dilemas morales complejos** sobre periodismo en regímenes autoritarios
- **Represión de libertad de prensa** (ataques a medios, intimidación a periodistas)
- **Ambición política** sin escrúpulos morales
- **Lenguaje político directo** que algunos pueden encontrar ofensivo
- **Escenas de tensión psicológica** (periodistas amenazados, censura, miedo)

Recomendada para:

- Lectores interesados en historia política mexicana contemporánea
- Personas que aprecian novelas políticas complejas con estructura coral
- Quienes disfrutan de thrillers políticos basados en contexto histórico
- Lectores interesados en libertad de prensa y periodismo valiente
- Personas que pueden distinguir entre ficción y documentación histórica
- Quienes aprecian narrativas que exploran manipulación mediática

NO recomendada para:

- Lectores que buscan historia documental precisa
- Personas que se ofenden con crítica política directa al gobierno
- Quienes prefieren entretenimiento ligero sin contenido político
- Lectores que no pueden separar personajes ficticios de figuras históricas reales
- Personas que buscan versiones simplificadas de buenos vs. malos

---

Citas destacadas

"La herida está abierta. El eco aún resuena. Y la historia apenas comienza a bajar de la montaña."

"En política mexicana, quien controla la narrativa controla el país."

"El precio de la verdad en México puede ser la libertad o la vida."

"¿Cómo se captura una idea? ¿Cómo se elimina la esperanza?"

"Las rotativas ardían, pero las palabras ya habían sido escritas. Y las palabras, una vez liberadas, son imposibles de quemar."

"El periodismo valiente no es el que aplaude al poder, sino el que lo cuestiona cuando todos tienen miedo de hacerlo."

"Fabricar un mártir puede ser más útil que capturar a un rebelde."

"La verdad oficial no necesita ser verdadera. Solo necesita ser oficial."

"El eco de las montañas no pertenece a un solo hombre. Es la voz colectiva de los pueblos que decidieron que morir lentamente de hambre y olvido era peor que arriesgar la vida en la lucha."

"En tiempos de crisis, los gobiernos no responden con justicia. Responden con narrativas."

Comparaciones literarias

Gabriel García Márquez (*Noticia de un secuestro*): Narrativa que mezcla periodismo y ficción para explorar crisis política colombiana.

Martín Luis Guzmán (*La sombra del caudillo*): Exploración ficticia de violencia política en México posrevolucionario.

Carlos Fuentes (*La región más transparente*): Estructura coral que muestra múltiples voces del México contemporáneo.

Jorge Volpi (*Una novela criminal*): Thriller político sobre caso real (Cassez-Vallarta) con estructura compleja.

John le Carré (*El jardinero fiel*): Thriller político que explora conspiración gubernamental y periodismo valiente.

Costa-Gavras (*Z* - película basada en novela de Vassilis Vassilikos): Thriller político sobre manipulación gubernamental de la verdad.

Contexto histórico

El levantamiento del 1 de enero de 1994 y su respuesta gubernamental son históricos y reales:

- El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tomó San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Las Margaritas, Altamirano y otras poblaciones
- El gobierno mexicano respondió con operación militar para recuperar los municipios
- Hubo enfrentamientos armados con víctimas civiles y militares
- La cobertura mediática nacional e internacional fue intensa y diversa
- Periodistas mexicanos y extranjeros cubrieron los eventos bajo condiciones difíciles
- El Obispo Samuel Ruiz jugó papel crucial como mediador
- El gobierno mexicano emitió múltiples comunicados oficiales
- Hubo presión internacional sobre México por el manejo de la crisis

- Se declaró alto al fuego y comenzó proceso de negociación

Esta novela respeta estos hechos históricos, pero **inventa** personajes principales, diálogos específicos, estrategias personales y especialmente las conspiraciones y órdenes secretas que forman el núcleo dramático.

Para reflexión del lector

Después de leer esta novela, considere:

- ¿Cómo se fabrica la "verdad oficial" en tiempos de crisis?
- ¿Cuál es la responsabilidad del periodismo frente al poder?
- ¿Cuándo se justifica (si alguna vez) sacrificar la verdad por la "estabilidad nacional"?
- ¿Cómo afectan las decisiones políticas de alto nivel a las vidas de personas comunes?
- ¿Puede haber mediación efectiva cuando hay asimetría extrema de poder?
- ¿Qué protecciones existen (o deberían existir) para periodistas que desafían el poder?
- ¿Cómo se balancea seguridad nacional con libertad de prensa?
- ¿Quién tiene el derecho de decidir qué versión de los hechos prevalece?

No hay respuestas fáciles. Solo preguntas que siguen siendo relevantes en el México contemporáneo y en cualquier país donde el poder intenta controlar la narrativa.

Nota sobre la duología completa

Esta novela es la **segunda y última parte** de la duología que comenzó con **"CAMINO DE LA MONTAÑA"**:

CAMINO DE LA MONTAÑA (Primera parte):

- Narra la formación de los protagonistas desde sus años universitarios (1977)
- El ascenso político de uno de ellos hasta la presidencia
- La radicalización del otro hacia las comunidades indígenas de Chiapas
- El plan maestro del presidente para perpetuar su poder
- La preparación del alzamiento y la madrugada del 1 de enero de 1994

- Narrado principalmente desde la perspectiva de Macario (el protagonista insurgente)

BAJANDO DE LA MONTAÑA (Segunda parte):

- Narra las consecuencias inmediatas del alzamiento
- La respuesta gubernamental militar y mediática
- La batalla por controlar la narrativa nacional e internacional
- El papel del periodismo valiente frente a la propaganda estatal
- Las negociaciones y mediaciones entre gobierno y comunidades
- Narrado desde múltiples perspectivas (estructura coral)

Aunque ambas novelas pueden leerse independientemente, la lectura completa de la duología ofrece una visión integral de los acontecimientos: desde la gestación del conflicto hasta sus consecuencias, desde las decisiones personales hasta las estrategias de Estado, desde las aulas universitarias hasta las montañas de Chiapas.

Se recomienda leer ambas partes para la experiencia completa.

Cómo citar esta obra

Formato APA:
Rangel Abud, S. (2025). *Bajando de la montaña* [Segunda parte]. Internet Archive. https://archive.org/details/[identificador]

Formato MLA:
Rangel Abud, Salvador. *Bajando de la montaña*. Segunda parte. 2025. Internet Archive, https://archive.org/details/[identificador]

Formato Chicago:
Rangel Abud, Salvador. *Bajando de la montaña*. Segunda parte. 2025. Internet Archive. https://archive.org/details/[identificador]

Contacto y más obras del autor

Para conocer más obras de Salvador Rangel Abud, visite su colección en Internet Archive donde encontrará:

Novelas políticas:

- **Camino de la montaña** (primera parte de esta duología)
- **El carrusel de la política** (sátira política contemporánea)
- **La libertad: El peso de las alas** (ciencia ficción política)

Thrillers y misterios:

- **Justicia: Eufemismo de la venganza** (thriller psicológico)
- **El juicio de Miss Appleby** (thriller victoriano)

- **El misterio de Tarragona** (thriller teológico)

Novelas de sátira:

- **El imperio de la risa** (sátira histórica)
- **El arte del panadero** (sátira renacentista)

Y más de 120 novelas adicionales en diversos géneros incluyendo romance, ciencia ficción, fantasía, horror y literatura histórica.

Mensaje final

Esta es una obra de **ficción política** ambientada en contexto histórico real.

Los eventos del 1 de enero de 1994 son reales.
La respuesta militar del gobierno es real.
Los enfrentamientos en Chiapas son reales.
La cobertura mediática nacional e internacional es real.
Las negociaciones posteriores son reales.

Los personajes principales y sus motivaciones personales son ficción.
Los diálogos específicos en Los Pinos, cuarteles y redacciones son ficción.
Las estrategias específicas atribuidas a personajes son ficción.
Las conspiraciones detalladas del núcleo dramático son ficción.

La novela política siempre ha sido así: eventos reales como escenario para explorar dilemas humanos universales a través de personajes inventados.

Si esta novela le hace reflexionar sobre:

- El poder de la narrativa en política
- La fragilidad de la libertad de prensa
- El costo del periodismo valiente
- La manipulación mediática en crisis nacionales
- Las múltiples verdades que coexisten en un mismo acontecimiento

Cumplió su propósito.

BAJANDO DE LA MONTAÑA
Segunda parte de la duología sobre poder, narrativa y la batalla por la verdad en el México de 1994

"La herida está abierta. El eco aún resuena. Y México ya no será el mismo."

INDICE

Prólogo: *La herida de la montaña*
Capítulo 1: La madrugada del primero de enero
Capítulo 2: El comunicado inesperado
Capítulo 3: El plan de Sevilla
Capítulo 4: El sacrificio del candidato
Capítulo 5: Manuel y Dorita: tinta y deseo
Capítulo 6: Juan Pueblo alza la voz
Capítulo 7: El Obispo de San Cristóbal
Capítulo 8: Las rotativas arden
Capítulo 9: El precio del silencio
Capítulo 10: El atentado necesario
Capítulo 11: Los fantasmas del poder
Capítulo 12: La guerra de comunicados
Capítulo 13: Un general en la sombra
Capítulo 14: El juego de Washington
Capítulo 15: Chiapas en llamas
Capítulo 16: Macario frente a la nación
Capítulo 17: Los hilos de la traición
Capítulo 18: Entre la selva y Los Pinos
Capítulo 19: El mártir fabricado
Capítulo 20: La bitácora de Manuel Orta
Capítulo 21: La caída de Valdez
Capítulo 22: Sevilla, el titiritero
Capítulo 23: La última carta de Juan Pueblo
Epílogo – El eco de una rebelión

PRÓLOGO

La herida de la montaña

Me conocen como Macario. Quiero decirles que el eco de las montañas aún vibra en el aire. Apenas unas horas después del amanecer insurgente, México entero despierta con la certeza de que algo profundo se ha quebrado. La madrugada del primero de enero de 1994 no solo marcó la irrupción de los pueblos indígenas en la escena nacional: abrió también la herida latente de una nación que nunca había sabido reconciliar su pasado con su presente.

La montaña calla ahora, pero su silencio es engañoso. Debajo de ese silencio palpita la historia recién desencadenada: comunidades que ya no aceptan morir en el olvido, un gobierno sorprendido en su soberbia, un país entero que se debate entre el desconcierto y la esperanza. Don Pedro Valdez, con su plan macabro hecho añicos y su ambición de maximato derrumbada, ha sido empujado a la sombra. El poder central, tambaleante, busca recomponerse mientras las comunidades repliegan sus pasos hacia la selva.

Este es el escenario en el que comienza el descenso. Lo que nació en las cumbres insurgentes ahora se traslada al valle, a los pasillos del poder, a los cuarteles militares, a las redacciones de los periódicos. Cada espacio del país resuena con preguntas que nadie sabe responder: ¿qué sigue después del grito?, ¿cómo responderá el Estado?, ¿qué rostro tomará la justicia?

No es un relato cerrado, sino un juego de espejos en el que todo se confunde: verdad y mentira, lealtad y traición, esperanza y desesperanza. Aquí se entrelazan destinos personales con la gran narrativa nacional, mostrando que héroes y villanos rara vez son lo que aparentan y que la verdad, como la montaña, se revela siempre más compleja de lo que la vista permite.

Muchos creyeron que Macario había muerto en una refriega de Morelos. Y era cierto: aquel hombre, nacido como Macario González y conocido en la clandestinidad como Julio Muñoz, cayó combatiendo. Pero su nombre no se extinguió con él. Desde entonces, primero sin darme cuenta y luego con plena conciencia, tomé su estandarte adoptando el seudónimo de Macario, no por vanidad, sino porque la causa no podía quedarse huérfana. Así, el nombre dejó de pertenecer a un individuo para convertirse en la voz viva de una lucha que seguía reclamando justicia.

Este segundo volumen, *Bajando de la Montaña*, ya no lo narro yo, es contado por la voz del pueblo…la voz de México que recorrerá los días

inmediatos posteriores al alzamiento. Será el relato de un país en vilo, atrapado entre la memoria y el olvido, entre el miedo y la rebeldía. Porque, al final, lo que se juega no es solo el destino de Chiapas, sino la dignidad de toda una nación.

La herida está abierta. El eco aún resuena. Y la historia apenas comienza a bajar de la montaña.

CAPÍTULO 1

La madrugada del primero de enero

—¡Mi Coronel! Ya estamos preparados. A la hora que usted ordene, comenzamos la operación.

Las palabras del capitán Carrasco resonaron en el Cuartel General del ejército en Comitán. Su misión era clara: recuperar los municipios tomados por los rebeldes al descender de la montaña. Los medios ya habían comenzado su letanía:

—"Fueron tomados por las armas los municipios de San Cristóbal de Las Casas, Las Margaritas y Ocosingo. Miles de hombres, pertrechados con diverso armamento, se han apoderado de estas poblaciones y han declarado seguir a su Comandante, en representación del Ejército de Liberación Nacional. El líder de estos guerrilleros se hace llamar Macario. Se reportan varios muertos cuando estas posiciones cayeron en manos de los alzados".

La lucha había comenzado. No como hubiera querido Don Pedro, sino como lo quisieron las comunidades indígenas de los Altos de Chiapas. Su plan se le había escurrido de las manos y se transformó en su ruina política. Apenas iniciado 1994, el hombre que soñó con perpetuar su poder había perdido la iniciativa.

Pedro Valdez Urrástegui iniciaba así su último año de gobierno, con una crisis no prevista en sus cálculos políticos. Durante cinco años había implementado una política populista, con reformas que despertaron el interés de los círculos de poder al proponer y lograr la firma de un tratado de libre comercio con América del Norte. Consiguió frenar la inflación que venía en ascenso desde el gobierno de Ocaña Lara.

Pero la personalidad de Pedro Valdez hacía que su gobierno fuera de "caprichos políticos". Había incrustado en el gabinete a un ciudadano español nacionalizado mexicano que ocupaba el cargo de Jefe de la Oficina de Gobierno de la Presidencia de la República.

El último año de su gestión debería haber sido un mero trámite. Consolidaría el éxito de su gobierno y lo continuaría —según todos los planes— en la labor de relevo del licenciado Osvaldo Colina Andrade, candidato del Partido a la Presidencia, quien había salido triunfante de una "lucha interna" donde la intervención de Valdez inclinó la balanza hacia la amistad y el continuismo político.

A mediados de 1993 un hecho desconcertó al país: la renuncia en la Secretaría de Gobernación del hombre fuerte que Valdez había llevado a ese puesto. Servando Díaz de Mesura era un hombre recio, emergido de las fuerzas policiacas pero integrado exitosamente a la sociedad civil.

El cambio fue evidente cuando Díaz de Mesura, "inexplicablemente", se retiró y Plinio Aguilar de la Rosa lo relevó en Gobernación, viniendo también de una gubernatura. Plinio Aguilar era, en gran parte, responsable del dramático rezago de su entidad. Él no era querido en Chiapas.

El año 1994 se iniciaba con un Secretario de Gobernación impopular, la misteriosa renuncia de un hombre fuerte que incluso había sonado como presidenciable, y un tinglado dispuesto para que México entrara de lleno al desarrollo internacional.

Osvaldo Colina Andrade había sido ungido como candidato del partido que, aunque estaba en el poder, requería urgentemente de "algo" que lo revitalizara.

La celebración de Año Nuevo tomó por sorpresa al pueblo de México, que salía de las mieles festivas encontrándose de golpe con la cruda realidad: un grupo armado enarbolaba el estandarte de la opresión centenaria de los pueblos indígenas y exigía su reivindicación social.

El Comandante Macario tenía al país con el alma en vilo. Su grito, lanzado desde San Cristóbal de las Casas, aún resonaba en los oídos de toda la comunidad nacional y comenzaba a trascender hacia la opinión pública internacional.

Había impuesto condiciones severas a los medios de comunicación para otorgarles las "exclusivas" de sus demandas y razones. Vetó la participación de muchos medios informativos que orgullosamente se consideraban los "escaparates" de la vida nacional.

Pedro Valdez, golpeado por la realidad y debilitado políticamente, pidió al pueblo de México mantenerse unido en medio de aquella situación crítica:

—"Estoy consternado ante la evidencia de los hechos, que nos colocan al borde de la barbarie. El Ejército Mexicano, siempre glorioso, estará en todo momento dispuesto a resguardar la soberanía nacional y a velar

por la seguridad de la población civil. Puedo asegurar que México saldrá adelante frente a los obstáculos que enfrenta. Me comprometo ante ustedes a encontrar la mejor solución al conflicto, sin que tenga que derramarse innecesariamente la sangre noble de nuestros hermanos... porque todos... ¡todos!... somos mexicanos".

El ejército estaba preparado para recuperar las posiciones rebeldes y cumplió su objetivo de la forma menos sangrienta posible. Sin embargo, hubo duras críticas sobre la actuación del ejército en la retirada de los grupos rebeldes hacia la montaña. El saldo de varios centenares de muertos en los enfrentamientos comenzaba a pasar factura al país.

Fue en medio de esta retirada cuando monseñor Álvarez Samaniego, obispo de la diócesis de San Cristóbal, surgió como "intermediario natural" entre el ELN y el Gobierno Federal. El prelado ofreció sus buenos oficios para la conciliación, siempre y cuando el gobierno aceptara, pues los grupos rebeldes ya le habían solicitado su intervención.

Se inició entonces un compás de espera y con él, una "guerra fría" de mensajes y comunicados. El 6 de enero de 1994, *El Nacional* publicó la primera de una serie de cartas que Macario dirigió al pueblo de México:

"Me han preguntado por qué permanecemos en el anonimato y cubrimos nuestros rostros. No es por temor, solo porque el verdadero rostro de nuestro movimiento es el de todos los hermanos indígenas. Nosotros bajamos de la montaña para demostrar lo que dice una vieja sentencia tzeltal: 'captic ini vayel, viluquic yas naic spasel', que significa: 'Estas manos saben hacer mucho'. Y no solo nuestras manos, sino también nuestras mentes y nuestros corazones saben hacer mucho. Saben extraer el fruto de la tierra... saben transformar esos productos en herramientas para la vida... saben transmitir nuestras tradiciones... saben mantenerse fuertes para hacer crecer a nuestros hijos... pero también saben empuñar las armas. Unas armas que matan... y otras que deseamos que cumplan su misión: hacer reflexionar a la gente sobre los motivos que nos llevaron a salir de la montaña. Nuestra cabeza estuvo fría cuando decidimos bajar a morir. Nuestras manos no temblaron ante la cara de la muerte, porque es una vieja conocida para nosotros... porque la hemos visto a diario desde hace siglos. Nuestros corazones no flaquearon cuando llegó el momento de exigir: ¡Libertad, Justicia y Democracia! Y nuestra voz no teme gritar que el momento de que se cumplan nuestras demandas... las del pueblo de México... ¡ha llegado!"

Era una carta emotiva, capaz de estremecer a los lectores. Un mensaje de vida, no de muerte. Un mensaje de esperanza, no un estigma de guerra... y continuaba:

"Para entender a mi gente... no es necesario estudiar sociología o antropología. Solo hace falta haber sentido sus penas y sus desgracias. Haber vivido con ellos para saber ¡cuán grandes son sus carencias! Haber estado a su lado cuando luchaban contra la miseria y la injusticia de las autoridades y los señores feudales de la región. Haber sentido sus heridas abiertas desde hace siglos... y haber visto la indiferencia infamante del resto de la sociedad. ¿Es necesario decir más para justificar que hayamos tomado las armas...? ¿He de repetir que han sido el olvido y el relegamiento por parte de nuestros gobernantes...? ¡¡Piensen primero en los que nada tienen y luego juzguen nuestra causa!!"

Así era el tono de ese primer comunicado que Macario insistió en publicar como respuesta a las preguntas de México y del mundo. Cada mexicano que leyó el mensaje experimentó emociones distintas, pero todos, inevitablemente, se vieron obligados a la reflexión.

El "Día de Reyes" de 1994 pasaba, y México se encontraba frente a una encrucijada histórica. Enfrentaba el final del siglo XX con todas sus quimeras, promesas y crudas realidades.

Macario era una realidad. El desmoronamiento de Valdez Urrástegui se perfilaba como otra... y la caída del Partido fuerte se presentaba como una tercera posibilidad que nadie se atrevía a mencionar en voz alta.

CAPÍTULO 2

El comunicado inesperado

Manuel Orta entró en las oficinas de la redacción de *El Nacional*. Era la mañana del 7 de enero de 1994 y se dirigió a su escritorio. Llevaba en las manos un ejemplar de la publicación donde había aparecido el "primer comunicado" de Macario el día anterior. Se dejó caer en su sillón y encendió la computadora.

Su artículo había sido todo un éxito, mereciendo un titular que ocupaba la totalidad de las columnas de primera plana. Recordaba cómo había llegado a sus manos y lo que al principio le produjo alegría por la primicia, ahora se convertía en el impulsor de su conciencia.

Se había aprendido casi de memoria el comunicado y, con cada nuevo repaso, descubría que su éxito ya no le producía el gusto inicial. Lo que se exponía tenía tal crudeza que aun el más frío de los seres humanos se sentiría conmovido por el énfasis con que mostraba la miseria de los indígenas.

Se encontraba repasando una vez más la profundidad de la voz de Macario cuando una compañera de la redacción se acercó presurosa a su escritorio.

—¡Manuel! Te felicito por el artículo. Tiene mucha fuerza, en verdad. ¿Cómo le hiciste para obtenerlo? ¿Es real? ¿Existe realmente ese Macario?

La joven lanzaba una salva de preguntas a Manuel, quien, levantándose de su silla, extendió las manos para pedir silencio:

—Gracias Judith. Sí, el comunicado es real. Sí, Macario existe y... respecto a cómo llegó a mis manos... eso tú sabes que es confidencial.

—¡Cómo eres, Manuel! Yo creí que éramos amigos y me tenías confianza. En fin... ya averiguaré cómo hiciste para que te escogieran como vocero del ELN.

—Ni a Don Julio le quise decir nada, menos a ti.

Judith se alzó de hombros y se alejó. Manuel también se despegó de su lugar y se dirigió al sanitario. Se enjuagó un poco la cara y, mirándose en el espejo del tocador, recordó otra vez cómo había llegado a sus manos el documento.

Había sido la noche del 5 de enero, cuando después de ir con su novia Dorita a cenar, al regresar a su departamento, notó la luz intermitente de su contestadora que indicaba mensajes pendientes. Oprimió el botón de "nuevos mensajes" y se escuchó el bip que precedía a cada llamada.

Después de escuchar los primeros dos mensajes, tocó turno al tercero que marcaría su destino. Era una voz que, en forma pausada, solo solicitaba: "Le pido esperar mi próxima llamada alrededor de medianoche. Seguramente será de su interés".

Manuel había regresado la cinta y había vuelto a escuchar dos o tres veces el mensaje. Era una voz masculina de tesitura baja, que con claridad había sabido imprimir al mensaje una dosis de misterio. No se notaba acento alguno, si bien concedía que la voz era de una persona acostumbrada tal vez a hablar en público, pues no había huellas de nerviosismo. El tiempo que esperó para la medianoche se le hizo muy largo.

Cuando poco después de las doce empezó a timbrar su aparato, prácticamente se abalanzó a la bocina, pero recapacitando rápidamente, descolgó con tranquilidad el auricular:

—¡Bueno!

Se oyó la misma voz misteriosa de la grabación:

—¿Es usted el licenciado Manuel Orta del periódico *El Nacional*?

—¿Quién lo busca? —respondió cautelosamente Manuel.

—Eso no importa de momento. Necesito hablar personalmente con Manuel Orta.

—Él habla. Dígame qué se le ofrece.

—Sabemos que usted es un joven periodista con deseos de decir la verdad de las cosas, y por eso hemos pensado que merece ser depositario de nuestra confianza para ayudarnos a que el pueblo de México conozca la verdad en relación con el conflicto de Chiapas.

Cuando la voz dijo la palabra mágica: "Chiapas", los sentidos de Manuel se aguzaron y luego de balbucear que agradecía la opinión, oprimió el botón de grabación de su equipo.

—Deseamos que sea publicado por entero, sin cortes ni censuras, un texto que nos envió el Comandante Macario... ¿Dispone de fax para recibirlo?

—¡Claro que sí! De inmediato le doy tono...

Mientras decía esto, Manuel pensó en un torbellino de cosas por venir. El papel comenzó a moverse lentamente y por la charola superior del Fax empezó a emerger un documento impreso con una máquina de escribir mecánica, con un defecto en la "E", pues cada una de estas letras aparecía más alta que las demás, y borrada a medias en su parte superior. Terminó de pasar una sola hoja. Tomó el auricular nuevamente, pero ya habían colgado.

El texto ya se lo sabía de memoria, y recordó lo que siguió cuando, con el documento en la mano se presentó en plena madrugada con el director y dueño del periódico en su misma casa. Don Julio Chaires lo recibió y escuchó hablarle sobre un fax que recibió de Macario. Le oyó pedirle que detuviera las rotativas para incluir en primera plana dicho mensaje.

Le gustó al viejo periodista el artículo que había escrito para incluirlo y llamó desde su casa a las imprentas para que esperaran. Se los pasó igualmente por fax y, volviéndose, le dijo a Manuel que ya estaba hecho. Manuel le dio las gracias cumplidas a su jefe y se retiró a su casa.

Tenía mucha ilusión de que su artículo fuera una "bomba", como se decía en la jerga periodística, y seguía preguntándose quién sería Macario. Salió publicado el 6 de enero y efectivamente se agotó el tiraje de *El Nacional* en todo el país. Pensaba finalmente que él no lo había buscado... lo habían buscado a él.

Mirándose en el espejo, Manuel recordó todo esto. Ahora se encontraba con los brazos cruzados y supeditado a las limosnas que le quisiera enviar el tal Macario.

Entonces pensó que si Macario le había enviado una carta al pueblo, tal vez el pueblo quisiera enviar una carta a Macario. Le latió la idea y siguió coqueteando con ella toda la mañana del 7 de enero. Le ofrecería a Macario servirle de correo y foro para que lo conocieran en todas partes... y Macario le ofrecería a él la popularidad y el prestigio en los

medios informativos. Ya se veía como candidato al Premio Nacional de Periodismo... Y Don Julio obtendría el primer lugar en ventas y tiraje.

Veía su plan perfecto y de inmediato planteó su idea a Don Julio, quien le pareció buena la idea dándole carta blanca para hacerlo. Al día siguiente, 8 de enero de 1994, aparecía la nota de Manuel Orta en "*El Nacional*", invitando al público para enviarle cartas a Macario. Ofreció escoger la más representativa para publicarla y enviar las restantes al propio guerrillero.

No bien apareció el exhorto, cuando al día siguiente comenzó a llegar un cerro de correspondencia a la redacción con destino común: Macario. Manuel estaba feliz por el éxito inicial de su idea y el Director se complacía, ya que el tiraje del periódico se sostenía por encima de los 350 mil ejemplares diarios.

Cuando Manuel revisaba la correspondencia le llamó la atención un sobre de papel más grueso. Lo abrió para sacar una hoja pulcramente doblada que decía:

"Comandante Macario: Debo agradecer a la fortuna por poner a mi alcance un medio para poder comunicarme con Usted. Reconozco que ha emprendido una cruzada por demás titánica, no tanto por haberse opuesto con las armas contra el sistema establecido, sino porque se ha opuesto a un PODER que se ha sostenido ya por demasiado tiempo. La política en México es despiadada, fría, sucia y peligrosa. Quiero decirle que yo también busco libertad, justicia y democracia solo que Usted la ha exigido con hechos valientes y yo solo esperaba con paciencia que emergiera un líder para confiar en la esperanza de que el país finalmente se librará de sus lastres y despegará hasta donde los mexicanos queramos. Yo no busco que el periódico publique mi carta. Quiero que se le haga llegar a Usted. ¡Ruego por el ELN y su triunfo y por la paz social de México...!"

La carta estaba firmada por "JUAN PUEBLO". A Manuel le pareció original y sin darse cuenta se la guardó en la bolsa de la chamarra. Continuó leyendo otras cartas donde cuadros desgarradores se ofrecían a Macario. Violaciones, robos, asesinatos, plagios, narcotráfico, nepotismo y toda clase de crímenes se ponían ante los ojos de Macario para que viera que toda la población sufría por la opresión de los poderosos, y pedían invariablemente al líder que fuera a "poner en su lugar a esos atrevidos". No cabía duda... Macario empezaba a ser una leyenda... y todo hacía suponer que una leyenda que el pueblo mismo ya estaba esperando.

Manuel había separado algunos de los mensajes para escoger el mejor. Los tomó y guardó en la bolsa de su chamarra, al tiempo que llamaba a

Dorita para acordar que ella llevara la pizza y él llevaría el vino. Colgó para encasquetarse su chamarra y salir al estacionamiento del edificio.

CAPÍTULO 3

El Plan de Sevilla

El tráfico ya era menos intenso cuando Manuel llegó a su casa la tarde del 9 de enero de 1994. Entró y sacó las cartas de la bolsa para dejarlas en su escritorio junto al fax. En el camino se había desviado un poco para comprar el "Sta. Elena" Liebfraumilch que tomaría con Dorita y que ahora ponía en el congelador. Se dirigió a la sala y encendió la televisión, sintonizando el sistema de cable Polivisión para escuchar las noticias tanto nacionales como internacionales.

Se sentó en el sofá y esperó que apareciera la cara conocida de Mónica Lucía Horvich, quien tenía su noticiero en ese momento. Los ojos azules de la reportera iluminaron la pantalla mientras empezaba a dar las noticias.

Escuchó que se abría la puerta. Era Dorita, quien al encontrarse con él lo abrazó diciéndole:

—¿Cómo pasó el día, mi amor?

—Extrañándote, "flaquita", tú sabes que extrañándote...

—¿Cómo te fue con la idea del intercambio con Macario? Dime.

—Mira, flaquita, lee las cartas que escogí mientras pongo un poco de música. A ver qué te parece mi selección...

La muchacha tomó las cartas de las manos de Manuel y se sentó para empezar a leer con el interés clavado en sus ojos. Manuel puso un disco de "Los Calchakis" y al voltear admiró la imagen de su novia sentada en el sofá.

Tenía poco más de un año que se habían hecho novios, después de que seis meses antes se habían conocido en un cóctel de prensa que ofreció un pintor de moda. Luego de tener varias citas, él le dijo que estaba enamorado de ella, y Dorita con emoción le dijo que también ella se sentía igual. Tenían un noviazgo placentero, pues Dorita además de ser bella y elegante, tenía también una inteligencia muy considerable y un carácter vivaz. No rechazaban la sexualidad como parte de una relación amorosa y él le propuso vivir juntos después de algún tiempo. Ella accedió, no sin algunos remilgos.

Manuel recordaba todo esto con mucho agrado. La parte de su recuerdo que evocó a Dorita en el lecho le hizo imaginarla ahora con su desnudez explícita, ofreciéndose plena a él. Se acercó con intenciones de

abrazarla más efusivamente e iniciar un escarceo sexual, cuando le sobresaltó una expresión de ella.

—¡Qué carta más interesante! —exclamó—. Esta que firma "Juan Pueblo"... Pareciera que de verdad la dictó el pueblo. Si te fijas, habla de miedos y esperanzas y todo ese rollo que se dice que el pueblo tiene, pero que no quiere reconocer que tiene.

—¡Ah, esa! Sí la recuerdo. La leí y la guardé pensando releerla después, ya que me pareció original. ¿Te gusta de veras, Dorita?

—En realidad me parece la mejor de las cuatro, pues las otras son más... académicas, hipócritas, inocentes... no sé.

Manuel consideró la posibilidad de que fuera incluida solo esta carta que mencionaba su novia, y que se diera publicidad al hecho de que se establecía comunicación entre Macario y "Juan Pueblo". Le comentó su idea a Dorita y ella festejó la ocurrencia, diciéndole que compartía con él la expectativa.

La carta circuló primero entre las manos de Manuel y después en las páginas del periódico. Era la confirmación de un fenómeno que nacía: una conversación entre dos personajes que representaban fuerzas opuestas y complementarias.

Manuel Orta era ahora el reportero estrella. Su rostro aparecía en televisión, lo invitaban a tertulias radiofónicas, y el departamento se llenaba de regalos de admiradores y lectores que querían hacer llegar sus propios mensajes a Macario. Él los recibía todos, pero solo la correspondencia de Juan Pueblo llegaba a las páginas del periódico. Era una decisión editorial que nadie cuestionaba.

El compás de espera de la "guerra fría" terminó cuando Pedro Valdez nombró a Domitilo Paniagua, Jefe de la Regencia del Distrito Federal, como Comisionado para la Paz en Chiapas el 20 de enero de 1994. Esto suspendió momentáneamente el intercambio epistolar, pues Macario había declarado que pondría a consideración del Comité Indígena la propuesta gubernamental.

En el despacho presidencial de Los Pinos, la noche del 20 de enero de 1994, Pedro Valdez Urrástegui esperaba que Macario mordiera el anzuelo del nombramiento de Domitilo Paniagua como Comisionado para la Paz. Se lo comentaba a Osvaldo Colina Andrade, candidato del Partido Oficial a la Presidencia, mientras bebían whisky de una botella que costaba más de lo que una familia indígena gastaba en comida durante un año.

—Oye Pedro... ¿Tú crees que es el mismo Macario que hace tiempo te tuvo en jaque cuando lo de Morelos...? —preguntó Colina Andrade con genuina curiosidad.

Valdez dio un sorbo a su bebida antes de responder. La pregunta le incomodaba, pero no lo demostraría.

—¡No, Osvaldo...! —contestó con brusquedad—. Yo creo que es un hijo de la chingada que quiere hacerme sentir que el tal Macario es aquél que tú dices. Lo que sí creo es que conoce los antecedentes de mi pleito con el otro indio hijo'e puta, y de eso se quiere aprovechar.

Decía esto, sin dejar de tener la esperanza de que el tal Macario fuera en realidad su sobrino político al que había encomendado la tenebrosa misión de crear una "revolución de mentiritas" para sacudir al país y revitalizar al partido, aunque ya había empezado a tener sus dudas por el tenor de los mensajes publicados en los medios.

—Pero si mal no recuerdo, Pedro, esto ya estaba previsto que sucediera. Tú mismo me pusiste al tanto de los planes para el futuro del Partido hace algún tiempo... ¿Qué está sucediendo entonces...?

—Sí, efectivamente, ya estaba planeado, solo que ya no sé si tengo el control de todo esto... o se me ha ido de las manos. Ha aparecido ese tal "Macario", que NO parece ser el mismo que yo hubiera querido, pues hace tiempo perdí contacto con nuestra gente en la sierra.

Colina Andrade suspiró profundamente y se quejó con Valdez de que su campaña estaba fría, a pesar de las promesas y programas de asistencia que se ofrecían en cada mitin. Diez mil asistentes en Puebla la semana anterior, con todo el aparato del Estado movilizado para llenar la plaza, había sido un fracaso disfrazado de éxito moderado.

—Mira Os —ahorita va a venir Pepe Sevilla y platicamos con él.

José Sevilla Zertuche era un político brillante, nacionalizado mexicano, hijo de padres andaluces pero nacido en Bélgica. Hablaba cuatro idiomas con un ligero acento francés que no lograba ocultar. Se había graduado en La Sorbona y doctorado en Oxford. Era el cerebro detrás de muchas decisiones del gobierno, aunque pocos conocían su verdadera influencia.

Mientras cruzaba la ciudad desde la residencia oficial hacia Palacio Nacional esa misma noche, Sevilla repasaba mentalmente el origen del "gran plan". Como ex asesor en asuntos iberoamericanos de la Casa Blanca durante la administración anterior, había concebido una estrategia para revitalizar la economía norteamericana frente a la competencia japonesa y europea. Un mercado regional que uniera a Canadá, Estados Unidos y México podría contrarrestar el poder

económico de Asia y Europa. Además recordó el plan sugerido a Valdéz para cimbrar el país con una revolución fingida.

El plan incluía personajes dispuestos a sacrificarse por la causa, como aquel joven idealista que había sido enviado a la selva chiapaneca dos años atrás, pero con quien se había perdido contacto.

La primera fase del plan había estado en marcha desde hacía años, pero ahora surgía este "Macario", quien parecía tener su propia agenda. ¿Era un aliado que se había vuelto autónomo? ¿Un adversario que conocía la estrategia? ¿O simplemente un idealista que había surgido por las mismas razones sociales que ellos habían previsto explotar?

Entró en Palacio de gobierno llevando en su maletín los documentos que explicarían a Valdez y Colina Andrade la siguiente fase del plan. La rebelión no era un contratiempo; era parte de la estrategia. Solo necesitaban retomar el control.

México se desangraba bajo el peso de su deuda externa. Sus indicadores de desarrollo yacían enterrados bajo cifras que avergonzarían a cualquier nación que pretendiera participar en grandes proyectos comerciales. Pero los poderosos dibujaban en sus mentes espejismos de bonanza, ilusiones que debían venderse al pueblo con la convicción de un predicador ofreciendo salvación.

Sevilla recordaba con precisión su primera reunión con Pedro Valdez Urrástegui, entonces Secretario de Gobernación. Le había propuesto una alianza comercial con los poderosos del norte, una alianza que —le aseguró con voz de terciopelo— esperaban con ansia. Valdez, inicialmente desconfiado ante aquel extranjero que hablaba de México como si fuera mercancía, cambió su actitud cuando comprendió que Sevilla no tenía patria sino intereses. Un hombre así resultaba útil.

Valdez Urrástegui llegó a la presidencia en diciembre de 1988, aunque todos sabían —incluso las piedras de los caminos rurales lo murmuraban — que las elecciones las había ganado Porfirio Moreno Cavazos. Pero Moreno tuvo que tragarse su derrota como quien traga vidrio molido, disciplinándose ante fuerzas que apenas comprendía.

Sevilla mantenía contacto con Washington, con el conocimiento parcial de Valdez, quien confiaba en él como el moderno José Fouché, aquel ministro de policía que servía y traicionaba a Napoleón con igual maestría.

Así nació la propuesta del Tratado de Libre Comercio entre los países norteamericanos. Se presentó con la retórica de equilibrar la balanza comercial frente a Asia y Europa, de beneficiar las plantas productivas de las tres naciones. El plan se impuso como se impone la noche al día, y desde el primero de enero de 1994, el TLC había comenzado a funcionar con la inexorabilidad de una maquinaria bien engrasada.

Sevilla había ideado cómo sacudir hasta sus cimientos la política mexicana. Necesitaba revitalizar los procesos electorales para garantizar credibilidad al gobierno, y así modificar las leyes que facilitaran el avance de su gran plan. Había convencido a Valdez para formar un pequeño grupo entre empresarios transnacionales, jerarcas del clero y políticos influyentes. La estrategia era clara: llevar al país hasta el suelo, para después detener la caída y presentarse como salvadores.

Después vendría la sacudida, una revolución fabricada que crearía una esperanza legendaria mientras ellos actuaban en silencio bajo la superficie, como tiburones en aguas turbias. La atención popular estaría puesta en conflictos que nadie desearía, menos aún el atribulado pueblo mexicano, acostumbrado a agachar la cabeza y soportar el yugo con resignación ancestral.

Valdez había elegido a su sobrino para el "sacrificio patriótico": infiltrarse entre los desheredados de la nación, organizar la revuelta y emerger como la fuerza misteriosa que requería el romanticismo mexicano. Cerrarían así las pinzas de aquel artilugio maquiavélico concebido en la mente brillante pero despiadada de Sevilla.

Pero no contaban con la ineficiencia mexicana, ese mal endémico que corría por las venas burocráticas como sangre espesa. Los planes para Chiapas estaban en peligro: el sobrino había desaparecido y en su lugar había surgido un tal Macario, como árbol que crece donde no se ha sembrado semilla. ¿Quién era este Macario? ¿Un idealista? ¿Un cómplice que había conocido solo parcialmente el plan y ahora actuaba por cuenta propia? ¿O acaso el sobrino había muerto dejando una obra inacabada que ahora se complicaba como madeja en manos de un gato?

En el despacho presidencial lo esperaban Valdez y Osvaldo Colina Andrade, el candidato oficial. El ambiente estaba tenso como cuerda de violín a punto de romperse.

—Buenas noches, señores —saludó con la frialdad de un médico ante un cadáver—. Estoy a tus órdenes, Pedro... tú dirás.

Valdez sonrió con la debilidad de quien se sabe sobrepasado por las circunstancias.

—¿Qué va a pasar ahora, Pepe? —preguntó sin rodeos—. Las cosas están complicándose y ya no vemos la salida.

—Ante todo, calma —respondió Sevilla con la serenidad de un general que ha visto mil batallas—. Pongamos las cosas sobre la mesa con método y orden.

Se dirigió primero a Colina Andrade:

—Licenciado, debe continuar su campaña como si nada. Ofrezca continuidad a la política de Valdez, es la única garantía de progreso económico para el país.

Luego miró a Valdez:

—Tú, Pedro, actúa con cautela en Chiapas. Pídele a Domitilo que retrase las negociaciones con los guerrilleros. Que convoque a dialogar a mediados de febrero, ofreciendo inmunidad a los representantes. Esperamos muerdan el anzuelo y bajen de las montañas. Mostraremos disposición al diálogo y verán nuestra apertura.

Hizo una pausa calculada:

—Simultáneamente, envía a alguien de confianza a buscar a tu sobrino. Necesitamos saber qué ocurrió con él y sus instrucciones. Ahora esos desarrapados pisarán con cuidado, así que cualquiera que envíes podrá cumplir la misión.

—Debes pedirle a Plinio que se retire —continuó Sevilla—. Hay que darle oportunidad a Cañizales para que entre como Gran Comisionado de los Derechos Humanos, como elemento imparcial. Convéncelo de que la patria lo necesita. Su ambición hará el resto. En cuanto a Plinio, que se vaya de México, que desaparezca por sus errores pasados.

Valdez asintió mecánicamente, hipnotizado por la simplicidad con que Sevilla desenredaba la madeja de problemas.

—Yo me encargaré —continuó el asesor— de que nuestros "amigos" del norte apoyen los planes económicos colaterales. Haremos que la bolsa descienda sin fuga de capitales, para luego repuntarla con los anuncios que harás en su momento.

Colina Andrade, que había permanecido en silencio, se animó finalmente a hablar:

—Doctor Sevilla, creo que la situación no es tan simple como la plantea...

—¡Por Dios, licenciado! —lo interrumpió Sevilla con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Claro que es sencilla. Usted continúe su campaña. Le aseguro que pronto experimentará un repunte que garantizará resultados favorables. Ya hemos decidido cómo disimular el empujón que necesita el Partido... ¿me entiende?

Al oír la promesa de éxito electoral, Colina se entusiasmó, sin preguntar más. Pero Valdez, con el instinto de quien ha navegado demasiado tiempo en las aguas turbias de la política, expresó sus dudas:

—No sé, Pepe... Todo se está complicando demasiado. Tal vez debamos ceder terreno... y eso no nos conviene. Pienso en mi sobrino y me

pregunto si "¿seguirá siendo el mismo hombre?" El plan debe continuar y estamos a ciegas.

El candidato se levantó y le dijo al presidente:

—Pedro, si me permites... tengo asuntos pendientes. Creo que el doctor Sevilla tiene razón, debo continuar con mi campaña.

—Adelante, Os, como acordamos —respondió Valdez con un gesto displicente.

Cuando quedaron solos el presidente y su asesor, Valdez preguntó sin rodeos:

—¿Qué te traes entre manos, Pepe?

Sevilla se sentó al borde del sillón, como ave de presa lista para lanzarse sobre su víctima:

—Las cosas se están desviando, Pedro, y debemos modificar nuestros planes. He reflexionado sobre la "bomba" que podría devolver al Partido su arrastre popular. La situación es compleja, y ya sabes que "a grandes males, grandes remedios..."

Valdez se hundió incómodo en su asiento. No entendía el rumbo de la conversación, pero presentía que no le agradaría el destino.

—Créeme que si no fuera necesario, no propondría sacrificar a alguien que ambos estimamos —continuó Sevilla jugando con su leontina—. Colina Andrade debe salir de la jugada. Estaba contemplado en nuestros planes, pero si analizas sus discursos, entenderás por qué debe ser ahora... y muy pronto.

—No me gusta esto —replicó Valdez—. Sabíamos que podría ser necesario cambiar de candidato, pero no será bien visto como precedente para el Partido. ¿Qué justificación daríamos? ¿Creerán el cuento de "motivos de salud"?

Sevilla se levantó lentamente. Dejó transcurrir unos segundos de silencio, pesados como plomo:

—No, Pedro, no es así. Si Colina se retira ahora por razones triviales, el Partido se hundirá, especialmente con Domitilo hablando más de la cuenta. Que se ocupe de Chiapas, que para eso está. No, nuestro camino debe ser otro.

Se detuvo frente a la ventana, contemplando la plaza iluminada:

—Para que el Partido mantenga el control, necesitamos garantizar un triunfo electoral limpio... ¡LIMPIO! —enfatizó girándose hacia Valdez—. ¿Cómo asegurarlo? Necesitamos un acontecimiento donde el Partido aparezca como víctima ante la población, sin dejar lugar a dudas. Por ello, es imprescindible "eliminar" a Colina Andrade...

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire del despacho presidencial, como murciélagos en una cueva oscura. Afuera, México dormía, ignorante de que su destino se decidía entre dos hombres, uno de los cuales acababa de sentenciar a muerte a un amigo.

CAPÍTULO 4

El sacrificio del candidato

Las palabras de condena quedaron suspendidas en el aire como humo en un cuarto sin ventilación. El Presidente Valdez parpadeó, incapaz de asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Eliminar a Os? —preguntó con voz estrangulada—. ¿Has perdido la cabeza, Pepe? El plan era revitalizar el sistema partidista, montar ese teatro de democracia para que el pueblo creyera en una contienda genuina. ¿Por qué demonios dices ahora que el Partido debe ganar las elecciones?

Sevilla permaneció imperturbable, como un médico que diagnostica una enfermedad terminal sin inmutarse.

—Cálmate, Pedro. Los engranajes se han desajustado. Tu sobrino ha desaparecido, quizás muerto. Ha surgido un tal Macario que no estaba en nuestros cálculos. La actitud de Álvarez Samaniego es sospechosa. —Hizo una pausa—. Debemos modificar los planes. Es lo que hacen los hombres prácticos cuando la realidad no se ajusta a sus designios.

El Presidente volvió a sentarse mientras Sevilla desarmaba y rearmaba el mecanismo corrupto del poder mexicano.

—Ahora debemos asegurar que el Partido gane las elecciones de manera limpia. Totalmente limpia —enfatizó Sevilla, saboreando la ironía—. No podemos desaprovechar un aparato con tanta experiencia.

Evaluó la reacción del Presidente, ese títere que creía manejar los hilos.

—Debemos recurrir a la conmoción sentimental del pueblo mexicano. Un pueblo que siempre ha preferido los mártires a los héroes vivos. —Bajó la voz—. Osvaldo Colina Andrade debe ser eliminado. En su lugar, nombraremos a Serna Donoso como candidato emergente. Él enarbolará la bandera del desaparecido, y el pueblo votará por un fantasma hecho realidad.

En los ojos de Valdez brilló un destello de horror, pero también de fascinación.

—¿Y por qué Serna? Sabes que no es de tu agrado.

—Cuando se busca el poder verdadero, las emociones son estorbos. Solo la razón debe prevalecer —respondió Sevilla.

—¿Matar a Osvaldo Colina Andrade? No puedo creerlo...

—Piénsalo desde otra perspectiva. —Sevilla se inclinó hacia adelante—. Su nombre pasará a la historia de México. Dada su mediocridad política, ¿qué es mejor: ser un mártir recordado o un candidato derrotado y olvidado? ¿El último candidato del Partido derrotado en sesenta años? ¿O un gran candidato ultimado por un demente, cuya muerte pone de luto a la patria?

Dejó que las palabras penetraran como agujas.

—El Partido continúa la lucha... la lucha de Colina por un México mejor. Por eso le dije que su campaña tendría un repunte. Dejemos que crezca notablemente y cuando la presión esté en su punto más alto... un atentado. Desafortunadamente, fatal.

El antiguo reloj del despacho marcaba los segundos, como si midiera la vida que le quedaba a Colina Andrade.

—No sé... —murmuró Valdez—. ¿Matar a Os? ¿No hay otro remedio?

Valdez buscaba en Sevilla la justificación que necesitaba para acallar su conciencia. En realidad, ya sabía que la propuesta era lo que finalmente se haría. Estaba fatigado por tanta tensión y prefería descansar en la certeza de un hombre que siempre le había demostrado saber hacer lo necesario.

—Déjame pensarlo, Pepe —dijo finalmente—. Es demasiado grave para decidirlo así.

—¡Bah! —exclamó Sevilla con desdén—. Vosotros los mexicanos nunca aprendéis a ser fríos y objetivos. Pero en fin...

Sevilla se retiró, dejando al Presidente solo con su falsa ilusión de decisión. Valdez caminó hacia los grandes ventanales. Todo le molestaba: los zapatos que le apretaban, el cuello de la camisa, la corbata. Era como si hasta su ropa conspirara contra él.

Recordó a Os cuando eran jóvenes y le pareció irreal tener ahora su vida en sus manos. Siempre había confiado en él, pero las palabras de Sevilla resonaban en su mente. Era cierto que en sus discursos, Os no trataba muy bien al Presidente. Tal vez había enfermado de esa dolencia común entre los políticos: la fiebre del poder.

"¿Y si solo fuese herido?", pensó de repente. "Herido para sacarlo de circulación. Después exageraríamos, diríamos que está muy delicado y que no puede contender". Su rostro se iluminó. "¡Eso es! Una solución alterna... Y el que la pensó fui yo, no Sevilla."

Al día siguiente, 21 de enero, cuando Sevilla escuchó la propuesta de Valdez, fingió entusiasmo con maestría.

—Es una idea inmejorable —concedió—. Eso haremos. Te felicito por encontrar una alternativa.

Valdez sonrió, satisfecho.

—¿Ves, Pepe? No siempre hay que ser tan drástico. Hubiéramos cometido "otro" error.

—Tienes razón, Pedro —concedió Sevilla con una sonrisa apenas perceptible—. Te volaste la barda.

—Entonces tú te encargas de todo. Yo no debo aparecer involucrado ni de chiste. Obviamente tú tampoco... Supongo que tienes ya un plan.

—Todo eso déjalo de mi cuenta —respondió Sevilla con seguridad—. Solo manda a buscar a ese sobrino tuyo.

Valdez recordó al viudo de Laura y volvió a preguntarse qué habría sido de ese muchacho. Se prometió encargar el asunto al clero a través del Cardenal.

Esa noche del 21 de enero, el doctor Sevilla esperaba en su oficina una llamada. Solo las alas de servicio de Los Pinos tenían movimiento; el resto era un sepulcro iluminado por lámparas oficiales.

El teléfono sonó como un disparo en el silencio.

—¿Diga? —respondió Sevilla.

—El "pedido" llegará mañana. Requerimos que vaya usted personalmente a nuestras oficinas centrales. Necesitará una "identificación". Solo diga que va de parte de Fausto.

—De acuerdo, pasaré a primera hora. Cuiden bien mi "paquete" porque es de manejo "frágil". ¿Entendido?

—Todo está en orden.

Sevilla colgó con satisfacción. Le habían confirmado que el General Sebastián Acosta estaría al día siguiente para planear lo de Colina Andrade. "Mañana será un día importante", pensó mientras el sueño lo vencía.

La mañana del 22 de enero, José Sevilla se levantó, se vistió con meticulosidad y ordenó a su chofer que tuviera listo su coche. Apenas probó unos bocadillos, como si la misión le hubiera robado el apetito.

Tomó las llaves y salió rumbo a Polanco. Llegó a un edificio de apartamentos lujosos, metió el carro a un garaje automático y se dirigió al elevador. Pulsó el botón de PH3 y tocó la única puerta disponible.

—Vengo de parte de Fausto —dijo cuando le abrieron.

—Pase, por favor. Enseguida viene mi General.

Sevilla se paseó por la amplia sala como un animal enjaulado. Se acercó a la ventana y contempló la nube de smog que flotaba sobre la ciudad como un sudario gris. Una voz áspera lo sobresaltó:

—Don José Sevilla. ¿En qué puedo servirle? —Era el General Acosta—. Hacía mucho que no podía regresar a mi patria...

—General, es un asunto sumamente delicado. Necesitamos a alguien de confianza y capacitado profesionalmente para un operativo especial.

Durante la explicación de Sevilla, Acosta permaneció inmóvil como una estatua de bronce, dando fuertes caladas a su puro. Cuando Sevilla terminó, el militar se paseó unos momentos.

—¿Y yo qué gano en todo esto, doctor Sevilla?

—La Secretaría de la Defensa Nacional... ni más ni menos.

Una carcajada amarga escapó de la garganta del militar.

—¿Usted cree que la gente aceptará mi regreso después de cómo me trató el sistema? ¿Después de perseguirme como perro? Deben estar muy mal las cosas para recurrir a mí.

Sevilla sonrió, deleitándose con su plan.

—Primero se declarará que se cometió una injusticia con usted. El mismo Presidente reconocerá que fueron intereses ajenos los que lo pusieron en entredicho. —Se acercó al militar—. Luego, usted regresará con dignidad y será restituido con honores, en recompensa a los servicios "desinteresados" que prestó al combatir el narcotráfico.

Continuó tejiendo su red:

—Nuestros amigos del norte confirmarán su invaluable colaboración con la DEA. Después, usted aportará evidencias del "accidente" que obran en su poder. Se convertirá en el detective que esclarece las cosas. El nuevo candidato lo llamará para cuidar su seguridad personal, y luego... todo caerá por su propio peso.

Acosta escuchó con atención, reconociendo que la secuencia sonaba viable.

—Caray, doctor... Usted tiene una manera de plantear las cosas que las hace parecer sencillas. Si me garantiza que así serán, acepto el "sacrificio" de hacer ese trabajo sucio.

—Es menester, General, que todo se haga con máxima discreción. Prepare un plan que no deje cabos sueltos. Y si los hay... elimínelos. ¿Me entiende?

—No se preocupe, doctor. Ahora hablemos de mi regreso a México...

Cuando salió del penthouse, Sevilla sonreía con satisfacción. El imbécil de Acosta había tragado el anzuelo y haría el "trabajito". Después vería cómo quitarlo de en medio.

"Pinche Generalito ambicioso", pensó. "No sabe la que le espera. Pero por ahora lo necesito".

Mientras tanto, el General Acosta sonrió con la satisfacción del depredador que identifica a su presa.

"Pobres ilusos", pensó mientras apuraba su whisky. "Creen que soy un perro hambriento que correrá tras cualquier hueso."

México necesitaba un cambio radical, un puño de hierro disfrazado con guante de seda. Todos estos civiles habían conducido al país al borde del precipicio. Y allí estaba él, esperando el momento para empujar a todos al abismo y quedarse con el botín.

Los gringos lo apoyarían. Siempre apoyan a quien les garantiza estabilidad para sus negocios.

"Valdez, Sevilla... simples escalones", murmuró mientras exhalaba el humo de su puro. "Escalones para llegar al poder verdadero".

Afuera, el sol brillaba sobre la ciudad de México con indiferencia, como ha brillado durante siglos sobre las intrigas de los poderosos y la sangre que invariablemente se derrama cuando ambos mundos colisionan.

CAPÍTULO 5

Tinta y deseo

En los días siguientes al 22 de enero se conoció la terrible noticia: un hombre solitario, armado con un revólver viejo, había podido acercarse al candidato Osvaldo Colina Andrade en Tijuana, durante un mitin y le había disparado dos veces en la cabeza causando la muerte instantánea del que todos aseguraban habría sido el futuro presidente de la república.

Ante la noticia, Pedro Valdez reclamó en privado a Sevilla Zertuche que no se hubiera cumplido con el plan de solo herir a Colina Andrade, consiguiendo solo las disculpas de su asesor cuando le dijo que el estúpido del autor, un tal Beltrán, no supo atender las órdenes y terminó por matar a Osvaldo. Que lo lamentaba pero que ya estaba hecho y que la historia no podría cambiar, por lo que le sugería enviar un mensaje de profundas condolencias al país y designar a otro candidato en lugar de Colina.

Le dijo además que Beltrán sería enjuiciado en forma expedita para condenarlo a cadena perpetua, y que no se preocupara por la posibilidad de que hablara, ya que se había comprometido a no hacerlo para evitar que su familia pagara las consecuencias. Beltrán había sido coartado para cumplir con esa misión criminal con la promesa de que cuidarían de su familia, a menos que rompiera su silencio.

Valdez no estuvo muy contento con la situación, pero terminó haciendo lo que Sevilla Zertuche le aconsejó... como siempre.

Lejos de todo eso, en la selva de Chiapas, Macario se sentó bajo la sombra de un árbol centenario el 26 de enero de 1994. A su lado, un mestizo tojolabal llamado Remigio se acuclilló en silencio. La selva chiapaneca se extendía ante ellos como un manto verde, indiferente a los conflictos de los hombres.

—Mira, Remigio —dijo Macario, su voz ronca contrastando con el murmullo de la selva—. Esta tierra que ves es la herencia de tus abuelos. Los ladinos la tomaron como quien toma un objeto abandonado, sin preguntar, sin pedir permiso.

El indígena observaba el movimiento de sus labios. Comprendía bien el español. Su mujer y sus hijos habían desaparecido meses atrás, probablemente asesinados por las guardias blancas, aunque nadie pudo confirmarlo. Como tantos otros producto de esta guerra no declarada, Remigio había encontrado refugio entre los rebeldes y se había hecho gran amigo del Comandante Macario.

—Los ricos de la capital viven en casas más grandes que nuestras aldeas enteras —continuó Macario—, mientras tu pueblo busca simplemente no morir de hambre. ¿Entiendes lo absurdo de esta situación, Remigio?

El hombre asintió, pues aunque tal vez no comprendiera todas las palabras, entendía perfectamente el lenguaje universal de la injusticia.

—El gobierno quiere que hablemos con ellos —dijo Macario, arrancando una brizna de hierba—. Tienen miedo ahora. Siempre es así: primero te ignoran, luego te ridiculizan, después te atacan y finalmente quieren negociar. Iremos a hablar, porque es lo que decidió el Comité.

—Tú puedes escribir carta —intervino Remigio con su español fragmentado—. Diles no queremos guerra… queremos paz.

Macario sonrió y revolvió el cabello de Remigio.

—Lo haré, mi gran amigo —prometió—. Aunque no sé si servirá de algo. Pero lo haré.

Se quedó solo cuando Remigio partió a buscar a Domingo. Sus pensamientos lo llevaron de regreso a la capital, aquella ciudad monstruosa que apenas recordaba ya. Cuánto había cambiado su vida. De ser un hombre con ambiciones políticas convencionales, ahora era un rebelde con el rostro oculto tras un pasamontañas, dispuesto a morir por tres palabras que antes pronunciaba sin comprender realmente: Libertad, Justicia, Democracia.

La metamorfosis había sido completa. Macario ya no temía a la muerte; la veía como una compañera inevitable en este camino que había elegido. Lo único que temía era que su lucha fuera en vano, que esta

gente que ahora confiaba en él volviera a caer en el olvido sistemático que México les había impuesto durante siglos.

Recordó cómo le informaron de la muerte repentina de Martha Miranda y de la situación de su hijo Jean Claude, y de cómo le había pedido al embajador de México en Inglaterra que hiciera lo necesario para enviar al niño a México para que se reuniera con él, y de cómo se lo había encargado a Simón, a un gran amigo, hecho durante la organización de la guerrilla, que ahora era el garante de la seguridad de su pequeño hijo. Los recuerdos lo llenaron de nostalgia y entonces sacó su cuaderno desgastado y comenzó a escribir:

"Nos invitan al diálogo quienes nos han olvidado siempre. ¿Se les olvidó que fuimos nosotros quienes primero gritamos pidiendo ser escuchados? Nos ofrecen amnistía con un cinismo brutal. ¿De qué tendrían que perdonarnos? ¿De manchar la tierra con nuestro sudor y nuestra sangre?

Si alguien debe pedir perdón, que sean los arquitectos de la desigualdad, no sus víctimas. Que sean los que nadan en la abundancia mientras otros mueren de hambre. Que sean los que cierran los ojos ante el genocidio de pueblos enteros.

Iremos al diálogo porque creemos en la palabra, pero también en la acción. Llevaremos la razón como escudo y la verdad como arma. Sabemos manejar rifles, pero también argumentos. Y los que piensan que no tenemos capacidad para la dialéctica cometerán el mismo error que han cometido siempre: subestimarnos."

En la capital, la mañana del 27 de enero de 1994, Manuel Orta agitaba el comunicado de Macario frente a Dorita como quien muestra un trofeo de caza.

—¡Es dinamita pura! —exclamaba con la excitación de un periodista ante la exclusiva de su vida—. Esto nos catapulta directamente a la cumbre.

Desde que comenzó a publicar las cartas intercambiadas entre Macario y el misterioso Juan Pueblo, su carrera había despegado como cohete. Ahora se debatía entre viajar personalmente a Chiapas o seguir esperando los comunicados desde la comodidad de su departamento. No era corresponsal de guerra y la idea de balas silbando cerca de sus oídos no le resultaba particularmente atractiva.

La llegada de Dorita a su departamento esa tarde solo complicó su dilema. Apenas le explicó sus dudas, ella se plantó con determinación.

—Debemos ir a Chiapas —sentenció ella, enfatizando el "debemos".

—¿Cómo que 'debemos'? —protestó Manuel—. Si decido ir, iré SOLO.

—¿Crees que soy una niña? —replicó Dorita, con los ojos brillantes de indignación—. No vas a ir solo a ninguna parte. Si tú vas, yo voy contigo.

—¡No irás!

—¡Sí iré!

La discusión se vio interrumpida por el timbre del teléfono. Era el contacto de Manuel en San Cristóbal, anunciando la llegada de un nuevo fax. Con el corazón acelerado, Manuel pulsó el botón y esperó. La hoja salió lentamente de la máquina:

"Dados los intereses mutuamente creados, le comunico que ha sido invitado, junto con el escritor Clemente Pescador de 'Secuencia' y el periodista Jack Olsen del 'New York Times', para participar en una entrevista que les concederé dentro de una semana. Si es de su interés, póngase en contacto con el obispo Álvarez Samaniego, quien lo guiará hasta mí. Comandante Macario."

—¡Es la señal! —exclamó Manuel, olvidando momentáneamente su discusión con Dorita—. ¿Ves? El destino ha decidido por mí.

—Perfecto —sonrió ella triunfalmente—. Empezaré a preparar nuestras maletas.

—Ya te dije que no, Dorita. No sabemos qué condiciones habrá allá y...

—Escúchame bien, Manuel Orta —lo interrumpió ella, clavando su índice en el pecho de él—. Voy a ir, quieras o no. Si no me llevas, te seguiré como sombra. A ver si puedes librarte de mí tan fácilmente.

Manuel comprendió que había perdido esta batalla antes de comenzarla. Como tantos hombres antes que él, descubrió que hay fuerzas contra las que es inútil luchar. Y la determinación de una mujer decidida es, quizás, la más implacable de todas.

Mientras tanto, en algún lugar de la selva Lacandona, Macario contemplaba las estrellas la noche del 27 de enero. Eran las mismas que brillaban sobre el Zócalo capitalino, sobre los rascacielos de Nueva York y sobre las chozas miserables de comunidades olvidadas. Su lucha era local, pero sus implicaciones, universales.

La verdad, pensó, es como estas estrellas: está ahí aunque cierres los ojos, aunque la niegues, aunque intentes ocultarla tras cortinas de humo mediáticas o retórica gubernamental.

—Vendrán a entrevistarme —murmuró para sí mismo—. Periodistas con sus grabadoras y sus preguntas ensayadas. ¿Entenderán realmente lo que está en juego? ¿O solo buscarán una historia que vender?

El viento frío de la montaña le trajo el aroma de la tierra húmeda, de esa tierra que no era de nadie porque era de todos. Una tierra por la que

valía la pena vivir y morir si fuera necesario. Pronto amanecería. Y con la luz del día, la lucha continuaría: la antigua lucha entre los que tienen demasiado y los que no tienen nada; entre los que deciden y los que sufren las consecuencias; entre la memoria y el olvido.

Macario se ajustó el pasamontañas y sonrió bajo la tela negra. La muerte podría estar esperándolo a la vuelta de cualquier camino de terracería, pero mientras tanto, tenía una revolución que dirigir y una historia que escribir con tinta indeleble en las páginas del futuro de México.

CAPÍTULO 6

Juan Pueblo alza la voz

El Presidente Valdez no confiaba ni en su propia sombra. Menos aún en aquellos que lo rodeaban. Tres días después del magnicidio de Colina Andrade, había llamado al Cardenal Facatti para solicitar su intervención. No era la primera vez que la Iglesia servía de intermediaria entre el poder y los desposeídos.

—Necesito a alguien que encuentre a mi contacto en la selva —dijo Valdez por teléfono, con voz que intentaba disimular su desesperación —. Álvarez Samaniego no debe enterarse de quién lo busca ni por qué.

El Cardenal Facatti había comprendido sin necesidad de más explicaciones. En México, las palabras sobraban cuando los intereses eran claros.

Zamarripa era joven, ingenuo y devoto aspirante al sacerdocio. Tres cualidades perfectas para convertirlo en peón desechable. Cuando el Cardenal le pidió que viajara a Chiapas para "una misión de paz", el novicio aceptó sin titubear.

—Es un encargo especial, hijo mío —le había dicho Facatti con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. Debes encontrar a esta persona. No hagas preguntas, solo encuéntrala y vuelve.

Zamarripa no hizo preguntas... solo se limitó a asentir y asegurar que cumpliría.

El aeropuerto de la Ciudad de México bullía como hormiguero pisoteado el 5 de febrero de 1994. Zamarripa observaba, inmóvil entre el caos, ajeno a ese mundo de prisa y consumo. La conversación de una pareja joven llegó a sus oídos como mensaje del destino:

—Manuel, mi amor, ya estamos aquí... ¡Qué emoción...! Vamos a ver realmente de manera muy cercana a un guerrillero...

El instinto del joven aspirante a sacerdote se despertó. Se acercó a ellos disimulando su interés bajo una máscara de casual curiosidad.

—Disculpen... He escuchado que van a ver a Macario. ¿Son periodistas?

—Mi novia es fantasiosa. Cree que con solo pisar San Cristóbal verá a ese tal Macario...

—Qué casualidad —respondió Zamarripa—, yo también voy a San Cristóbal.

Las coincidencias no existen para quienes entienden cómo funciona el poder. Existen solo las oportunidades y los designios. Zamarripa se presentó y se alejó con la misma rapidez, dejando tras de sí la semilla de la sospecha.

El avión tocó tierra en Tuxtla Gutiérrez como un pájaro herido. Chiapas recibía a los forasteros con su aire denso, cargado de humedad y secretos. En la agencia de autos, el destino volvió a unir a Zamarripa con la pareja.

—Lo lamento, "padre" —dijo la empleada con indiferencia—, rentamos el último vehículo a esos jóvenes. Hasta mañana no habrá más.

Los ojos del sacerdote se posaron en Manuel y Dorita. La necesidad hace extraños compañeros de viaje.

—¿Podrían llevarme? —preguntó con humildad calculada—. Les aseguro que no estorbaré.

Sin sospechar nada, Manuel Orta y Dorita accedieron. El camino a San Cristóbal serpenteaba entre montañas antiguas que habían visto pasar conquistadores, revolucionarios y turistas con la misma impasible indiferencia. En el auto, el silencio pesaba más que las palabras. Cada uno guardaba sus secretos como un tesoro y San Cristóbal apareció ante ellos como una visión colonial congelada en el tiempo.

—Voy a la catedral —dijo Zamarripa al llegar— a ver al obispo Álvarez Samaniego.

Manuel y Dorita intercambiaron una mirada rápida, eléctrica. El mundo es pequeño para quienes persiguen un mismo objetivo.

—Nosotros también —respondió Manuel—. Parece que el destino nos ha hecho compañeros de aventura.

La catedral se alzaba imponente, testimonio de piedra del poder de una institución que había sobrevivido imperios y revoluciones. Dentro, el aire frío olía a siglos e incienso. Zamarripa se adelantó con la confianza de quien conoce los pasillos del poder.

—Dígale a Su Eminencia que hay personas importantes de la ciudad de México que desean verlo —dijo a la secretaria—. Traigo un documento del Cardenal Facatti.

Nombres. En este país, los nombres abrían puertas. El de Facatti era una llave maestra. La secretaria aceptó la petición y al cabo de unos minutos hizo pasar primero a los periodistas ante el Obispo. Álvarez Samaniego era un hombre de setenta años con ojos que evaluaron a Manuel y Dorita con la frialdad de quien ha aprendido a desconfiar por supervivencia.

—Así que usted es el famoso Manuel Orta —dijo, y su voz resonó en la habitación.

Manuel asintió experimentando un escalofrío. Parecía la misma voz que hablaba al recibir los faxes de Macario. No había casualidades, solo trampas bien tendidas.

—Me pidieron ponerlo en contacto con algunos fieles que le conducirán a la montaña —continuó el obispo—. ¿No es ese su deseo?

—En efecto —respondió Manuel—. Queremos ver a Macario.

—¡Perdone usted! —interrumpió bruscamente el obispo—. El motivo de su viaje es asunto suyo. Yo solo cumplo con las peticiones que me hacen…y eso haré.

Escuchen con atención: partirá al amanecer solo Usted Manuel. Su acompañante no estaba considerada. Las reglas del juego no se discutían.

No sirvieron las protestas de Dorita y cuando los periodistas se marcharon, Zamarripa entró al despacho. El aire se había vuelto más denso, cargado de recelo.

—Vengo de parte del Cardenal —dijo el joven aspirante—. Debo penetrar en el grupo guerrillero para apoyar su mensaje de paz.

—¿Qué monserga es esa? —respondió Álvarez, sin disimular su sorpresa —. ¿Desde cuándo le importa al Cardenal lo que pasa aquí?

—Ignoro todo, Monseñor. Solo cumplo órdenes.

El obispo sintió que algo no encajaba. Los poderosos no enviaban refuerzos sin razón. ¿Era Zamarripa un espía, un mensajero o simplemente un peón sacrificable?

—Le ofrezco hospedaje por esta noche —dijo finalmente—. Mañana veremos cómo puedo ayudarlo.

Cuando Zamarripa se marchó, Álvarez quedó sumido en cavilaciones. El Cardenal lo había metido en este juego peligroso, y ahora enviaba a un desconocido. Las sospechas florecían en su mente como hongos después de la lluvia.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Andrés, indígena de rostro impenetrable que servía de enlace con la guerrilla. Nadie en la ciudad sabía que Andrés era mayor del Ejército de Liberación

Nacional. Para la mayoría, era solo otro indígena más, invisible como todos ellos.

—¿No te ha seguido nadie, hijo? —preguntó el obispo, cerrando la puerta con cautela.

—Naiden, señor —respondió Andrés, quitándose el sombrero gastado—. Vengo pa´ saber a quién tengo que llevar a la sierra.

El obispo le explicó la situación: Eran el periodista, el gringo que había llegado ese mismo día, el escritor de la revista y ahora este sacerdote inesperado.

—No me trago el cuento —confesó—, pero no podemos despertar sospechas. Dile a Gloria que tengan cuidado. Por cierto…el periodista trajo una acompañante no considerada que necesito que preguntes si puede ir también.

Gloria era en realidad Mirta, la periodista Mirta Castillo Albarrán, antigua asistente del que ahora se conocía como Comandante Macario y que era parte del personal de enlace entre la guerrilla y “el mundo”.

—Yo vengo mañana con la razón si pueden ir la siñorita y el tata cura —dijo Andrés con voz neutra.

—Llévate esas bolsas de ropa usada —añadió el obispo—. Servirán de coartada, por si alguien vigila.

El indígena asintió y tomó las bolsas. Cuando ya se marchaba, el obispo lo detuvo con un gesto.

—Hay demasiados ojos en San Cristóbal estos días. Si notas algo extraño, avísame de inmediato.

—Pierda cuidado, tata —respondió Andrés con sutil ironía—. Nosotros sabemos andar en la sombra.

Y se marchó silenciosamente, perdiéndose entre los colores del mercado como una gota de agua en el río. Los indígenas siempre habían sido invisibles para el poder, hasta que dejaban de serlo.

Mientras tanto, en el Hotel Central, Manuel y Dorita se enfrentaban en una batalla más antigua que la lucha de clases: la del hombre que cree proteger y la mujer que se niega a ser protegida.

—¡No vas a ir y punto! —exclamaba él, marcando territorio con sus pasos nerviosos—. El obispo fue muy claro.

—¿Y qué pretendes que haga? —replicaba ella con los ojos brillantes de indignación—. ¿Quedarme aquí como una niña castigada?

—Esto no es un juego, Dorita. Son guerrilleros armados, zonas de conflicto.

—¿Y para ti no es peligroso? —Sus ojos se humedecieron, no de miedo sino de frustración—. No quiero que te pase nada. Al menos si estoy contigo...

En México, las mujeres siempre habían sido más valientes que los hombres. Ellos morían en revoluciones; ellas sobrevivían para contar la historia.

—Te propongo algo —dijo Manuel, sentándose junto a ella—. Si mañana consigo que te permitan acompañarme, vendrás. Si no, te quedarás aquí. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —asintió Dorita.

Pero en sus ojos brillaba la determinación de quien ya ha tomado una decisión irrevocable. En esta tierra donde los hombres hacían las reglas, las mujeres siempre habían encontrado formas de doblarlas sin romperlas.

La noche cayó sobre San Cristóbal como un manto espeso. En el silencio de la oscuridad, cada uno de los personajes meditaba su próximo movimiento. El sacerdote, los periodistas, el obispo, el indígena... Todos peones en un juego cuyas reglas escribían otros, muy lejos de las montañas de Chiapas.

Mañana, con la primera luz, comenzaría el verdadero viaje. Y como sucede siempre en México, nada resultaría según lo planeado. Porque en esta tierra, entre la selva y la realidad, entre el poder y la resistencia, habitaba siempre el caos, ese dios olvidado que se burla por igual de los poderosos y de los desposeídos.

CAPÍTULO 7

El obispo de San Cristóbal

Zamarripa no era lo que aparentaba. En la soledad de aquella celda austera que el obispo le había asignado la noche del 5 de febrero de 1994, extrajo de su sotana una fotografía gastada por el tiempo. La miró largamente bajo la luz mortecina. El rostro en el papel mostraba a un hombre joven, de unos treinta y tantos años, con esa mirada que tienen los que creen poder cambiar el mundo. Al reverso, unas palabras escritas con tinta desvaída: "Alberto Vega Narváez, desaparecido en la zona de conflicto, mayo 1992".

Guardó la fotografía con cuidado. Después, sacó de su maleta una pistola pequeña pero mortal. La calibró con la destreza de quien conoce bien las armas, no con la torpeza de un hombre de Dios. La escondió bajo la almohada y se tendió en la cama sin quitarse la sotana. No rezó antes de dormir. Los hombres como él no rezan; hacen que otros recen por ellos.

La madrugada del 6 de febrero en San Cristóbal llegó fría y gris. Antes de que el sol tocara las cúpulas coloniales, sombras silenciosas convergían en la parte trasera de la catedral. Manuel Orta había llegado primero, con esa puntualidad de quien ha vivido siempre con miedo a perder oportunidades. A pocos pasos encontró a Jack Olsen, el norteamericano del New York Times: alto, rubio, con esa mirada de superioridad que los gringos nunca consiguen disimular. Su cámara, colgada al cuello, valía más que lo que un indígena chiapaneco ganaba en tres años.

—Buenos días —saludó Manuel, intentando ocultar su nerviosismo.

—Jack Olsen —respondió el norteamericano—. El corresponsal que habla con fantasmas.

Apareció Clemente Pescador, escritor de la revista "Secuencia". Tenía esa barba entrecana de intelectual comprometido y fumaba sin cesar.

—Vaya, vaya —dijo Pescador—. El único periodista que logró cartear con el mismísimo Macario. Espero que nos cuentes cómo hiciste el milagro.

El trío constituía un perfecto retrato de la prensa: el idealista, el extranjero y el cínico.

La llegada de Dorita rompió aquel equilibrio. Venía corriendo, sin aliento, con el rostro iluminado por una determinación que solo tienen las mujeres cuando deciden desafiar lo imposible.

—¡Manuel! —exclamó jadeante—. No pensarías que iba a dejarte ir solo...

El obispo Álvarez Samaniego apareció entonces flanqueado por el padre Zamarripa y tres indígenas. Entre los indígenas destacaba Andrés, un hombre pequeño pero fibroso, con la mirada de quien ha aprendido a sobrevivir siendo invisible.

—Buenos días —dijo el obispo—. Estos hombres los guiarán hasta el campamento. El camino es peligroso.

Andrés dio un paso al frente. Sus ojos recorrieron al grupo con frialdad.

—Nosotros llevar. Pero mujer no. Solo hombres invitados —sentenció, señalando a Dorita.

El rostro de la joven se tensó. Iba a protestar cuando Zamarripa intervino:

—Hijo, la señorita es parte del trabajo del señor Orta. Conoce sus escritos mejor que nadie. Yo respondo por ella.

Andrés y Zamarripa se miraron largamente. Finalmente, el indígena habló en su lengua con sus compañeros.

—Ta´bien...mujer viene —concedió al fin—. Pero si algo pasa, culpa suya.

Una vieja pickup los esperaba en un callejón cercano. Los periodistas y Dorita se hacinaron en la cabina. Zamarripa y los indígenas subieron a la caja trasera.

La camioneta se internó por senderos cada vez más estrechos. La selva chiapaneca los fue tragando poco a poco, como una bestia que devora lentamente a su presa.

Después de horas de traqueteo, llegaron a un claro. Allí los esperaba un grupo de hombres armados con rifles. Sus rostros cubiertos con pasamontañas negros les daban un aspecto fantasmal.

—Bajen. A partir de aquí, caminamos.

Les vendaron los ojos con trapos que olían a sudor y tierra. Caminaron durante horas agarrados a una cuerda gruesa. A veces tropezaban o resbalaban en el lodo. El padre Zamarripa avanzaba con sorprendente facilidad, como si estuviera acostumbrado a moverse a ciegas en territorios hostiles.

Cuando les quitaron las vendas, el campamento guerrillero se reveló: un puñado de chozas de madera y lona distribuidas bajo árboles centenarios. No era el refugio de bandidos que el gobierno describía, ni el paraíso revolucionario que imaginaban los estudiantes. Era el hogar provisional de hombres y mujeres que habían elegido vivir de pie en lugar de morir de rodillas.

Una mujer se aproximó a ellos. Era joven, blanca, hermosa, de ojos verdes como esmeraldas. Llevaba el cabello castaño claro recogido y una pistola al cinto.

—Soy Gloria (Mirta) —dijo con voz clara—. Bienvenidos al campamento del Ejército de Liberación Nacional. El Comandante los verá mañana al amanecer.

Los condujo hacia una choza más grande. Manuel observó cómo Zamarripa escudriñaba cada rincón del campamento con meticulosidad de espía militar, no con la curiosidad inocente de un sacerdote.

—¿Reciben muchas visitas? —preguntó Jack Olsen.

—No tantas como quisieran ustedes —respondió Gloria—. Y ninguna como la suya, señor Orta. El Comandante tiene especial interés en hablar con usted.

La noche del 6 de febrero cayó sobre la selva como un telón negro. Mientras los periodistas descansaban, Zamarripa salió pretextando contemplar las estrellas, pero se dirigió hacia un grupo de guerrilleros que estaba alrededor de una fogata.

Zamarripa se presentó con humildad ensayada. Habló de la misión de paz que supuestamente lo traía. Los hombres lo escuchaban con

desconfianza. Entonces, como quien no quiere la cosa, dejó caer un nombre:

—¿Conocen ustedes a Alberto Vega Narváez?

Un silencio espeso cayó sobre el grupo. Uno de los hombres, con la piel curtida por décadas de sol, levantó la mirada.

—Alberto murió hace tiempo, padre. ¿Para qué remover a los muertos?

—Su familia quiere saber —respondió Zamarripa.

El viejo guerrillero dio una calada profunda a su cigarrillo:

—Era un buen hombre. Demasiado bueno para esta guerra. Murió durante un ataque del ejército, tratando de proteger a unos niños. Al menos eso nos dijeron. Nunca encontramos su cuerpo.

Zamarripa asintió con fingida compasión y se retiró. Ya a solas, volvió a contemplar la fotografía. Sus facciones se habían endurecido. Ahora tenía una pista: Alberto había estado allí, pero supuestamente había muerto. ¿Por qué no habían encontrado el cuerpo?

En otra choza, Gloria hablaba en susurros con un hombre que permanecía en la penumbra.

—Mi cuate…el sacerdote pregunta por Alberto Vega —informó ella—. No me parece casualidad.

—Nada es casualidad en esta guerra —respondió el hombre—¿Qué piensas tú?

—No es lo que aparenta. Sus manos no son las de un hombre que solo ha sostenido un rosario. Y observa demasiado, memoriza posiciones, rutas...

—Mantenlo vigilado. No debe acercarse a Simón —ordenó el hombre—. En cuanto a los periodistas, los necesitamos. Son nuestra única voz hacia el exterior.

Gloria asintió y salió de la choza. La noche en la selva era un manto de tinta salpicado por destellos de luciérnagas. Los sonidos se mezclaban en una sinfonía primitiva: el canto de los insectos, el susurro de las hojas, los murmullos de los guerrilleros en guardia.

En pocas horas amanecería y los visitantes conocerían finalmente al Comandante Macario. Pero mientras la selva envolvía en su abrazo oscuro a revolucionarios y visitantes, en la Ciudad de México, el General Sebastián Acosta firmaba órdenes en su despacho iluminado por una única lámpara.

Los destinos de todos —Zamarripa, Manuel, Dorita, los periodistas y el propio Macario— convergían hacia un mismo punto, como ríos que desembocan en un mar de sangre.

Zamarripa cerró los ojos sin dormir realmente. Los hombres como él no duermen; solo esperan. Su mano descansaba cerca de la pistola bajo la almohada, y su mente repasaba una y otra vez el nombre de Alberto Vega Narváez, un fantasma que parecía haberse tragado la selva. O quizás no...

La noche avanzaba lenta como una procesión fúnebre, mientras en algún lugar de aquel campamento perdido, el misterio que todos buscaban revelaba cuidadosamente su rostro frente a un espejo improvisado. Un rostro que, al alba, cambiaría para siempre la historia de Chiapas y de México entero.

CAPÍTULO 8

Las rotativas arden

La luz del 7 de febrero se filtró a través del follaje como un intruso cauteloso, revelando la verdad simple de las cosas. En la selva chiapaneca, el amanecer no estallaba en colores como en otras partes de México; aquí llegaba sigiloso, como un ladrón que teme ser descubierto.

Manuel Orta abrió los ojos un tanto desorientado. El aroma a tierra húmeda y a madera podrida invadió sus fosas nasales antes que cualquier pensamiento coherente. Por un instante fue solo un animal más en la selva, sin pasado ni futuro. Luego la memoria volvió como una carga: estaba en el campamento del ELN, a punto de verse con Macario, el hombre leyenda.

Junto a él, en el suelo de tierra apisonada, Dorita dormía sobre un petate raído. La luz matutina dibujaba sombras bajo sus ojos, revelando el cansancio que su juventud intentaba disimular. Algunos sueños son más clementes que la realidad.

Afuera, el campamento ya bullía de actividad. Guerrilleros con rostros impasibles transportaban cajas de municiones, mujeres indígenas cocinaban sobre fogones improvisados, niños delgados observaban a los forasteros con curiosidad y recelo. Nadie hablaba más de lo necesario. En la guerra no declarada de Chiapas, las palabras eran tan peligrosas como las balas.

—El gran día ha llegado, ¿eh? —dijo Pescador, ofreciéndole a Manuel una taza metálica con un líquido que pretendía ser café—. Por fin conocerás a tu fantasma.

Manuel aceptó la bebida sin responder. A pocos pasos, Jack Olsen limpiaba meticulosamente el lente de su cámara, como si en aquel gesto mecánico pudiera encontrar la objetividad que su profesión exigía.

—¿Sabes qué es lo que nunca he entendido, Orta? —intervino Olsen sin levantar la vista—. Por qué tú. De todos los periodistas de México, ¿por qué escogió Macario a un novato para transmitir sus mensajes?

La pregunta quedó suspendida en el aire húmedo de la selva. Manuel la sintió como una acusación, no como una simple curiosidad profesional.

—Tal vez porque no tengo opinión formada —respondió finalmente—. No soy de izquierda ni de derecha. Solo cuento lo que veo.

Olsen sonrió con una mueca que mostraba más cinismo que alegría.

—En este país, contar lo que ves es ya una postura política, amigo mío.

Gloria apareció ante ellos silenciosa. Llevaba el uniforme desgastado con dignidad. El arma en su cintura no era un accesorio, sino una extensión natural de su cuerpo.

—Ya es hora —anunció, y aquellas palabras eran una orden, no una sugerencia.

Manuel regresó a la choza para despertar a Dorita. La encontró ya en pie, atándose el cabello en una coleta. Había en sus movimientos la determinación nerviosa de quien se prepara para un encuentro decisivo.

—¿Estás bien? —preguntó él, sabiendo que la pregunta era innecesaria.

—No —respondió ella con honestidad brutal—. Pero estoy aquí.

Cuando salieron, el Padre Zamarripa ya se había unido al grupo. Había algo en su postura que desentonaba con la humildad esperada de un clérigo: se mantenía demasiado erguido, demasiado alerta. Sus ojos no contemplaban el cielo en busca de inspiración divina, sino que escrutaban el campamento con precisión milimétrica.

Gloria los condujo por un sendero ascendente. La vegetación se volvía más densa a cada paso, como si la selva intentara proteger los secretos que ocultaba. Detrás de ellos, dos guerrilleros cerraban la marcha con rifles automáticos.

Tras quince minutos de ascenso llegaron a una explanada natural. El valle se extendía ante ellos, un océano verde ondulante. Adosada a la pared rocosa de la montaña se alzaba una choza más grande que las demás, construida con troncos de árboles y techumbre de palma. No había ostentación alguna que indicara su importancia, pero todos comprendieron instintivamente que aquel era el centro neurálgico del movimiento.

Un hombre los aguardaba de espaldas, contemplando el panorama como un terrateniente valorando sus posesiones. Cuando se giró, el pasamontañas negro que cubría su rostro provocó en Manuel un escalofrío. No era miedo lo que sintió, sino la extraña certeza de ver algo irreal, una figura salida de un mito moderno.

—Bienvenidos —dijo el hombre con voz grave pero cultivada—. Soy Macario.

Jack Olsen fue el primero en reaccionar, estirando la mano con confianza exagerada. Macario ignoró el gesto con indiferencia.

—Pasemos dentro —ordenó, señalando hacia la choza—. La selva también tiene demasiados ojos y oídos.

El interior revelaba contradicciones que Manuel catalogó meticulosamente. Junto a los equipos de radio descansaba una vieja máquina de escribir Olivetti. Los mapas estratégicos en las paredes coexistían con dibujos infantiles clavados con tachuelas. Era el refugio de un intelectual jugando a la guerra, o de un guerrero intentando preservar algún vestigio de civilización.

Gloria permaneció junto a la entrada, inmóvil como una estatua pero con la tensión contenida de un animal antes del salto. Los visitantes tomaron asiento alrededor de una mesa de maderas dispares. El silencio se instaló entre ellos.

—Tengo entendido que usted viene en misión espiritual, Padre —dijo Macario, dirigiéndose a Zamarripa con un tono que bordeaba la ironía—. ¿O debería llamarlo de otra manera?

La pregunta tenía el filo de una navaja oculta. Zamarripa no mostró perturbación alguna, pero sus ojos se entornaron ligeramente.

—Vengo como mensajero de paz —respondió con serenidad practicada —. La Iglesia está preocupada por la situación de los indígenas.

—La preocupación sin acción es una forma de complicidad, Padre —replicó Macario—. Pero no los he invitado aquí para debatir teología.

Se volvió hacia los periodistas y continuó:

—Los he hecho porque necesito de su ayuda para que el mundo conozca nuestra verdad. No la versión oficial que sirve a los intereses del gobierno, sino la realidad que sangra en estas montañas.

Manuel extrajo su grabadora con un movimiento deliberadamente lento. La colocó sobre la mesa tras recibir un gesto de asentimiento de Macario. Jack Olsen levantó su cámara, pero la mano de Gloria se posó sobre su antebrazo.

—Sin fotografías del Comandante —advirtió con frialdad.

Pescador se inclinó hacia delante con su libreta ya abierta.

—¿Por qué eligió el nombre de Macario? —preguntó, buscando el ángulo humano.

El hombre del pasamontañas permaneció en silencio, como si la pregunta mereciera consideración especial.

—Macario es nombre común —respondió—. Puede ser el campesino que ara la tierra que no le pertenece, el obrero que construye casas donde nunca vivirá, el indígena que extrae la riqueza que nunca disfrutará. Soy todos ellos y ninguno.

—Pero usted no es indígena —apuntó Olsen—. Su español es demasiado culto, su dicción demasiado refinada.

Una risa seca escapó de detrás del pasamontañas, más parecida al sonido de papel arrugándose.

—¿Acaso considera, señor Olsen, que ser indígena y hablar correctamente son condiciones mutuamente excluyentes? Su comentario revela más sobre sus prejuicios que sobre mi identidad.

El silencio que siguió fue denso como el aire antes de una tormenta. Manuel aprovechó el momento para formular la pregunta que había estado gestando:

—Comandante, durante meses he sido el vehículo de sus palabras. Sin embargo, nunca ha explicado claramente cuál es el objetivo final de esta lucha. ¿Qué busca realmente el ELN?

La pregunta pareció complacer a Macario, que se reclinó en su asiento.

—Justicia —dijo simplemente—. Una palabra pequeña para un concepto que parece incomprensible para quienes gobiernan desde escritorios de caoba de nuestros bosques en la capital. No queremos fragmentar México ni establecer un régimen separatista. Queremos que la Constitución sea más que un adorno en las oficinas de los servidores públicos, que no lo parecen. Que los derechos humanos se apliquen también a quienes tienen la piel morena y hablan lenguas milenarias.

Hizo una pausa y añadió:

—Y para conseguir eso tomamos las armas. La historia está escrita con sangre indígena, señor Orta. Ya es hora entonces de que los indígenas sostengamos la pluma…y yo no soy indígena por nacimiento…pero si por convicción.

Dorita, que hasta entonces había permanecido en silencio, habló con voz clara:

—Comandante, ¿cómo justifica que niños inocentes sufran por una lucha armada?

La pregunta pareció tocar alguna fibra sensible. Macario se levantó lentamente y se acercó a la ventana, dándoles la espalda.

—Señorita —respondió sin volverse—, la violencia ya estaba aquí antes que nosotros. Era la violencia del hambre que mata lentamente, de la discriminación que destruye el alma, del olvido sistemático que borra la

existencia. Nosotros simplemente le hemos dado un rostro que no pueda ser ignorado.

Se volvió hacia ella, y aunque el pasamontañas ocultaba sus facciones, la intensidad de su mirada era palpable.

—Los niños ya sufrían desde antes…mueren de enfermedades curables, de desnutrición, de un futuro que les han negado. La diferencia es que ahora el mundo los ve. A veces hay que gritar para ser escuchado, y nuestras armas son ese grito.

El Padre Zamarripa intervino entonces:

—Con todo respeto, Comandante, pero responder a la violencia con más violencia solo perpetúa el ciclo de sufrimiento. Cristo nos enseñó que…

—No me hable de Cristo, Padre —lo interrumpió Macario con aspereza—. Cristo expulsó a los mercaderes del templo a latigazos. No siempre ofreció la otra mejilla.

La tensión crecía por momentos. De pronto, el sonido de pasos apresurados rompió el equilibrio. Andrés, el guía indígena, irrumpió en la choza sin ceremonia.

—¡Comandante! —exclamó en español entrecortado—. ¡Soldados! ¡Muchos soldados por el este!

La noticia transformó la atmósfera instantáneamente. Macario reaccionó con la calma fría del profesional.

—Gloria, lleva a nuestros invitados al refugio de arriba. Andrés, da la señal de evacuación. Primero para niños y mujeres.

Manuel observó las reacciones de sus compañeros. Dorita palideció visiblemente, Olsen apretó su cámara contra el pecho, Pescador murmuró una maldición. Pero fue la reacción de Zamarripa la que captó su atención: no mostraba miedo sino una especie de expectación contenida, como si aquello fuera precisamente lo que había estado esperando.

—¡Rápido! —urgió Gloria, empujándolos hacia la salida—. Si el ejército los encuentra aquí, serán considerados cómplices o terroristas. Ni su condición de extranjero lo salvaría, señor Olsen.

Corrieron tras ella por un sendero lateral que ascendía abruptamente. En el campamento, el caos organizado de una evacuación de emergencia se desarrollaba con la eficiencia que da la práctica.

—¿Cómo diablos nos encontraron? —jadeó Olsen, resbalando en el barro del sendero.

—El gobierno tiene ojos en todas partes —respondió Gloria sin reducir el paso—. Su llegada a San Cristóbal no pasó desapercibida. Los

periodistas extranjeros son más fáciles de seguir que las hormigas en azúcar.

Llegaron a una pequeña cueva disimulada por la vegetación. Gloria apartó las enredaderas y les indicó que entraran.

—Permanezcan aquí y no hagan ruido. Volveré cuando sea seguro.

Antes de que pudieran protestar, desapareció entre la maleza con rapidez silenciosa. El interior de la cueva era húmedo y sofocante. La escasa luz que se filtraba apenas permitía distinguir los rostros.

—Estamos muertos —murmuró Pescador, secándose el sudor—. Si el ejército nos encuentra, dirán que éramos colaboradores. Si los guerrilleros pierden, quedaremos atrapados en esta selva infernal.

—Cálmate —respondió Manuel—. Somos periodistas. Nuestra presencia está documentada oficialmente.

—¿Y eso de qué sirve? —replicó Olsen—. Las balas no distinguen profesiones.

Dorita se aproximó a Manuel y le tomó la mano. Sus dedos estaban fríos a pesar del calor sofocante.

—Manuel... —susurró—. ¿No te parece extraño que el ejército apareciera justo cuando estábamos con Macario? Es como si alguien hubiera avisado...

Manuel iba a responder pero notó algo que lo heló: Zamarripa no estaba con ellos.

—¿Dónde está el sacerdote? —preguntó, alarmado.

Los cuatro intercambiaron miradas confusas. Nadie lo había visto entrar en la cueva.

—¿Se habrá perdido en la huida? —sugirió Pescador sin convicción.

Manuel sacudió la cabeza lentamente. Las piezas comenzaban a encajar en un rompecabezas siniestro.

—No se perdió —dijo con certeza amarga—. Sabía exactamente dónde iba.

En ese momento, los primeros disparos rasgaron el aire de la selva. Sonaban como el presagio de una tormenta que se avecinaba. Una tormenta que no dejaría nada intacto a su paso.

El Padre Zamarripa se movía entre la vegetación con seguridad. No había en él nada de la mansedumbre clerical. Sus pasos eran los de un depredador, no los de un siervo de Dios. Verificó la pequeña pistola que ocultaba entre sus ropas con la familiaridad del profesional.

La operación militar se desarrollaba según lo previsto. Los soldados del gobierno avanzaban por todos los flancos, cercando el campamento rebelde. Zamarripa Se detuvo al escuchar voces cercanas. Acuclillado tras la vegetación, observó a un grupo de guerrilleros evacuando a varios niños. Los dirigía un hombre de mediana edad, sin pasamontañas ni uniforme, solo vestido con ropas campesinas.

Cuando el grupo se alejó, continuó su camino, ahora siguiendo la dirección que habían tomado. Los helicópteros del ejército sobrevolaban la zona, como buitres metálicos anticipando el festín de cadáveres. El tableteo de sus aspas se mezclaba con el estallido de los disparos y las explosiones.

CAPÍTULO 9

El precio del silencio

En el cuartel general de la guerrilla, Macario daba las últimas instrucciones con la calma de quien ha contemplado muchas veces su propia muerte.

—¿Cuántos son? —preguntó a Andrés, que veía a través de unos binoculares.

—Son unos doscientos, tal vez más. Vienen con helicópteros.

Macario asintió. El operativo era demasiado preciso, como si la muerte hubiera estudiado mapas detallados del territorio. Algo no encajaba.

—¿Están los periodistas a salvo?

—Gloria los llevó a la cueva del nacimiento del río.

—¿Y el sacerdote?

—No lo he visto desde que dio la alarma.

Macario se tensó visiblemente.

—¿Fue él quien dio la alarma?

Andrés asintió, confundido.

—Llegó diciendo que había visto soldados por el este. Fui a verificar y era cierto.

Macario golpeó la mesa. La vieja máquina de escribir Olivetti tembló, como si las palabras que había producido quisieran escapar.

—Entonces ese hombre no es un sacerdote.

Tomó un rifle automático y lo cargó con eficiencia mecánica.

—Que nadie se acerque adonde está Simón y dile a Gloria que traiga a los periodistas al punto B. No pueden caer en manos del ejército ni del falso sacerdote.

En la cueva los cuatro periodistas aguardaban, cada uno enfrentando el terror a su manera. Jack Olsen, veterano de guerras ajenas, mantenía una calma superficial. Pescador mascullaba maldiciones. Dorita se abrazaba a sí misma. Manuel intentaba pensar con claridad.

—¿Quién es realmente Macario? —preguntó Dorita de repente—. Hay algo en su voz... que me resulta familiar.

Manuel la miró. Él había tenido la misma sensación, como si hubiera escuchado esa voz en otro tiempo, en otro contexto.

—Claro que les resulta familiar —intervino Gloria, apareciendo en la entrada—. La escucharon durante años en las noticias, en los discursos oficiales.

Se adentró en la penumbra. Su rostro era una máscara de urgencia.

—No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que movernos. El campamento está siendo rodeado y el Padre Zamarripa ha desaparecido.

—¿Quién es realmente ese hombre? —preguntó Manuel mientras recogían sus pertenencias.

—Un agente del gobierno. Probablemente enviado por el mismo Pedro Valdez.

Al escuchar ese nombre, Dorita se detuvo en seco.

—¿El Presidente de la República?

—El mismo —confirmó Gloria—. El mayor enemigo de Macario y del pueblo.

Abandonaron la cueva y comenzaron a ascender por un sendero casi invisible. Los disparos sonaban ahora más cercanos.

Tras un tramo escarpado, Gloria les indicó que se detuvieran tras unas rocas y habló en voz baja:

—Macario y Pedro Valdez tienen una historia que pocos conocen. Macario no siempre se llamó así. Antes de la guerrilla, era Alberto Vega Narváez, un hombre cercano al poder. Fue casi como un hijo para Valdez, incluso se casó con su sobrina.

Los periodistas escuchaban perplejos. Les caía la revelación como lluvia ácida.

—Valdez lo hizo Subsecretario de Gobernación. Era su protegido, su sucesor natural. Pero entonces, Alberto descubrió muchas cosas. Planes macabros para la política nacional, fondos desviados, acuerdos secretos con multinacionales para explotar recursos indígenas y muchas cosas más que lo cimbraron. Decidió entonces no seguirle el juego a Valdez y lejos de seguir las órdenes de traición al pueblo para organizar una falsa revolución, lo confrontó haciéndole creer que cumpliría sus planes.

Estuvo fuera del país preparándose para organizar una guerrilla y llegó a Chiapas. Adoptó el nombre de Macario y se unió realmente a la causa rebelde que aunque dormida, ya bullía entre los pueblos indígenas.

Una explosión cercana estremeció el suelo. Gloria continuó:

—Cuando Valdez perdió control sobre su protegido, fabricó pruebas de corrupción contra él, intentando destruir su reputación. Pero ya era tarde. Alberto Vega había desaparecido. Solo existía Macario.

Jack Olsen fue el primero en reaccionar:

—¿El líder guerrillero más buscado de México es en realidad un ex alto funcionario del gobierno?

Gloria asintió…y continuó:

—En lo personal dejo a su criterio cómo manejar esta información que ni ayuda ni perjudica al movimiento… Solo es una verdad que quise que supieran. Porque precisamente el conocimiento que Alberto tiene del sistema ha sido nuestra mayor ventaja. Conoce las entrañas de la bestia porque vivió dentro de ella.

—Y ¿Usted como sabe todo eso?... ¿Lo conocía desde antes?

Otra explosión, más cercana. Gloria les urgió a continuar y solo dijo:

—Yo fui su asistente personal en la Subsecretaría…Mi nombre real es Mirta Castillo Albarrán…Tal vez leyeron varios de mis reportajes antes de sumarme de bulto al movimiento. Dejé de reportear porque quise volver a estar cerca de Alberto.

Después de mirarla asombrados por la confesión, los periodistas la siguieron y luego de casi una hora llegaron a un claro donde varios vehículos todoterreno esperaban con los motores en marcha. Junto a ellos había guerrilleros montando guardia. Entre ellos estaba Macario, aún enmascarado, impartiendo órdenes.

Al verlos, se acercó rápidamente.

—El ejército ha cortado las rutas habituales. Tendremos que dividirnos.

—¿Dónde está Zamarripa? —preguntó Manuel.

—No es un sacerdote —respondió Macario con dureza—. Es un agente de Valdez. El responsable de este ataque.

—¿Por qué enviaría Valdez a alguien así? ¿No bastaría una operación normal?

Macario guardó silencio unos instantes, como quien calibra el precio de la verdad.

—Hay algo que Valdez quiere más que mi captura. Quiere silenciar a alguien antes de que pueda hablar.

Un guerrillero se acercó corriendo, el pánico dibujado en su rostro joven.

—¡Comandante! ¡Han encontrado a Simón! ¡Los soldados están cerca del refugio!

Los ojos de Macario, única parte visible de su rostro, reflejaron un terror repentino.

—Gloria lleva a los periodistas a San Cristóbal por el camino del tigre. ¡Ahora!

—¿Qué hay de ti?

—Tengo que buscar a Simón.

Sin esperar respuesta, tomó un rifle y se alejó, seguido por dos guerrilleros. Gloria comenzó a organizar la evacuación.

—¿Quién es Simón? —preguntó Dorita mientras subían al todoterreno.

—Su lugarteniente y amigo personal —respondió Gloria—. Resguarda una de las razones por las que Macario sigue luchando.

El motor rugió y el vehículo se movió. Manuel observó el humo que se elevaba desde el campamento, como una columna de sacrificio hacia un dios indiferente.

Una idea inquietante tomó forma en su mente.

—Zamarripa no vino por Macario —dijo—. Anoche lo escuché preguntar por Alberto Vega Narváez.

Gloria se volvió hacia él, su rostro una mezcla de sorpresa y recelo.

—¿Qué sabes acerca de eso?

—Solo que Zamarripa preguntaba por él. Dijo que su familia quería saber qué había pasado…suponiéndolo muerto.

El rostro de Gloria se ensombreció.

—Pero ya nos dijiste que no está muerto y que es el mismísimo Comandante Macario. Y el gobierno no lo sabe. Por eso enviaron a Zamarripa, para encontrarlo y silenciarlo.

—Zamarripa busca a Alberto Vega Narváez por orden de Valdez, y eso es porque Vega sabe algo que podría destruir al Presidente.

Jack Olsen intervino:

—¿Qué podría ser tan importante?

Gloria calló unos instantes, como si las palabras pesaran demasiado.

—La verdad sobre cómo Valdez llegó al poder. Sobre los acuerdos oscuros, los cadáveres que quedaron en el camino. Sobre quién era el enlace entre el entonces candidato y los grupos que financiaron su campaña. Grupos que ahora cobran sus favores…y que no son precisamente almas de la caridad.

El todoterreno continuaba su marcha por caminos cada vez más difíciles, alejándose del sonido de la batalla. Pero Manuel no podía dejar de pensar en lo que ocurría a sus espaldas. En Macario buscando desesperadamente a Simón, en Zamarripa rastreando a Alberto Vega, en los soldados cerrando el cerco.

La verdad y la mentira se perseguían en círculos, como perros que se muerden la cola. Y en el centro de esa danza mortal, un país entero sangraba.

Zamarripa avanzaba como una sombra entre los árboles. La batalla le servía de cortina sonora. Durante toda la noche había recabado fragmentos de conversaciones, rumores entre guerrilleros. Todo apuntaba a que Alberto Vega estaba vivo, pero protegido, mantenido aparte de los combatientes.

Un movimiento entre la vegetación captó su atención. Un pequeño grupo se movía apresuradamente: dos mujeres indígenas, un hombre armado y, en el centro, un hombre que cojeaba visiblemente. Incluso a distancia, Zamarripa reconoció el rostro de la fotografía que llevaba consigo. Simón... el que creía era Alberto Vega Narváez.

Se adelantó rápidamente para interceptarlos. El sendero que seguían desembocaba en un pequeño claro antes de perderse en la parte más densa de la selva.

Llegó minutos antes y se ocultó tras un árbol caído. Cuando el grupo apareció, Zamarripa emergió de su escondite, arma en mano.

—Alto —ordenó con voz firme—. Alberto Vega Narváez, por fin te encuentro.

El hombre que cojeaba se detuvo, sorprendido. Las mujeres se colocaron instintivamente delante de él, mientras el guerrillero levantaba su rifle.

—¡Baje el arma! —gritó el guerrillero.

—No estoy aquí para matar a nadie —respondió Zamarripa sin dejar de apuntar—. Solo quiero hablar con Alberto Vega.

El hombre protegido dio un paso adelante, apartando suavemente a las mujeres.

—¿Quién eres? —preguntó con voz ronca.

—Eso no importa. Me envía alguien interesado en lo que sabes sobre los acuerdos de Alberto Vega con el Presidente Valdez.

Una sombra de comprensión cruzó el rostro de Simón.

—Ya veo. Valdez teme que la verdad se sepa. Por eso este ataque, esta... carnicería calculada.

Zamarripa sonrió levemente.

—Inteligente. Pero te equivocas en una cosa. Yo no soy Alberto Vega… soy su amigo solamente…y Alberto ya no tiene acuerdos que valgan con el presidente…ahora sus acuerdos y compromisos son con los grupos indígenas.

El desconcierto se reflejó en el rostro de Zamarripa. Una voz se escuchó a espaldas de él.

—¡Suelta el arma. Ahora!

Zamarripa no necesitó volverse para saber quién era. La voz había perdido la modulación educada que había mostrado durante la entrevista, pero era inconfundible.

Era la voz del verdadero Macario, antes Alberto Vega Narváez, el hombre que había abandonado el poder para abrazar la revolución. El hombre que había descubierto que la única forma de servir al pueblo era combatiendo al sistema que una vez había jurado defender.

La selva calló por un instante, como si contuviera el aliento. Y en ese silencio momentáneo, dos mundos se enfrentaron: el de quienes matan para preservar el orden injusto y el de quienes están dispuestos a morir para cambiarlo.

La historia de México se escribiría una vez más con sangre. Pero esta vez, quizás, las plumas no estarían solo en manos de los vencedores.

CAPÍTULO 10

El atentado necesario

El tiempo se detuvo en la selva chiapaneca la tarde del 7 de febrero de 1994. Zamarripa permaneció inmóvil, su mano aferrando la pistola con la obstinación del que sabe que la muerte está a un movimiento de distancia. Detrás de él, Macario mantenía su rifle apuntando a la nuca del falso sacerdote con firmeza.

—Interesante situación —dijo Zamarripa con una sonrisa fría que no alcanzó sus ojos—. El revolucionario y el traidor en una sola persona.

—Suelta el arma —repitió Macario, cada palabra dura como piedra caliza.

El sol de la tarde se filtraba entre la vegetación en rayos dispersos que iluminaban la escena como si fuera un teatro antiguo. Simón observaba, su rostro era un mapa de cicatrices antiguas y nuevas, escondidas tras los ojos.

Con un movimiento lento, casi ceremonial, Zamarripa dejó caer la pistola al suelo húmedo. El sonido que produjo fue opaco, como un suspiro frustrado.

—Te subestimé, Macario... o debería decir, Alberto Vega —dijo girándose para enfrentar al guerrillero—. Siempre supuse que la ideología era un disfraz para tus ambiciones. Me equivoqué.

Macario se había quitado el pasamontañas. Su rostro mostraba la tensión de mil batallas interiores como un recuerdo permanente de la causa que lo había transformado de burócrata en guerrillero.

—¿Quién te envió realmente?

Zamarripa midió sus palabras como un boticario pesa ingredientes venenosos.

—Hay facciones dentro del gobierno antagonistas de Valdez. El poder absoluto genera sus propios anticuerpos, Alberto. Incluso dentro del monstruo hay quienes buscan la verdad. A mí me mandaron al seminario para vigilar desde ahí al clero y el Cardenal Facatti cayó en el garlito pues me escogió para buscarte y contarle la verdad a Valdez sobre ti.

—La verdad —murmuró Simón—. Una mercancía escasa en este país.

La selva parecía escuchar. El rugido de la batalla había disminuido, como si la guerra contuviera la respiración, esperando el desenlace de este encuentro.

—Tenemos que movernos —dijo Macario después de un momento—. El ejército está avanzando por todos los flancos.

—No llegarán lejos —respondió Zamarripa—. Van a encontrar el campamento vacío y dirán que fue una victoria. El exterminio no era el objetivo hoy.

Macario sopesó la información. La desconfianza era su primer instinto, pero la sincronía del ataque con su confesión a los periodistas no podía ser casualidad.

—¿Y tú? ¿Qué ganas revelándome esto?

Zamarripa sonrió de nuevo, esta vez con algo parecido a la sinceridad.

—Mi lealtad tiene un precio más alto que la de Valdez. Y mis jefes quieren lo mismo que tú: la verdad sobre los fondos, los acuerdos con los cárteles, la sangre derramada para llegar al poder.

El sonido de helicópteros acercándose rompió la tensión del momento. No había tiempo para debates éticos.

—Amárrenlo —ordenó Macario a los guerrilleros—. Viene con nosotros.

—No confías en mí —constató Zamarripa mientras le ataban las manos.

—Confío en que quieres vivir —respondió Macario—. Y hoy, eso es suficiente.

En el todoterreno que se alejaba del campamento esa misma tarde del 7 de febrero, Manuel Orta observaba el paisaje pasar como una película en cámara rápida. La vegetación exuberante, los caminos de tierra roja, los arroyos que cruzaban como venas abiertas del territorio... todo era México, un México profundo que la capital fingía desconocer.

—Tenemos que llegar a San Cristóbal antes del anochecer —explicaba Gloria mientras conducía con la precisión de quien conoce cada curva del camino—. Desde allí podrán regresar a la Ciudad de México.

—¿Y después qué? —preguntó Manuel—. ¿Publicamos lo que vimos, lo que sabemos, y esperamos que el mundo reaccione?

Jack Olsen, que limpiaba obsesivamente el lente de su cámara, rio sin humor.

—El mundo está cansado de indignarse, mexicano. Hoy Chiapas, ayer Ruanda, mañana otro sitio. La compasión es un recurso finito.

Dorita, que había permanecido en silencio durante gran parte del trayecto, habló entonces con voz clara:

—Pero la verdad no es compasión. Es obligación.

Pescador asintió, garabateando en su libreta como si quisiera anclar los eventos antes de que se disolvieran en la bruma de la duda.

—Si Macario es Alberto Vega Narváez... Si fue Subsecretario de Gobernación... Si conoce los secretos de Valdez... esto podría derrumbar al gobierno —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

—O podrían matarnos antes de que lleguemos a publicar una palabra —respondió Olsen con el pragmatismo cínico del corresponsal que ha visto muchos muertos.

El vehículo se sacudió al pasar por un bache profundo. Gloria maldijo entre dientes en tzotzil antes de retomar el control.

—Hay algo que deben saber —dijo después de un momento—. Simón, el hombre que Macario fue a buscar es un entrañable amigo que ha cuidado de su hijo Jean Claude. Un muchacho de 17 años que fue criado en Inglaterra por su madre, que lamentablemente murió de un derrame cerebral. Martha Miranda era su nombre y fue el gran amor de Alberto Vega en su juventud, a pesar de que su matrimonio fue con la sobrina de Pedro Valdez.

El silencio que siguió fue denso como la niebla matutina de la selva.

—¿Un hijo? —repitió Manuel—. ¿El hijo de Alberto Vega Narváez está en medio de la guerrilla?

Gloria asintió sin apartar la vista del camino.

—Cuando Alberto "desapareció" y se convirtió en Macario, supo por un amigo suyo, el embajador de México en Inglaterra que Jean Claude, su

hijo se había quedado solo en el mundo y entonces le pidió enviárselo. Cuando pudo reunirse con él, no quiso ponerlo en peligro con el movimiento y se lo encargó a Simón, un amigo suyo de cuando se unió al ELN y ha estado con él desde entonces, resguardando un paquete de documentos de vital importancia para el movimiento, pues con ellos podría ponerse en evidencia al gobierno de Pedro Valdez y tal vez hacerlo caer.

Manuel procesaba la información, las piezas del rompecabezas encajando con un sonido casi audible. La historia no era solo sobre política e ideología; era sobre venganza, redención, sobre la sangre que clama desde la tierra.

—¿Y quién es entonces el Macario actual? —preguntó—. Si Alberto Vega se unió al ELN antes, ¿quién lleva la máscara ahora?

Gloria tomó aire, como quien se dispone a revelar un secreto sagrado.

—El Comandante Macario que ustedes conocieron es Alberto. Cuando el anterior Macario, en realidad un político de apellido Muñoz fue dado por muerto en un enfrentamiento hace dos años, Alberto asumió el nombre y la máscara. Pocos saben la verdad.

—Una estrategia inteligente —comentó Jack Olsen—. Macario se convirtió en un símbolo, ya no era un hombre sino una idea. Y las ideas no pueden ser asesinadas.

El todoterreno comenzó a subir por una ladera escarpada. A lo lejos, San Cristóbal de las Casas aparecía como un espejismo colonial entre las montañas, sus iglesias blancas reflejando la luz del atardecer.

—Si logramos contar esta historia —dijo Manuel—, todo podría cambiar.

—O nada cambiará —replicó Gloria con la sabiduría amarga de quien ha visto demasiadas esperanzas marchitarse—. Los indígenas seguirán siendo pobres, los ricos seguirán acumulando, y la sangre seguirá nutriendo esta tierra.

—Pero al menos habremos dicho la verdad —insistió Dorita.

Gloria sonrió con melancólica dulzura.

—La verdad, señorita, es como el agua. Encuentra siempre su camino hacia la luz, aunque tarde siglos en hacerlo.

En una cueva escondida entre barrancos, a varias horas de camino del campamento principal, Macario había establecido un refugio temporal esa noche del 7 de febrero. La luz de una lámpara de petróleo proyectaba sombras danzantes sobre las paredes rocosas, como si los antiguos dioses mayas observaran la escena.

Simón reposaba sobre una estera con su pierna herida. Zamarripa permanecía sentado contra la pared del fondo, las manos atadas pero la dignidad intacta.

—El ejército se retirará al amanecer —dijo Macario, quitándose el pasamontañas nuevamente—. Dirán que destruyeron nuestro campamento, que mataron a decenas de guerrilleros. La mentira oficial.

—Como siempre —comentó Simón—. ¿Qué hay de los periodistas?

—Gloria los está llevando a San Cristóbal. Desde allí volverán a la capital. Por cierto Simón, espero que Jean Claude esté bien y hayas resguardado los documentos como te pedí...

—Jean Claude está bien y en camino hacia acá —comentó Simón—. Lo trae una persona de toda mi confianza junto con la alforja con los documentos. Ya no quise dejarlos donde estaban y preferí traértelos junto con tu hijo.

Zamarripa observaba el intercambio con interés analítico. En la relación entre los amigos no había tensión, más bien una confianza forjada en el dolor compartido.

—Si publican lo que saben —intervino el falso sacerdote—, Valdez utilizará todos los recursos del Estado para desacreditarlos. Los llamará mentirosos, terroristas, traidores. Tiene a los medios principales en el bolsillo.

Macario lo miró fijamente, evaluándolo.

—Pero tú dices que hay facciones dentro del gobierno que quieren derrocarlo.

—El poder es como la selva —respondió Zamarripa—. Las alianzas cambian constantemente, los depredadores se vuelven presas, las presas aprenden a morder. Valdez ha acumulado demasiados enemigos, incluso entre sus aliados.

Simón se incorporó apoyándose en un bastón tallado a mano. En su rostro, prematuramente envejecido por el sufrimiento, brillaba la inteligencia aguda de un hombre culto.

—Los documentos que vienen en camino —dijo con voz calmada— no solo comprometen a Valdez. Implican a generales, empresarios, banqueros internacionales. Muestran cómo se negoció la soberanía del país en habitaciones con aire acondicionado mientras afuera la gente moría de hambre.

—Son los documentos que robaste antes de tu desaparición, ¿verdad? —preguntó Zamarripa a Alberto Vega.

—No los robé. Me los hizo llegar la madre de mi hijo quien los recibió de manos de mi querido hermano Luis Alcázar que estuvo con ella en

Francia. Luis murió de malaria hace unos meses aquí en la sierra, pero me confesó que había dejado esos documentos con la madre de mi hijo y que ella me los haría llegar oportunamente para que fueran utilizados cuando fuera necesario.

Macario pareció envejecer diez años en un instante. El peso de recordar su vida anterior, cuando era Alberto Vega, cuando creía en el sistema, se dibujaba en cada arruga de su rostro.

—La madre de Jean Claude murió —en parte por esos documentos dijo con voz quebrada—. Valdez supo que los tenía y la presionó para que los devolviera, pero cuando ella se negó a colaborar con él, la amenazó de muerte y eso hizo que un viejo hemangioma que ya tenía, colapsara y causara su muerte.

Un silencio denso llenó la cueva. Incluso la selva parecía callar afuera, respetando el dolor de los hombres.

Zamarripa, que había observado la escena con la atención clínica del espía profesional, habló entonces:

—Mis superiores están dispuestos a protegerlos a cambio de esos documentos. Garantizarían su seguridad y la publicación internacional de la información. Los necesitan para tumbar a Valdez

Macario soltó una carcajada amarga que resonó contra las paredes de piedra.

—¿Protección de quién? ¿Del mismo gobierno que causó la muerte de la madre de mi hijo? No, Zamarripa. Hemos sobrevivido solos todo este tiempo. Seguiremos haciéndolo.

Pero Simón miraba al falso sacerdote con curiosidad renovada.

—¿Quiénes son realmente tus jefes? —preguntó—. Tú no trabajas para Inteligencia Militar.

Zamarripa sonrió, un gesto apenas perceptible en la penumbra.

—Digamos que represento a intereses que ven el futuro de México con otros ojos. Ojos que no están nublados por la codicia inmediata de Valdez.

—Intereses extranjeros —dedujo Macario con desprecio—. Siempre es igual. Lobos disputándose la carroña de nuestra soberanía.

—Piénsalo, Alberto —respondió Zamarripa, usando deliberadamente el nombre real de Macario—. ¿Qué opciones tienes? Si los periodistas publican lo que saben, serán silenciados. Si intentas hacer llegar los documentos a la prensa por tu cuenta, nunca llegarán a su destino. Necesitas aliados poderosos.

Un guerrillero joven entró en la cueva, interrumpiendo la conversación. Su rostro reflejaba la urgencia.

—Comandante, hay movimiento en el valle sur. No es el ejército. Son camionetas sin identificación. Además acaba de llegar una mujer del movimiento con un muchacho que dicen que es tu hijo...

Macario se puso de pie de inmediato, la conversación olvidada ante la amenaza inmediata.

—Paramilitares —dijo con certeza—. Preparen todo para movernos. Tenemos quince minutos... Tráeme de inmediato al muchacho aquí conmigo.

El joven asintió y salió apresuradamente. Macario se volvió hacia Zamarripa.

—Si es una trampa tuya...

—No lo es —lo interrumpió el falso sacerdote—. Si quisiera entregarlos, el ejército no se habría retirado. Esto es algo más... algo que ni siquiera yo esperaba.

Por primera vez, había verdadera preocupación en el rostro del hombre. Simón lo notó y comprendió que la situación era aún más compleja de lo que habían imaginado.

—Son los Halcones o las guardias blancas—dijo Simón—. Paramilitares que operan fuera de la estructura oficial, sin restricciones legales. Si ellos están aquí...

—Valdez nos quiere muertos a todos —completó Macario, colocándose nuevamente el pasamontañas—. Incluido a ti, Zamarripa. No puede permitirse testigos.

El falso sacerdote asimiló la información con la calma forzada del profesional.

—Desátame —pidió—. Si vamos a morir, prefiero hacerlo luchando.

Macario dudó un instante, pero luego cortó las ataduras con un movimiento rápido de su cuchillo.

—No confío en ti —aclaró—, pero ahora compartimos enemigo.

Zamarripa se frotó las muñecas doloridas.

—La política hace extraños compañeros de cama —comentó con ironía.

Una mujer llamada Adela entró al lugar con una mochila y un muchacho que evidentemente era hijo de Alberto Vega por el gran parecido que tenía con él, sobre todo en sus ojos profundos y elocuentes. Solo bastaba mirarlos para saber que ocultaban un mundo de misterios y tal vez hasta rencores profundos que pugnaban por salir.

El muchacho se acercó a Alberto y sin decir palabra lo abrazó emocionado diciéndole que su madre siempre le había dicho que era un gran hombre y que él estaba convencido de eso, pese a lo que pudieran

decirle en contra. La emoción en Alberto era genuina y lo abrazó también con lágrimas en los ojos…

—Lamento lo de tu madre hijo… siempre fue el amor de mi vida —comentó con añoranza.

Alberto le encargó a Simón continuar vigilando a su hijo mientras escapaban y Simón respondió…

—Por supuesto amigo mío… con mi vida respondo —dijo con firmeza.

Macario llamó a uno de los guerrilleros y entregándole la mochila con los documentos, le encargó llevarla con un mensaje de su parte para Gloria dándole instrucciones para entregarla a los periodistas para que cumplieran su histórica labor de resguardarlos y llevarlos a México. Eran las pruebas de las perversas maquinaciones del gobierno contra el pueblo, en especial contra los indígenas.

Fuera de la cueva, el sol se ocultaba tras las montañas del 7 de febrero. La noche en la selva de Chiapas llegaba con su manto de incertidumbre. Macario, Jean Claude, Simón y el falso sacerdote Zamarripa se preparaban para enfrentar la oscuridad, cada uno con sus propias verdades a cuestas, cada uno con sus propias mentiras enterradas.

El poder y el pueblo continuaban su danza mortal. Y la tierra, testigo eterno, seguía bebiendo sangre sin distinción de bandos.

CAPÍTULO 11

Los fantasmas del poder

En San Cristóbal de las Casas, el atardecer del 7 de febrero de 1994 pintaba los edificios coloniales con tonos dorados y carmesí. Las calles empedradas resonaban bajo los pasos de turistas ajenos al drama que se desarrollaba en las montañas circundantes.

En un pequeño hotel cerca del centro, los cuatro periodistas se habían reunido en la habitación de Manuel para decidir su próximo movimiento. La adrenalina inicial había dado paso a un miedo más reflexivo.

—Debemos separarnos —sugirió Olsen, que fumaba junto a la ventana abierta—. Si viajamos juntos seremos un blanco fácil.

—¿Y luego qué? —preguntó Pescador, que no había dejado de escribir—. ¿Publicamos por separado? ¿Coordinamos?

Manuel permanecía sentado en la cama, las manos entrelazadas, la mirada fija en un punto indefinido del suelo. En su cabeza, las piezas seguían reordenándose: Alberto Vega convertido en Macario, Simón cuidando de su hijo y ocultando documentos que podrían derrocar un gobierno, Zamarripa y sus misteriosos jefes…

—No podemos publicar nada todavía —dijo finalmente—. No sin pruebas.

Dorita, que había estado revisando las fotografías en su cámara digital, levantó la mirada.

—Tenemos nuestros testimonios, las grabaciones de la entrevista con Macario... con Vega Narváez, quiero decir.

—No es suficiente —respondió Manuel—. Será nuestra palabra contra la del gobierno. Necesitamos los documentos que tiene Simón.

Un golpe en la puerta sobresaltó a todos. Jack Olsen desenfundó una pequeña pistola que nadie sabía que llevaba.

—Un reportero no vive tanto como yo sin precauciones —se justificó en voz baja.

Manuel se acercó cautelosamente a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Gloria —respondió una voz familiar—. Abran rápido.

Manuel abrió la puerta. Gloria entró apresuradamente, seguida por una mujer indígena que cargaba un pequeño bulto.

—Los paramilitares han llegado —anunció sin preámbulo—. La situación ha cambiado. Macario está moviéndose hacia la frontera con Guatemala, pero nos ha enviado esto para ustedes.

La mujer indígena depositó el bulto sobre la cama y lo desenvolvió, revelando tres diskettes y un fajo de documentos.

—Estas son copias de las pruebas que deben exponerse al público para acabar con el gobierno de Valdez —explicó Gloria —. Me encargó Macario que se los entregara para que ustedes cumplan con su papel y los lleven a la Ciudad de México, a esta dirección para su resguardo y uso posterior. Los originales los seguirá teniendo Simón.

Entregó a Manuel un papel con una dirección escrita a mano.

—Es un activista de derechos humanos llamado Joaquín Cervantes, alguien de confianza. Él sabrá qué hacer.

—Esto es una sentencia de muerte —murmuró Pescador, mirando los documentos como si fueran una serpiente venenosa.

Gloria asintió con gravedad.

—Por eso deben separarse. Cada uno llevará una copia. Si al menos uno logra llegar, habrá valido la pena.

En la habitación del pequeño hotel colonial, mientras la noche del 7 de febrero cubría San Cristóbal, cuatro periodistas enfrentaban la decisión más importante de sus carreras. No se trataba ya de una exclusiva, sino de una cuestión de verdad histórica, de justicia demorada.

—Lo haremos —dijo Manuel Orta finalmente, y en su voz había una determinación que sorprendió incluso a Olsen.

Gloria sonrió con tristeza.

—La lucha nunca termina —dijo—. Solo cambia de forma.

La noche en los Altos de Chiapas poseía una cualidad ancestral. No era oscuridad lo que caía sobre la tierra, sino un manto de niebla espesa que parecía emerger de las propias entrañas del suelo.

En la habitación del hotel, Manuel Orta dividía metódicamente los documentos entre los cuatro periodistas. Sus manos, normalmente firmes al teclear, temblaban ligeramente. No era miedo a la muerte lo que provocaba ese temblor, sino el peso de la responsabilidad.

—Tú, Jack, llevarás el diskette —dijo entregándoselo al veterano corresponsal—. Tu pasaporte extranjero te dará algo de protección.

Olsen la guardó en un compartimento secreto de su cámara fotográfica.

—Dorita, de tus copias dales preferencia a estos documentos sobre los acuerdos con las multinacionales petroleras. Pescador, de la tuya será conveniente que priorices las transferencias bancarias. Y de la mía daré cuidaré con mi vida los informes sobre operaciones militares encubiertas.

El silencio que siguió era el de quienes comprenden que acaban de cruzar una línea invisible, la que separa al observador del participante.

—Tomaremos rutas diferentes —continuó Manuel—. Jack volará directo a la capital mañana por la mañana. Dorita tomará el autobús nocturno esta misma noche. Pescador y yo saldremos al amanecer de mañana por rutas y medios separados.

—¿Y si nos interceptan? —preguntó Dorita, su voz firme a pesar del miedo.

Manuel la miró fijamente, admirando su valentía.

—Mi pequeña y amada Dorita... eso no sucederá... pero si pasara destruye los documentos antes de que los tomen. La verdad vale más que nuestra libertad, pero no más que nuestras vidas.

Gloria, que había permanecido en silencio cerca de la ventana, se volvió hacia ellos.

—Los paramilitares están registrando los hoteles del centro —anunció—. Debemos movernos ahora.

Cuando salieron a la calle esa noche, la niebla los envolvió como un cómplice silencioso. San Cristóbal dormía inquieta, sus calles estaban desiertas excepto por algún perro callejero y las patrullas ocasionales.

—Que Dios y el espíritu ancestral de estos guerrilleros los proteja —se despidió Gloria, fundiendo su figura con las sombras.

A cien kilómetros de allí, en la oscuridad de la selva, Macario avanzaba con su grupo. La luna, cuando lograba filtrarse entre el denso follaje, proyectaba sombras engañosas. El peso de la historia recaía sobre sus hombros como un fardo invisible.

Jean Claude caminaba a su lado, un muchacho de mirada antigua que había visto más sufrimiento del que correspondía a sus diecisiete años. No hablaba mucho, pero observaba todo: los guerrilleros que los escoltaban, el bosque vivo que los rodeaba, y sobre todo, a su padre.

—¿Los paramilitares nos siguen, papá? —preguntó en voz baja, utilizando un español con acento francés.

Macario se volvió a sentir como Alberto Vega y miró a su hijo con una mezcla de orgullo y dolor. El muchacho merecía una infancia normal, no selvas y fusiles.

—Seguramente —respondió—. Pero conocemos estos senderos mejor que ellos.

Simón, que cojeaba unos metros atrás apoyado en su bastón, se detuvo para recuperar el aliento. Sus ojos escrutaban la oscuridad con la atención del que ha aprendido a leer las señales de peligro.

—Deberíamos desviarnos hacia el este —dijo—. El arroyo borrará nuestras huellas.

Zamarripa, que caminaba con las manos libres pero vigilado, asintió en silencio. Apreciaba la táctica, aunque sabía que los paramilitares no rastreaban huellas; seguían señales electrónicas, informantes, patrones estudiados durante años.

Macario dio la orden de cambiar el rumbo. La pequeña caravana de fugitivos modificó su curso, adentrándose en una zona donde la vegetación era tan densa que tuvieron que avanzar prácticamente a ciegas.

Jean Claude tropezó con una raíz y Macario lo sostuvo antes de que cayera diciéndole:

—Mira donde pisas pero nunca dejes de voltear a ver las estrellas hijo.

—¡Merde! —murmuró Jean Claude y luego, en un impulso, añadió— Eso mismo me dijo siempre mi madre cuando me equivocaba en algo.

—Exacto —respondió Alberto, sorprendido y conmovido al descubrir que Martha se mantenía viva en su recuerdo. Sintió un gran dolor al pensar en la muerte prematura de Martha que lo separó de una posible vida de amor con ella.

Avanzaron en silencio durante otra hora, hasta que Macario ordenó un descanso breve. Mientras los demás recuperaban fuerzas, se acercó a Zamarripa.

—Si tus jefes no son Valdez ni los militares regulares, ¿ya dime quiénes son? —preguntó sin preámbulo.

Zamarripa bajó la cantimplora y miró a Macario directamente.

—Digamos que son empresarios que han decidido que Valdez ya no es... rentable.

—¿Extranjeros?

—Algunos...otros son compatriotas que simplemente calculan mejor que el Presidente.

Macario soltó una risa amarga.

—Calculan mejor... una forma elegante de decir que las ratas abandonan el barco que se hunde.

—Llámalo como quieras —respondió Zamarripa sin inmutarse—. Pero esos "cálculos" podrían salvar tu vida y la de tu hijo.

Antes de que Macario respondiera, uno de los vigías se acercó apresuradamente.

—Comandante, luces al norte. Vehículos acercándose.

La tregua momentánea entre los dos hombres se rompió ante la amenaza. Macario ordenó reanudar la marcha de inmediato, esta vez a un ritmo más acelerado.

CAPÍTULO 12

La guerra de comunicados

El amanecer del 8 de febrero de 1994 encontró a San Cristóbal de las Casas envuelta en una actividad inusual. Vehículos militares patrullaban las calles empedradas mientras hombres de civil, con el inconfundible porte de agentes federales, revisaban documentos en los puntos de salida de la ciudad.

En la terminal de autobuses, Dorita no había podido salir en la noche anterior y aguardaba ahora la salida del transporte que la llevaría a Tuxtla Gutiérrez. Vestida con ropa sencilla y el cabello recogido bajo un sombrero de palma, podría pasar por una maestra rural. Los documentos que llevaba, escondidos en un compartimento falso de su maleta, pesaban en su conciencia como plomo fundido.

Dos asientos más allá, un hombre con chamarra de cuero leía El Heraldo de Chiapas. La noticia principal hablaba de un "exitoso operativo contra

terroristas". Dorita sabía que era una fabricación completa, pero mantuvo el rostro impasible.

El hombre bajó ligeramente el periódico y la observó. Algo en sus ojos, una frialdad que ella conocía bien, encendió todas las alarmas. No era un viajero común.

Con movimientos casuales, tomó su bolso y se dirigió al baño de mujeres. Una vez dentro, extrajo un pequeño radiotransmisor y envió un mensaje codificado: "Estoy en movimiento. Hay halcones en el nido."

Cuando salió, el hombre de la chamarra había desaparecido, pero dos sujetos con aspecto militar custodiaban ahora la puerta hacia los andenes. Dorita comprendió que su ruta estaba comprometida.

Con la calma de quien ha ensayado esta situación, cambió de dirección y se dirigió hacia la salida principal. No miró atrás, pero sentía las miradas clavadas en su espalda como dagas invisibles.

En la calle, aceleró el paso y se internó en el mercado indígena, aprovechando la actividad matutina como refugio. Una anciana tzotzil, arrugada como corteza de encino centenario, la observó con ojos que parecían contener toda la sabiduría ancestral.

—Estás en peligro, mujer del papel que habla —le dijo en un español entrecortado.

Dorita la miró sorprendida. ¿Cómo podía saberlo una desconocida?

—Necesito ayuda —respondió simplemente.

La anciana asintió y la invitó a seguirla entre los puestos, adentrándose en un mundo paralelo donde el México profundo continuaba existiendo a pesar de cinco siglos de opresión.

En la hacienda "El Retorno", ubicada en las afueras de Tuxtla Gutiérrez, el general Sebastián Acosta —quien había estado a cargo de la investigación del asesinato del candidato Colina Andrade en Tijuana— escuchaba el informe matutino del comandante de los paramilitares. El presidente Pedro Valdez supervisaba a distancia la operación para eliminar cualquier rastro comprometedor.

—Los periodistas se dispersaron como previmos, mi general —explicaba el comandante—. Tenemos a la mujer localizada en San Cristóbal. Al estadounidense lo interceptaremos en el aeropuerto de Tuxtla.

Acosta bebió un sorbo de café, servido en porcelana fina por una empleada indígena que mantenía la mirada baja.

—¿Y Alberto Vega Narváez? —preguntó, pronunciando el nombre como quien menciona un tumor maligno.

—En movimiento hacia la frontera guatemalteca, señor. Nuestros hombres están cerrando el cerco sistemáticamente.

Acosta se acercó al ventanal que dominaba los cafetales. En la distancia, los volcanes Tacaná y Tajumulco se recortaban contra el cielo matutino.

—El señor presidente quiere a Alberto Vega y a su hijo. Vivos —especificó con énfasis—. Al parecer tienen una conversación pendiente.

—¿Y el resto del grupo?

Acosta hizo un gesto ambiguo con la mano.

—No quiero testigos. Pero tampoco mártires que alimenten la causa guerrillera. Que parezcan accidentes.

El comandante se retiró. En la puerta se cruzó con Santiago Robledo, secretario de Gobernación y uno de los confidentes más cercanos de Valdez.

—¿Estás seguro de esto, Acosta? —preguntó sin preámbulos—. Eliminar a un ex subsecretario, a periodistas internacionales... estamos cruzando líneas muy peligrosas.

Acosta le dirigió una mirada glacial.

—Esas líneas se cruzaron hace mucho tiempo, señor secretario.

Robledo recordaba los pactos oscuros, las alianzas secretas con narcotraficantes, los fondos desviados, los opositores silenciados. Y recordaba también a Alberto Vega Narváez, el joven brillante que había sido como un hijo adoptivo para Valdez.

—Solo digo que debemos ser extremadamente cuidadosos —respondió —. Tengo informes de que Zamarripa podría estar jugando a dos bandas.

—¿Zamarripa? —Acosta soltó una carcajada—. Es un mercenario profesional. Su lealtad pertenece al mejor postor.

—O al que posea más información comprometedora —replicó Robledo—. Y en este momento, ese podría ser Vega Narváez.

La sonrisa desapareció del rostro de Acosta. Se dirigió a un mueble y extrajo una carpeta gastada. Dentro había fotografías: Alberto Vega en su juventud, Alberto casándose con la sobrina del presidente, Martha Miranda y un bebé; Alberto en su toma de posesión como subsecretario; Alberto y Valdez abrazados fraternalmente.

—Fue como un hijo para el señor presidente —murmuró Acosta—. Lo preparó para que lo sucediera algún día. Y lo traicionó de la manera más vil.

—Lo traicionó porque descubrió la verdad —respondió Robledo—. Descubrió en qué se había convertido realmente el gobierno de Valdez.

Acosta levantó la mirada, súbitamente endurecida.

—¿Y en qué se ha convertido exactamente, señor secretario?

Robledo sostuvo su mirada, pero no respondió. No era necesario. Ambos conocían la respuesta.

En la profundidad de la selva lacandona, el grupo de Macario había encontrado refugio temporal en una cueva natural oculta tras una cascada. El agua creaba una cortina líquida que los protegía y disimulaba cualquier ruido.

Jean Claude finalmente se había dormido, agotado por la caminata nocturna. Simón vigilaba su sueño con la devoción silenciosa de quien ha aceptado una misión sagrada.

Macario y Zamarripa se habían apartado para conversar en privado, mientras los guerrilleros montaban guardia.

—Valdez no se detendrá nunca —dijo Zamarripa—. Tiene demasiado que perder para permitirse la compasión.

—Lo sé mejor que nadie —respondió Alberto—. Lo conozco desde hace más de diez y siente años. Fui su discípulo más aventajado hasta que vi la oscuridad que habitaba en su alma.

—¿Qué encontraste exactamente en esos documentos? —preguntó Zamarripa—. ¿Qué información podría ser tan devastadora?

Alberto guardó silencio unos instantes, sopesando la confianza que podía depositar en este hombre.

—No se trata únicamente de los acuerdos con multinacionales o los desvíos de fondos —dijo finalmente—. Es algo infinitamente peor. Es la prueba irrefutable de que Valdez ordenó personalmente el asesinato de Osvaldo Colina Andrade para conservar el poder presidencial.

Zamarripa mantuvo el rostro impasible, pero un destello de sorpresa cruzó sus ojos.

—¿El candidato opositor que asesinaron en Tijuana?

—Ese mismo —confirmó Alberto—. Poseo documentos originales, grabaciones, la cadena completa de órdenes militares. Valdez no es solamente un político corrupto; es un asesino. Por las maquinaciones de su asesor Sevilla Zertuche, y con la intervención del general Acosta, eliminaron fríamente a Colina para asegurar que su partido recuperara la presidencia.

La revelación flotó entre ambos hombres como una nube tóxica. Zamarripa procesaba rápidamente la información.

—Si eso es realmente cierto...

—Es absolutamente cierto —lo interrumpió Alberto—. Y esa es la razón por la que estamos aquí, fugitivos en esta selva. Por esa maldad Jean Claude perdió a su madre, y por esa razón me vi obligado a convertirme en Macario.

—¿Cómo te hiciste de esas pruebas…?

—Yo también tengo personas que son leales y que arriesgaron hasta sus vidas para conseguirlas y hacérmelas llegar. Luis Alcázar fue el intermediario entre esos buenos mexicanos y nuestro movimiento. Mi querido hermano ya no tiene nada que perder pues está muerto…la persona a través de la cual me los hizo llegar, madre de mi hijo, tampoco tiene nada que perder porque también murió…y yo tengo todo ese material original. Las copias van repartidas por cuatro distintos caminos para ser publicadas en los medios nacionales e internacionales…

—Entonces tienes la sartén por el mango Alberto…—dijo Zamarripa llamando a Macario por su verdadero nombre.

Por primera vez desde que había comenzado esta misión, Zamarripa supo que estaba del lado moralmente correcto.

El sonido de pasos apresurados interrumpió la conversación. Un guerrillero joven se acercó con urgencia.

—Comandante, detectamos movimientos en el río —informó—. Hombres armados en lanchas rápidas, avanzando contra la corriente.

Alberto miró a Zamarripa directamente. ¿Traición?

Pero el falso sacerdote parecía tan sorprendido como él.

—No procede de mi parte —declaró—. Las personas para quienes trabajo quieren obtener los documentos, no acumular cadáveres.

Macario asintió. Le creía.

—Despierta a Jean Claude —ordenó al guerrillero—. Nos vamos en diez minutos.

Mientras el joven se alejaba, Alberto se volvió hacia la cascada, observando cómo el agua caía incesantemente, ajena a las complejidades humanas.

—¿Sabes cuál es la ironía más amarga? —dijo casi para sí mismo—. Cuando era subsecretario, creía que el sistema podía reformarse desde adentro.

—¿Y ahora qué piensas?

Alberto Vega Narváez, el hombre que ahora era Macario, sonrió con tristeza antigua.

—Ahora comprendo que no basta con cambiar a los hombres que ocupan los cargos. Es imprescindible cambiar completamente el sistema que los corrompe.

En la penumbra húmeda de la cueva, mientras preparaban su nueva huida, la verdad ancestral flotaba entre ellos: en la lucha eterna entre el poder y el pueblo, no importaba quién ocupara el trono. Lo que importaba era desmantelar la estructura que lo sustentaba.

Y mientras tanto, México continuaba siendo lo que siempre había sido desde la Conquista: un territorio en disputa permanente, una promesa de justicia eternamente traicionada y, sin embargo, eternamente renovada por cada nueva generación de resistentes.

CAPÍTULO 13

Un general en la sombra

El río Usumacinta despertaba con los primeros rayos del sol del 8 de febrero, sobre sus aguas color jade arrastrando secretos mayas sepultados en el limo. En la orilla guatemalteca, ocultos entre la maleza, Macario y su grupo observaban las lanchas paramilitares que rastreaban la corriente como depredadores al acecho.

—Se están dividiendo para cubrir ambas riberas —susurró Simón, observando con unos binoculares Zeiss— ocho hombres por lancha con metralletas. Definitivamente no son soldados comunes.

Alberto asintió. Conocía el modus operandi de los Halcones, la unidad paramilitar de elite que operaba sin uniforme, sin identificación, sin existencia legal. Los fantasmas del sistema.

—¿Podemos rodearlos por el flanco oriental? —preguntó al joven guerrillero tzeltal que los guiaba.

—Hay un sendero antiguo —respondió el muchacho de veinte años—. Lo utilizaban los contrabandistas de café durante el porfiriato. Lleva al otro lado de la Sierra Madre, evitando el río.

Jean Claude escuchaba en silencio. El joven había heredado los ojos profundos de su padre y el temple sereno de Martha. No se quejaba, no manifestaba miedo. Comprendía que su supervivencia dependía de ese silencio disciplinado.

Zamarripa se había situado apartado del grupo principal. Sus manos, acostumbradas al cáliz durante sus estudios seminarísticos, empuñaban ahora con sorprendente naturalidad un rifle Remington.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Guatemala? —preguntó a Macario.

—Dos días si avanzamos sin descansos prolongados. Pero no podemos dirigirnos directamente al sur. Debemos confundir a los Halcones con movimientos erráticos.

Los ojos de Zamarripa se clavaron en los de Alberto con intensidad penetrante.

—No tienes intención real de cruzar a Guatemala —afirmó como constatación—. Eso es únicamente lo que deseas que crean tus perseguidores.

Una sonrisa sardónica cruzó el rostro de Macario.

—Quizás tú tampoco seas realmente un sacerdote católico.

La réplica arrancó una risa contenida a Zamarripa.

—Mi padre sí lo era, y deseaba que yo siguiera sus pasos —respondió con emoción—. Murió en Tlatelolco, octubre de 1968. Lo asesinaron mientras daba la extremaunción a estudiantes masacrados.

Alberto recibió el dato personal como lo que era: una ofrenda de confianza, un puente tendido sobre el abismo de la desconfianza.

—Mi hijo no cruzará la frontera guatemalteca —declaró señalando a Jean Claude—Existe un lugar seguro para él. Alguien en quien deposito mi confianza absoluta.

—¿Y los documentos comprometedores?

—Permanecerán con él, bajo protección especial.

La conversación se interrumpió cuando Simón se acercó cojeando.

—Se están movilizando rápidamente. Han descubierto algo importante.

A través de los binoculares observaron cómo una lancha paramilitar se detenía junto a la ribera mexicana. Los hombres desembarcaron y comenzaron a examinar el terreno. Uno levantó algo del suelo embarrado: un trozo de tela desgarrada.

—Maldita sea —murmuró Alberto—. El poncho de Julián. Se lo prestamos a Jean Claude anoche.

Debió haberse enganchado en alguna rama durante la caminata nocturna. Un error microscópico que separaba la supervivencia de la muerte.

—Tenemos que abandonar esta posición inmediatamente —ordenó.

Pero antes de que pudieran retirarse, el sonido de un motor aéreo cortó el aire. No era el ruido de las lanchas sino el zumbido amenazante de un helicóptero militar.

—¡Al bosque espeso! ¡Inmediatamente! —gritó Macario.

El grupo se dispersó bajo la vegetación selvática justo cuando el helicóptero sobrevolaba la zona. Era una aeronave militar sin identificación, pintada de negro mate: una nave fantasma que jamás aparecía en registros oficiales.

Jean Claude corrió junto a su padre, la mochila con los documentos rebotando contra su espalda. No había miedo en sus ojos claros, solo determinación. Alberto sintió orgullo y dolor: su hijo mostraba una fortaleza que no era común en un muchacho de diecisiete años.

—¿Te están buscando específicamente a ti o a mí también? —preguntó Jean Claude mientras se ocultaban bajo vegetación entrelazada.

—A ambos, desafortunadamente —respondió con honestidad—. Pero no les concederemos la satisfacción de capturarnos vivos.

Por primera vez desde su reencuentro, el joven sonrió brevemente.

—El tío Luis y mi mamá decían que eras el hombre más terco de México.

Alberto sintió un nudo en la garganta al evocar a Luis Alcázar y a Martha. Se sintió vivo en la memoria de su hijo a pesar de la separación, de los años perdidos. Mientras El helicóptero trazaba círculos sobre el área, como un buitre paciente.

En el mercado de San Cristóbal de las Casas, Dorita siguió a la anciana tzotzil entre puestos coloridos. La mujer, a quien le decían Na' Ramona, se movía con agilidad.

—Tú transportas verdad peligrosa en papel —dijo en español fragmentado—. Verdad que puede matar.

Dorita no preguntó cómo lo sabía. Había aprendido que existían formas ancestrales de conocimiento que escapaban a la comprensión occidental.

—Necesito llegar a la Ciudad de México. Hay personas que harán cualquier cosa para impedirlo.

Na' Ramona asintió como si supiera realmente qué llevaba en la mochila.

—Hombres de palo siempre persiguen palabra verdadera.

La condujo a un local donde una mujer joven tejía huipiles ceremoniales.

—Mi hija Chicha te llevará. Conoce camino antiguo. No uno vigilado por soldados.

Chicha observó a Dorita con curiosidad y recelo. Tras intercambio rápido en tzotzil con su madre, asintió.

—¿Tienes miedo de morir? —preguntó directamente.

—Sí, tengo miedo. Pero tengo más miedo de no cumplir mi obligación moral.

La respuesta satisfizo a Chicha, quien comenzó a guardar sus tejidos.

—Partiremos cuando el sol esté en su punto más alto. Cuando los soldados estén comiendo.

—Te estaré eternamente agradecida.

Na' Ramona la vió con ojos que habían visto demasiados ciclos de historia violenta.

—No requiere gratitud personal. Requiere justicia colectiva.

En la hacienda "El Retorno", el general Sebastián Acosta revisaba mapas militares desplegados sobre una mesa de caoba. Cada movimiento de sus hombres estaba marcado con precisión: puestos de control en carreteras, patrullas fluviales, el perímetro que se estrechaba donde Macario intentaría alcanzar la frontera.

—Los tenemos acorralados —afirmó el coronel Garza—. Es cuestión de tiempo antes de capturarlos.

Acosta asintió con cautela.

—¿Alguna novedad sobre los periodistas fugitivos?

—A la mujer la perdimos en San Cristóbal, pero tenemos informantes rastreándola. El estadounidense fue interceptado en Tuxtla, pero transportaba únicamente equipo fotográfico.

—¿Y los otros dos reporteros?

—Sin rastro concreto.

Acosta golpeó la mesa con el puño.

—¡Encuéntrenlos inmediatamente! No pueden haber desaparecido como fantasmas.

—Solicito permiso para expresarme con franqueza, mi general.

Acosta hizo un gesto impaciente.

—Los habitantes locales están colaborando con los fugitivos. Los indígenas, los campesinos... Nos observan desde kilómetros y guardan silencio. Conocen este territorio mejor que nuestras tropas.

La observación era precisa, y por eso irritante. Por cada soldado había diez ojos locales vigilando, cien bocas transmitiendo información en lenguas que los oficiales no comprendían. Una guerra asimétrica donde el poder militar se diluía en resistencia silenciosa.

—Utilice todos los métodos necesarios —respondió con frialdad—. Quiero a los periodistas vivos de preferencia, pero no necesariamente. Pero

Vega y el muchacho sí tienen que traerlos vivos. El presidente los requiere para interrogatorio personal.

Manuel Orta conducía un Volkswagen desgastado por caminos secundarios, evitando carreteras principales vigiladas por retenes. Había adquirido el vehículo esa mañana, pagando en efectivo sin dejar rastro detectable.

Los documentos ocultos bajo el asiento pesaban en su conciencia como plomo fundido. No era solo su vida la que estaba en peligro; era la verdad histórica sobre un sistema que había traicionado a su pueblo durante décadas.

En la radio sonaba música ranchera, melodías mexicanas que escondían sufrimiento bajo festividad superficial. Como México mismo: un país de contrastes abismales, risas públicas que escondían lágrimas privadas.

El camino serpenteaba entre colinas dejando las tierras altas de Chiapas para descender hacia Tabasco. Había elegido una ruta no convencional: seguiría la costa del Golfo en lugar de dirigirse directamente al norte. Más largo pero menos vigilado.

Sus pensamientos viajaban hacia Dorita. El último mensaje indicaba "en movimiento", pero eso había sido horas atrás. Se obligó a mantener calma: Dorita era inteligente y cautelosa.

Una camioneta pick-up apareció en el espejo retrovisor, acercándose rápidamente. Manuel se tensó pero mantuvo velocidad constante. La Ford blanca lo rebasó a gran velocidad; alcanzó a ver dos hombres con corte militar vestidos de civil.

Continuó conduciendo, mirando campesinos con machetes, mujeres con niños, pueblos donde el tiempo parecía detenido. Al llegar a un cruce rural, tomó el camino menos transitado. Una señal oxidada indicaba: "Pichucalco, 42 kilómetros". Nadie esperaría que un periodista fugitivo se dirigiera hacia ese pueblo olvidado.

Se detuvo en una tienda de abarrotes. La mujer que atendía lo observó con curiosidad natural.

—¿Conoce algún lugar donde pernoctar?

—Doña Eufrasia renta habitaciones. Nada lujoso, pero limpias.

Doña Eufrasia le rentó una habitación pequeña. Esa noche, revisó los documentos a la luz de una lámpara. Contenían lo que ya conocía: corrupción gubernamental, desvío de fondos, acuerdos secretos con transnacionales. Pero había algo más.

Entre los papeles había un informe detallado sobre operaciones paramilitares en Chiapas, firmado por Sebastián Acosta. El documento

establecía que el objetivo no era solo eliminar guerrilla sino "limpiar éticamente" la zona para proyectos de extracción mineral. "Limpiar" aparecía entre comillas: exterminio sistemático de comunidades enteras.

Manuel sintió un escalofrío. Tenía pruebas no solo de corrupción sino de genocidio planificado, limpieza étnica disfrazada de desarrollo económico. Ahora entendía por qué Macario había arriesgado todo, por qué, como Alberto Vega, había abandonado su posición privilegiada. No era ideología abstracta; era humanidad básica.

Guardó los documentos y apagó la luz. Mañana continuaría hacia Villahermosa. Esa noche, por primera vez en días, dormiría bajo techo seguro.

Afuera, México descansaba, perpetuamente inquieto, suspendido entre su pasado doloroso y un futuro incierto. Y en algún lugar de ese país herido, un hombre llamado Alberto Vega Narváez corría por su vida y por la verdad histórica. El poder establecido y el pueblo oprimido, enfrentados nuevamente en danza ancestral.

CAPÍTULO 14

El juego de Washington

El sol de mediodía caía implacable sobre el aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez cuando Jack Olsen descendió del vuelo procedente de San Cristóbal con su cámara Nikon FM2 colgada al pecho. El calor ascendía del asfalto en ondas visibles —metáfora perfecta de México, pensó el corresponsal, donde nada era lo que parecía.

La terminal bullía con turistas, empresarios y familias que se despedían con dramatismo. Jack avanzó con naturalidad estudiada, aunque los rollos fotográficos ocultos en su cámara pesaban como plomo en su conciencia. Su mirada escaneaba rostros y uniformes, hábito adquirido en décadas cubriendo zonas de conflicto.

Los identificó antes de ser detectado: dos hombres de civil con postura militar inconfundible, ubicados estratégicamente cerca del control de seguridad. Uno consultaba disimuladamente una fotografía, comparándola con los pasajeros.

—Tranquilo, viejo —se dijo mentalmente—. Has salido de situaciones peores en Beirut y Sarajevo.

Cambió de dirección hacia los servicios sanitarios. Encerrado en un cubículo, extrajo cuidadosamente los rollos del compartimento secreto. Con movimientos precisos, desmontó el depósito del inodoro y ocultó los rollos en una grieta entre azulejos, asegurándolos con chicle. Escribió

rápidamente las coordenadas: "Paquete guardado. Baño terminal, cubículo 3, azulejo superior izquierdo".

Al salir, los dos agentes lo esperaban con sonrisas falsamente cordiales.

—¿Jack Olsen? Policía Federal Preventiva. Necesitamos que nos acompañe para verificación rutinaria.

Jack asintió con serenidad, típica de quien ha sido detenido en docenas de países. En una habitación sin ventanas lo esperaba un coronel tras un escritorio metálico.

—Señor Olsen —dijo en inglés cuidadosamente pronunciado—. Lamento esta molestia. Soy el coronel Suárez. Tengo entendido que viene de San Cristóbal.

—Turismo arqueológico. Las ruinas de Palenque. Trabajo para National Geographic en un reportaje sobre civilizaciones precolombinas.

El coronel asintió, apreciando la calidad técnica de la mentira.

—En su... visita turística, ¿tuvo contacto con este individuo?

Le mostró una fotografía de Manuel Orta.

—No lo conozco. ¿Debería hacerlo?

—Es un fugitivo extremadamente peligroso. Terrorista con vínculos internacionales. Sabemos que se reunió con usted anoche en San Cristóbal.

Jack mantuvo expresión neutra, aunque su mente trabajaba frenéticamente. ¿Cómo podían saberlo?

—Me temo que me confunde. He pasado los últimos cuatro días fotografiando comunidades indígenas en aldeas remotas.

El coronel sonrió sin calidez.

—Señor Olsen, aprecio su profesionalismo. Pero esto no es Afganistán o Bosnia. Aquí las cosas funcionan de manera... diferente. Sabemos que Manuel Orta le entregó documentos clasificados.

—Revisé todo su equipaje, mi coronel —informó uno de los captores—. No encontré nada comprometedor.

El coronel golpeó la mesa con el puño.

—¡La cámara fotográfica! ¡Desármela completamente!

Jack entregó su Nikon sin protestar. Sabía exactamente lo que venía: la desarmarían buscando los rollos. No los encontrarían. Una pequeña victoria táctica en una guerra perdida.

—No hay absolutamente nada oculto —anunció finalmente el técnico.

El coronel Suárez observó a Jack con frustración y respeto reluctante.

—Esto no ha terminado, señor Olsen. No podemos permitirle continuar hacia la capital. Permanecerá en custodia protectora.

Jack asintió sin protestar. Al menos los rollos estaban seguros.

En los caminos polvorientos hacia Tuxtla Gutiérrez, Dorita avanzaba en la parte trasera de una destartalada camioneta Chevrolet que transportaba gallinas y sacos de maíz. Chicha conducía con habilidad natural. Habían partido al mediodía, cuando los controles militares se relajaban durante la comida.

—¿Cómo supieron que necesitaba ayuda? —preguntó Dorita.

Chicha mantuvo la vista en el camino serpenteante.

—Los ojos revelan la verdad. Tienes ojos que han visto verdad peligrosa. Como mi hermano mayor antes de desaparecer.

Dorita sintió un nudo en la garganta. Siempre era igual: en cada rincón de México, historias de desaparecidos, silencios impuestos, verdades enterradas.

—Lo siento profundamente.

Chicha se encogió de hombros con resignación ancestral.

—Es camino muy antiguo. Españoles nunca lo conocieron. Zapatistas lo usaban para huir. Ahora nosotros también.

El sendero serpenteaba entre colinas de pinos, alejándose de rutas principales. La naturaleza participaba en la resistencia silenciosa. Dorita reflexionaba sobre los documentos que había ocultado. Ya había tenido oportunidad de analizarlos. Contenían pruebas irrefutables de las atrocidades de Valdez y su gobierno.

—Control militar —anunció Chicha con tensión, señalando vehículos del ejército a la distancia.

Dorita sintió helársele la sangre. Un retén oficial, lo que habían intentado evitar.

—¿Existen rutas alternativas?

Chicha negó con la cabeza.

—Único camino asfaltado hacia Tuxtla.

Se observaron con entendimiento inmediato. No había posibilidad de retroceso.

—Los documentos —dijo Chicha con determinación.

Con movimientos rápidos, Dorita extrajo el paquete del compartimento falso de su maleta. Siguiendo el plan de contingencia, fotografió cada página con una cámara Instamatic.

—Si logran capturarme, destruye la cámara —instruyó, entregándole el aparato.

Se acercaban al control. Soldados con fusiles G3 revisaban cada vehículo.

—Entrégame los papeles originales —solicitó Chicha.

—¿Qué estás diciendo? No puedo...

—Confía en mí. Soy mujer indígena. Soldados nunca revisan lo que transportamos.

Dorita dudó antes de entregarle los documentos. Chicha los ocultó entre los pliegues de su huipil ceremonial, en compartimento secreto que las mujeres tzotziles habían utilizado durante generaciones.

En el retén, un soldado joven les ordenó detenerse.

—Documentos de identidad.

Entregó la credencial falsificada: Sandra Méndez, maestra rural.

El soldado la examinó, comparando fotografía con rostro.

—¿Qué actividades realizó en San Cristóbal?

—Visitando a mi tía enferma. Problemas cardíacos.

—¿Y ella? —señaló a Chicha.

—Mi guía local. Conoce los caminos de montaña.

El soldado parecía dispuesto a aceptar cuando una camioneta se detuvo junto al control. Descendió un hombre de traje que se acercó con autoridad natural.

—¿Alguna novedad significativa?

—Nada relevante, licenciado. Únicamente gente común.

El recién llegado observó a Dorita con atención renovada y algo cambió en su expresión.

—Haga el favor de descender del vehículo, señorita.

Dorita obedeció sin protestar, consciente de que resistir confirmaría sospechas.

—Abra su equipaje.

Mientras revisaban cada pertenencia, Dorita mantuvo la mirada en el horizonte donde las montañas se recortaban contra un cielo que comenzaba a teñirse del atardecer. Pensó en Manuel, Jack y Pescador. En Macario y Jean Claude, fugitivos en la selva. En la cadena invisible de resistencia que se extendía por el país.

—No encontramos nada sospechoso —informó el soldado.

El hombre de traje no parecía convencido.

—Registren físicamente a la sospechosa.

Una soldado la palpó minuciosamente. Dorita agradeció haber entregado los documentos a Chicha.

El hombre consultó un teléfono satelital y observó a Dorita con sonrisa helada.

—Dorita Cienfuegos. Periodista de investigación. Buscada por el gobierno federal. Acompáñenos.

El mundo pareció detenerse. Su mirada desesperada buscó a Chicha, que permanecía inmóvil con expresión inescrutable. Un intercambio silencioso: los documentos estaban seguros, pero Dorita estaba atrapada.

Mientras la escoltaban hacia el vehículo negro, pensó en todas las historias que había cubierto: campesinos despojados, activistas desaparecidos, comunidades masacradas. Ahora se convertía en protagonista de esa narrativa de resistencia que había documentado durante años.

El hombre sonrió con satisfacción mientras abría la puerta posterior.

—El general Acosta estará interesado en mantener una conversación con usted, señorita Cienfuegos.

Dorita entró con la dignidad de quien sabe que la verdad, aunque derrotada temporalmente por la fuerza, encontraría su camino hacia la luz. Mientras se alejaban, observó cómo permitían a Chicha continuar su viaje sin mayor inspección.

Su parte había fracasado parcialmente. Su copia había desaparecido, pero las fotografías fueron enviadas y los originales continuaban ocultos. Una pequeña victoria en una guerra que parecía perdida pero que nunca terminaba completamente.

En una habitación del Hotel Colonial de Comitán, Pescador terminaba de escribir el último párrafo de su crónica. Había elegido esa ciudad fronteriza por su proximidad con Guatemala, calculando que podría cruzar la frontera si la situación se complicaba.

El texto era explosivo: relato detallado de su encuentro con Macario, la revelación de su identidad como Alberto Vega Narváez, las implicaciones del asesinato de Colina Andrade. Pero sabía que enviarlo desde territorio mexicano equivalía a sentencia de muerte.

Su teléfono satelital vibró con mensaje codificado de su editor en la Ciudad de México: "Situación comprometida. Evite regresar. Busque refugio seguro."

Pescador comprendió las líneas. Las autoridades habían descubierto su participación. Su vida profesional y posiblemente física estaban en peligro.

Guardó sus notas en un sobre manila y se dirigió al consulado guatemalteco. Si no podía publicar la verdad desde México, la haría pública desde el exilio.

Mientras caminaba por las calles empedradas, reflexionó sobre el poder corruptor del poder absoluto. Hombres como Alberto Vega pagaban el precio de haber despertado de la ilusión.

En la distancia, las sirenas de policía comenzaron a sonar. Pescador aceleró el paso. La cacería se intensificaba, pero la verdad ya había comenzado su camino imparable hacia la luz.

CAPÍTULO 15

Chiapas en llamas

En la habitación austera del hotel "El Viajero" en Cárdenas, Tabasco, Pescador contemplaba la lluvia tropical que azotaba la ciudad el 9 de febrero de 1994. El agua caía en cortinas densas, convirtiendo calles en ríos improvisados donde flotaban desperdicios y esperanzas perdidas. Era la quinta población que visitaba en tres días, zigzagueando para evitar carreteras principales y controles militares.

Los documentos que Manuel le había confiado permanecían ocultos en un compartimento secreto de su computadora portátil Compaq LTE/286. Tecnología al servicio de la verdad, pensó con ironía.

Su radiotransmisor Motorola vibró con un mensaje codificado de Jack Olsen: "Paquete guardado: aeropuerto Tuxtla, baño terminal, cubículo 3". Pescador decodificó mentalmente: Jack había sido interceptado pero logró ocultar los rollos.

Tecleó una respuesta breve: "Recibido. Continúo ruta". Luego quemó el papel con un encendedor, siguiendo el protocolo para comunicaciones sensibles.

El plan de Macario había sido brillante: dividir los documentos entre cuatro periodistas, cada uno tomando rutas diferentes hacia la capital. Si al menos uno llegaba, la verdad saldría a la luz. Seguridad mediante división y redundancia.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Pescador se tensó. No esperaba visitas y había registrado un nombre falso.

—Servicio de habitación —anunció una voz femenina.

No había ordenado nada. La trampa era demasiado obvia.

Con movimientos silenciosos, guardó su computadora en la mochila. La habitación, en planta baja, tenía ventana al callejón lateral. La había elegido por esa característica.

Los golpes se intensificaron.

—¡Policía Federal! ¡Abra o derribaremos la puerta!

Pescador descorrió el seguro de la ventana justo cuando la puerta cedía con crujido de madera astillada. Se deslizó al exterior bajo la lluvia torrencial mientras tres hombres armados irrumpían en la habitación.

El callejón, convertido en arroyo fangoso por la tormenta, ofrecía cierta protección natural. Pescador corrió encorvado, mochila pegada al pecho, sabiendo que tenía escasos segundos de ventaja.

—¡Por ahí! —escuchó gritar a sus espaldas.

La ciudad se extendía como laberinto de calles estrechas. Pescador sabía que en cualquier pueblo mexicano existía una zona de mercado donde podría encontrar el anonimato protector de la multitud.

Dobló esquinas al azar, chapoteando en charcos profundos, la lluvia proporcionándole un manto que dificultaba la visibilidad de sus perseguidores. A lo lejos distinguió el bullicio de un mercado popular: lonas coloridas, pregones, el olor mezclado de comida, humanidad y comercio.

Se internó entre puestos improvisados donde mujeres vendían tamales y atole, carniceros ofrecían cortes a gritos, ancianos vendían hierbas medicinales. El México profundo, que perduraba más allá de revoluciones, lo acogió en su caos vital.

Encontró refugio bajo la lona de un puesto de sombreros de palma. Desde allí observó cómo sus perseguidores escrutaban la multitud con ojos entrenados.

Una figura familiar captó su atención: un hombre con chamarra de cuero idéntica al que había visto vigilando a Dorita en San Cristóbal. No era coincidencia. Los cazaban sistemáticamente, con precisión militar.

—¿Va a comprar o nomás está espantando la clientela? —preguntó bruscamente el vendedor, un hombre mayor con manos encallecidas.

—Perdón —murmuró Pescador, alejándose del puesto con naturalidad estudiada.

Necesitaba moverse inmediatamente. Los agentes federales se acercaban, registrando metódicamente cada sección del mercado. Se mezcló con un grupo de campesinos que abandonaban el mercado.

La lluvia había amainado, convirtiéndose en llovizna persistente que difuminaba los contornos del paisaje. Pescador avanzó hasta las afueras

de la ciudad, donde el grupo comenzó a dispersarse hacia diversos medios de transporte.

Entonces lo vio: un autobús destartalado con letrero "Villahermosa" pintado a mano. El destino le ofrecía una ruta de escape inesperada. Se dirigió hacia el vehículo calculando la distancia que lo separaba de sus perseguidores. Veinte metros, quizás menos. El autobús tenía el motor en marcha, pasajeros subiendo con bultos.

Casi lo alcanzaba cuando una mano firme se posó en su hombro derecho.

—Señor Pescador. El general Acosta desea hablar con usted.

Se volvió lentamente. El hombre de la chamarra lo observaba con sus ojos fríos. Detrás, otros dos agentes bloqueaban cualquier ruta de escape.

—Creo que hay un malentendido —intentó Pescador.

El hombre negó con la cabeza, casi con pesar profesional.

—Su computadora portátil, por favor.

Pescador evaluó sus opciones. Tres contra uno, en espacio público concurrido. Cualquier resistencia provocaría violencia, posiblemente con daños entre civiles inocentes. No podía permitir esa responsabilidad.

Con una calma que contradecía la tormenta interior que sentía, entregó su mochila.

—El contenido tiene contraseña —advirtió, en un último acto de resistencia.

El hombre sonrió mientras extraía la computadora Compaq.

—Tenemos especialistas muy capaces. Acompáñenos, por favor. Tenemos un vehículo esperando.

Mientras lo escoltaban hacia un Tsuru negro con cristales polarizados, Pescador observó cómo el autobús a Villahermosa partía sin él. En la distancia, el cielo de Tabasco comenzaba a despejarse, revelando un atardecer sangriento que presagiaba la noche.

Sabía que había fallado. Su copia de los documentos ya no existía, porque aunque los archivos estuvieran encriptados, los militares lograrían eventualmente acceder a ellos o destruirlos por completo.

Manuel Orta despertó con las primeras luces del amanecer del 9 de febrero en la modesta habitación de doña Eufrasia en Pichucalco. Había dormido profundamente por primera vez en días, el agotamiento venciendo a la ansiedad que lo acompañaba como sombra.

Se levantó y observó por la ventana: el pueblo comenzaba su rutina diaria con parsimonia característica de lugares donde el tiempo fluye de manera diferente. Mujeres cargando cántaros, hombres dirigiéndose a sus labores, niños corriendo hacia la escuela con uniformes impecables a pesar de la pobreza. El México profundo, que sobrevivía a gobiernos y crisis con la resiliencia de lo auténtico.

Durante la noche había recibido mensajes codificados: Jack interceptado en Tuxtla pero con rollos fotográficos a salvo; ninguna noticia de Dorita; Pescador todavía en movimiento hacia Villahermosa.

Al menos no estaba completamente solo en esta misión. La verdad avanzaba por múltiples caminos hacia su destino final.

Recogió sus pertenencias y guardó los documentos bajo el asiento del Volkswagen. Pagó a doña Eufrasia, quien lo despidió con gesto de su mano curtida.

—Vaya con Dios —dijo la anciana, como intuyendo la importancia de su viaje.

Manuel partió. El plan era evitar carreteras principales, zigzaguear por caminos secundarios hacia Veracruz, y desde allí continuar hacia la capital. Un trayecto más largo pero menos vigilado.

Mientras conducía, contemplaba el paisaje que se transformaba: la vegetación exuberante de Chiapas cediendo paso a las planicies húmedas de Tabasco.

Pensaba constantemente en Dorita. Su último mensaje indicaba peligro inminente, pero no confirmaba captura. ¿Habría encontrado refugio? La esperanza era una llama pequeña pero persistente.

En la radio local, un locutor narraba noticias con retórica oficialista: "Fuerzas federales desarticulan célula terrorista en Chiapas", "Presidente Valdez inaugura hospital en comunidad marginada".

La gran mentira institucionalizada, repetida hasta convertirse en verdad alternativa. Por eso era tan importante su misión: romper ese monopolio narrativo, mostrar la realidad oculta tras la propaganda.

Al cruzar la frontera entre Chiapas y Tabasco, notó incremento en la presencia militar. Retenes improvisados, patrullas recorriendo caminos secundarios. La red de vigilancia se estrechaba.

En un pueblo pequeño se detuvo a repostar. El encargado, un hombre mayor con mirada cansada, lo observó con curiosidad natural.

—¿Va para el norte?

—Sí, a ver a la familia —respondió Manuel con vaguedad calculada.

El hombre asintió, limpiando sus manos en un trapo sucio.

—Tenga cuidado. Hay muchos militares en el camino. Buscan guerrilleros, dicen. O periodistas.

Manuel mantuvo el rostro impasible, pero su corazón se aceleró. ¿Era advertencia amistosa o amenaza velada?

—Gracias por el aviso —dijo, pagando la gasolina y una botella de agua.

El hombre lo observó fijamente, como queriendo decir algo más importante, pero finalmente solo asintió.

Manuel continuó su viaje con inquietud renovada. Si en pueblos pequeños ya se hablaba de periodistas buscados, significaba que la noticia había circulado por canales oficiales. Su fotografía probablemente estaba en cada retén militar del país.

Decidió cambiar radicalmente de ruta. En lugar de continuar hacia el norte por carreteras secundarias, tomaría caminos rurales hacia el oeste, adentrándose en regiones remotas antes de virar al norte. Un desvío que le costaría tiempo pero podría significar la diferencia entre captura y libertad.

El Volkswagen protestó cuando lo condujo por caminos de terracería que apenas merecían el nombre. Pero el viejo automóvil alemán, diseñado para la rudeza, resistió valientemente.

El paisaje se volvió más agreste: plantaciones de plátano dieron paso a selva secundaria, pueblos pequeños fueron reemplazados por rancherías donde niños descalzos y perros famélicos observaban el paso del vehículo extraño.

Era el México invisible, que nunca aparecía en discursos presidenciales ni folletos turísticos, que sobrevivía al margen de la modernidad con resistencia ancestral y resignación aprendida.

Al atardecer llegó a un caserío indígena donde decidió detenerse. No podía continuar de noche por estos caminos desconocidos. Un hombre mayor, con el rostro surcado por arrugas profundas, le indicó dónde aparcar.

—¿Tiene dónde dormir? —preguntó en español rudimentario.

—No. Solo busco un lugar seguro para pasar la noche.

El hombre lo estudió con sabiduría de quien ha aprendido a leer almas.

—Viene huyendo —afirmó, no como acusación sino como constatación.

Manuel no respondió verbalmente, lo que fue respuesta suficiente.

—Venga. Mi hijo tiene un granero. Puede dormir allí.

Lo condujo hacia una construcción rústica donde se almacenaba maíz y herramientas. No era cómodo, pero ofrecía refugio seguro.

—Gracias —dijo Manuel, genuinamente sorprendido por la ayuda incondicional.

El anciano hizo gesto de desestimación.

—Esta tierra ha visto muchos hombres huir. Del gobierno, de los hacendados, de los narcotraficantes... Siempre han existido hombres que se creen dueños de otros hombres. Y siempre han existido quienes les dicen que no.

Con esas palabras se alejó, dejando a Manuel con sensación extraña, mezcla de humildad y responsabilidad histórica. No era solo su lucha personal; era parte de una vieja resistencia que se remontaba a siglos.

Esa noche, tendido sobre sacos de ixtle en el granero improvisado, Manuel repasó mentalmente los documentos que llevaba. Contenían muchas cosas, pero esencialmente incluía la prueba definitiva: la orden directa de Valdez para eliminar a Osvaldo Colina Andrade, su sucesor designado que había comenzado a mostrar independencia peligrosa. Orden transmitida a través de Sevilla Zertuche y ejecutada por el general Acosta, utilizando como chivo expiatorio a un sicario de quinta llamado Beltrán, que ahora cumplía treinta años de prisión.

Manuel sabía que tenía dinamita política suficiente para hacer caer el gobierno de Valdez. Si lograba llevarla a la capital, si conseguía publicarla...

El sonido lejano de motores interrumpió sus reflexiones. Se incorporó y se asomó por una abertura entre las tablas. A lo lejos, luces de vehículos se movían por el camino principal. Una patrulla militar realizando reconocimiento nocturno.

Manuel contuvo la respiración hasta que las luces desaparecieron. La caza se intensificaba. Mañana tendría que ser especialmente cuidadoso.

CAPÍTULO 16

Macario frente a la nación

El general Acosta contemplaba el horizonte desde la ventana de su despacho en la base militar de Villaflores el 10 de febrero de 1994. El cielo de Chiapas mostraba una paleta violácea, como si la naturaleza se tiñera con la sangre invisible de tantas batallas silenciadas. Sobre su escritorio de metal, tres expedientes abiertos: Jack Olsen, Dorita Cienfuegos y Pescador. El cuarto, el de Manuel Orta, permanecía intacto, ausencia que irritaba al militar como espina clavada en su orgullo profesional.

—¿Alguna novedad sobre Orta? —preguntó sin apartar la mirada del paisaje montañoso.

El capitán Rivera, joven oficial que había ascendido rápidamente gracias a su eficiencia implacable en operaciones contraterroristas, consultó su carpeta de reportes.

—Nada concreto, mi general. Fue visto por última vez en Pichucalco. Después, el rastro se pierde en la sierra.

El general asintió levemente. Conocía ese territorio: un laberinto de caminos antiguos, comunidades aisladas y lealtades ancestrales que no respondían a poderes oficiales sino a códigos más profundos.

—¿Y los documentos recuperados hasta ahora?

—Los equipos técnicos están trabajando intensivamente, señor. Los rollos fotográficos del americano Olsen no han sido localizados. Los archivos de Pescador estaban protegidos con contraseñas múltiples, pero nuestros especialistas los descifraron esta madrugada. De la información que portaba la mujer pudimos recuperarla completamente, pues la había escondido en el huipil de una indígena que no comprendía qué transportaba. A la indígena la liberamos, pero mantenemos detenida a la periodista.

El general se volvió lentamente, estudiando a su subordinado con ojos que habían presenciado demasiadas traiciones.

—El presidente Valdez llamó esta madrugada. Está... inquieto por los resultados.

El capitán mantuvo su postura rígida, conociendo la traducción real: el presidente estaba furioso, y cuando eso ocurría en Los Pinos, cabezas rodaban inevitablemente.

—Redoblamos esfuerzos en todos los frentes, mi general. Concentramos la búsqueda de Orta en el corredor hacia Veracruz. En cuanto al americano Olsen...

—Libérenlo inmediatamente —interrumpió el general con gesto displicente—. Ya no posee los documentos, y retenerlo más tiempo solo provocará un incidente diplomático. Que lo escolten hasta la frontera con Guatemala y se aseguren de que cruce definitivamente. Quiero su pasaporte en la lista negra permanente del país.

—¿Y Pescador?

El general meditó brevemente, acariciándose el mentón con dedos que habían firmado demasiadas órdenes de desaparición.

—También libérenlo. Pero antes, asegúrense de que comprenda las... implicaciones de hablar públicamente sobre lo que sabe.

El capitán asintió con una media sonrisa que revelaba comprensión total del eufemismo militar.

—¿La mujer? ¿Cienfuegos?

El general volvió a contemplar el paisaje antes de responder, calculando opciones estratégicas.

—Manténganla aislada en condiciones decentes. Es nuestra mejor carta para atraer eventualmente a Orta hacia una trampa.

En la celda húmeda de un cuartel militar no identificado, Dorita Cienfuegos medía el espacio con pasos precisos: cinco metros en largo, tres en ancho. Ritual obsesivo que repetía cada hora para mantener la cordura y la noción del tiempo. Tres días completos de interrogatorios, preguntas repetidas hasta la náusea, amenazas veladas y promesas falsas.

No la habían maltratado físicamente, pequeña victoria que atribuía a su visibilidad como periodista reconocida. Su desaparición provocaría demasiadas preguntas incómodas en círculos de prensa nacionales e internacionales. Aun así, el aislamiento, la incertidumbre y la privación del sueño constituían formas de tortura igualmente efectivas.

La puerta metálica se abrió con su chirrido oxidado habitual. Un soldado joven depositó una bandeja con alimentos y se retiró sin dirigirle la mirada.

Dorita contempló la comida con desconfianza automática: frijoles refritos, arroz blanco, una tortilla fría. Decidió comer aún sin apetito, repasaba mentalmente los rostros vistos durante los interrogatorios, memorizando rasgos, uniformes, insignias. Si salía de allí, cada detalle se convertiría en parte de su testimonio.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez entró una mujer de civil que Dorita identificó inmediatamente como militar por su postura rígida.

—Señorita Cienfuegos, soy la teniente Vargas. Vengo a informarle que será trasladada dentro de una hora.

—¿A dónde exactamente? —preguntó Dorita, manteniendo la voz firme a pesar del temor que le provocaba aquella palabra: "trasladada", eufemismo clásico que había precedido a tantas desapariciones definitivas.

—A un centro de detención federal en la Ciudad de México. Prepárese, salimos en una hora exacta.

Cuando la militar se retiró, Dorita sintió el corazón acelerándose. El traslado podía significar cualquier cosa: juicio formal, desaparición en el camino, o simplemente cambio de estrategia. Fuera lo que fuese, representaba movimiento, y el movimiento siempre ofrecía nuevas posibilidades.

Recordó las fotografías enviadas con la cámara Instamatic antes de ser capturada. ¿Habrían llegado a su destino? ¿O los militares habrían interceptado la transmisión? No tenía forma de saberlo, y esa incertidumbre constituía otra forma refinada de tortura.

La hora pasó con la lentitud viscosa del tiempo en cautiverio. Cuando vinieron a buscarla —dos soldados y la teniente Vargas—, Dorita avanzó con la dignidad erguida de quien se sabe portador de una verdad incómoda.

La condujeron por pasillos de concreto hasta un patio donde esperaba un convoy militar: tres vehículos Ford, el del centro una camioneta blindada con el escudo de la Policía Federal. La subieron al vehículo central, donde aguardaban otros dos prisioneros.

El convoy partió bajo la luz mortecina del amanecer. A través de una pequeña ventanilla enrejada, Dorita observaba el paisaje que se transformaba: vegetación exuberante cediendo paso a terrenos más áridos, pequeñas poblaciones donde la vida transcurría ajena al drama político que ella vivía.

En un pueblo cuyo nombre no alcanzó a leer, el convoy se detuvo para repostar combustible. Los prisioneros permanecieron en el vehículo, custodiados por un soldado nervioso mientras los demás militares estiraban las piernas.

Fue entonces cuando lo notó: un movimiento en la periferia de su campo visual. Un grupo de mujeres indígenas avanzaba por la calle principal, con huipiles multicolores como banderas. Entre ellas, una figura familiar: Chicha.

Sus miradas se cruzaron por un instante fugaz pero intenso. Dorita mantuvo el rostro impasible para no delatar el reconocimiento. Chicha la había encontrado. Chicha la seguía. No estaba completamente sola.

El convoy reanudó la marcha poco después. Durante horas, atravesaron parajes cada vez más desolados. El joven maltratado dormitaba contra la ventanilla, mientras el campesino murmuraba oraciones en lo que parecía una mezcla de español y náhuatl.

Al caer la tarde, cuando la luz comenzaba a declinar sobre montañas distantes, sucedió. Un estruendo ensordecedor, el chirrido de metal contra metal, y el vehículo se detuvo violentamente, lanzándolos contra los asientos delanteros.

Gritos, órdenes militares, disparos. Dorita se encogió instintivamente, protegiendo su cabeza con las manos. El soldado que los custodiaba abrió la puerta trasera y saltó al exterior, arma en mano.

Durante un instante que pareció eterno, solo existió el caos: voces mezcladas, más disparos, el sonido de cuerpos cayendo sobre el asfalto.

Luego, un silencio súbito y total.

La puerta trasera se abrió nuevamente. Dorita esperaba ver uniformes oficiales, armas gubernamentales. En su lugar, apareció el rostro impasible de Chicha, acompañada por dos hombres con pasamontañas negros.

—Rápido —ordenó la joven tzotzil con autoridad sorprendente—. No tenemos mucho tiempo antes de que lleguen refuerzos.

Dorita no necesitó que se lo dijera dos veces. Con movimientos ágiles saltó del vehículo, seguida por los otros prisioneros que parecían tan sorprendidos como ella.

El escenario era apocalíptico: el primer vehículo volcado, el tercero con las llantas destruidas por ponchallantas. Cuerpos de soldados yacían sobre el asfalto, aunque Dorita notó con alivio que respiraban. Estaban solo heridos e inconscientes.

—¿Cómo lograron…? —comenzó a preguntar.

—Después —cortó Chicha, guiándola hacia un camino lateral donde aguardaban tres motocicletas Honda—. Tú, conmigo.

Dorita montó tras la joven indígena, aferrándose a su cintura mientras la motocicleta rugía, alejándose del lugar del ataque. Los otros prisioneros partieron en direcciones diferentes con los hombres enmascarados.

Avanzaron por caminos secundarios por horas, internándose en zonas boscosas donde árboles centenarios formaban bóvedas sobre sus cabezas, catedrales vivientes de un México ancestral que se negaba a morir bajo la modernidad.

Finalmente llegaron a una cabaña oculta entre la vegetación. Dentro, tres mujeres preparaban alimentos mientras un anciano tallaba pacientemente un trozo de madera de cedro, dándole forma de jaguar con herramientas artesanales.

—Estás a salvo —dijo Chicha cuando estuvieron solas en una habitación minúscula pero impecable—. Por ahora.

—Los documentos originales… —comenzó Dorita.

Chicha negó con la cabeza, expresión sombría.

—Los soldados los encontraron. Escondidos en mi huipil. Pero no sabían de las fotografías en la cámara. Esas están completamente a salvo.

Dorita sintió alivio inmenso mezclado con culpa por el sufrimiento de la joven.

—¿Quiénes son ustedes exactamente? ¿Cómo me encontraron?

Chicha sonrió, una sonrisa extraña en un rostro que parecía olvidar ese gesto.

—Somos los invisibles. Estamos en todas partes. Vemos todo lo que ocurre.

Le entregó ropa limpia, un radiotransmisor y una pequeña bolsa con dinero.

—Mañana partirás hacia la capital. Sola. Es más seguro así para todos. Manuel Orta sigue su camino por otras rutas. Tú debes seguir el tuyo sin demora.

—¿Pero cómo supiste dónde...?

—Redes, periodista. Como las que tejen las arañas en el bosque. Invisibles a simple vista pero increíblemente fuertes. Tu lucha es nuestra lucha ahora. Tu verdad es nuestra verdad histórica. Estamos unidos en esto hasta las últimas consecuencias.

Dorita asintió, comprendiendo súbitamente la magnitud de lo que sucedía: no era solo una batalla por documentos incriminatorios, era parte de una resistencia mucho más antigua y profunda. Una lucha que había comenzado con la llegada del primer conquistador español y que continuaba quinientos años después, adaptándose, evolucionando, pero nunca rindiéndose completamente.

Aquella noche, mientras yacía en un camastro improvisado escuchando los sonidos nocturnos de la selva, Dorita pensó en Manuel, en Jack, en Pescador. ¿Habrían tenido la misma suerte que ella? ¿O estarían en manos del enemigo?

Con estos pensamientos arrullándola como un canto fúnebre, se sumió en un sueño intranquilo donde los rostros de sus compañeros se mezclaban con figuras prehistóricas que emergían de la tierra mexicana como guardianes eternos de una verdad que se negaba a permanecer enterrada para siempre.

CAPÍTULO 17

Los hilos de la traición

Jack Olsen respiraba el aire húmedo de la frontera guatemalteca con una mezcla de alivio y frustración el 11 de febrero de 1994. Detrás de él, dos agentes de la Policía Federal mexicana lo observaban en silencio, asegurándose de que cruzara definitivamente al país vecino sin posibilidad de regreso.

—Su pasaporte, señor —solicitó un oficial guatemalteco, examinando sus documentos con la minuciosidad característica de las fronteras centroamericanas.

Jack asintió, consciente de la ironía: expulsado de México por buscar una verdad que el gobierno quería ocultar, pero liberado porque no podían

retenerlo sin provocar un incidente diplomático. Pequeñas victorias en una guerra más grande.

—¿Motivo de su visita a Guatemala?

—Turismo arqueológico —respondió Jack con la misma mentira utilizada en México.

El oficial guatemalteco selló su pasaporte estadounidense y se lo devolvió con gesto indiferente. Jack cruzó la línea imaginaria que separaba ambos países, consciente de que dejaba atrás una historia inconclusa. Los rollos ocultos en el aeropuerto de Tuxtla permanecerían allí, testimonio mudo de su paso por México, hasta que alguien —¿Manuel? ¿Dorita? ¿Pescador?— pudiera recuperarlos eventualmente.

Ya en territorio guatemalteco, miró hacia atrás una última vez. Los agentes mexicanos seguían vigilantes. Uno le hizo un gesto de despedida que podía ser amenaza o saludo. Jack correspondió con movimiento similar, consciente de que en la ambigüedad de aquel intercambio residía la esencia misma de México: un país de contradicciones abismales, luces y sombras entrelazadas en un baile eterno.

Se dirigió hacia la estación de autobuses, donde tomaría transporte hacia Ciudad de Guatemala. Desde allí, un vuelo comercial de TACA lo llevaría de regreso a Estados Unidos, donde escribiría la historia de lo vivido. No tendría los documentos originales, pero poseía algo igualmente valioso: la verdad testimonial.

Mientras esperaba el autobús destartalado, contempló las montañas que separaban ambos países, fronteras políticas artificiales sobre una geografía que se negaba a reconocer límites. Pensó en Manuel, en su determinación, en Dorita, con su pasión por la justicia; en Pescador, con su pragmatismo. Tres mexicanos, tres periodistas, tres guerreros en una batalla que se libraba con palabras en lugar de balas.

Jack los había conocido apenas unos días, pero habían cambiado irreversiblemente su percepción del mundo. Habían hecho visible lo invisible, dado voz a lo sistemáticamente silenciado.

El autobús llegó en una nube de polvo y Diesel quemado. Jack subió con su escaso equipaje, encontró asiento junto a la ventanilla y observó cómo el paisaje comenzaba a desfilar lentamente. México quedaba atrás, pero la historia que había comenzado allí continuaría inexorablemente.

En un restaurante de carretera en las afueras de Coatzacoalcos, Pescador devoraba huevos con chorizo mientras repasaba mentalmente los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas. Su liberación

había sido tan inesperada como su captura: una puerta que se abre, una orden seca de "Lárguese inmediatamente", y de pronto se había encontrado en medio de ninguna parte con cincuenta pesos en el bolsillo y su computadora confiscada.

Un militar le había dejado muy claro el mensaje: "Considérese afortunado. Otros no lo han sido tanto. Recuerde: tenemos sus datos y sabemos dónde vive su familia".

La amenaza, formulada con la casualidad de quien comenta el clima, había sido extremadamente efectiva. Pescador sabía que su misión había terminado. Los documentos estaban perdidos, su parte de la verdad capturada. Ahora solo quedaba salvar su pellejo y esperar que los otros hubieran tenido mejor suerte.

Afuera, la carretera Panamericana se extendía como una cicatriz sobre el paisaje tropical. Camiones de carga, autobuses repletos, automóviles particulares: la arteria principal de un país siempre en movimiento, siempre en lucha consigo mismo.

Una voz interrumpió sus reflexiones melancólicas.

—¿Puedo acompañarlo?

Pescador alzó la mirada. Frente a él se encontraba una mujer de mediana edad con rasgos indígenas pronunciados y mirada penetrante.

—¿Nos conocemos? —preguntó con cautela automática.

La mujer sonrió levemente y se sentó sin esperar invitación.

—No directamente. Pero tenemos amigos comunes. Manuel Orta, por ejemplo.

Pescador mantuvo el rostro impasible, aunque su mente trabajaba evaluando amenazas, rutas de escape, posibles trampas.

—No sé de quién me habla.

La mujer extrajo de su bolso un papel doblado y lo deslizó sobre la mesa de formica. Pescador lo abrió con precaución. Contenía una frase escrita con la caligrafía inconfundible de Manuel: "La verdad encontrará su camino".

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, guardando el papel en su camisa.

—Ayudarlo a salir del país. Tengo un vehículo. Lo llevaré a Cancún. Desde allí puede tomar vuelo a Cuba, luego a Europa. Es la ruta más segura disponible.

—¿Por qué haría eso por mí?

La mujer se encogió de hombros con dignidad.

—Porque la lucha es una sola. Porque su palabra, fuera de México, puede lograr lo que aquí sistemáticamente silencian.

Pescador la estudió detenidamente. No parecía una trampa gubernamental. Y aunque lo fuera, ¿qué alternativa realista tenía? Sus documentos estaban perdidos, su identidad comprometida, su seguridad en riesgo constante.

—De acuerdo. ¿Cuándo partimos?

—Ahora mismo. Mi nombre, por cierto, es Soledad.

Mientras siguió a aquella desconocida hacia un futuro completamente incierto, Pescador pensó en lo apropiado del nombre: Soledad, como la condición existencial de quien se enfrenta al poder absoluto.

Manuel Orta conducía el carro por caminos cada vez más estrechos, adentrándose en regiones donde los mapas oficiales mostraban espacios en blanco. Se veía atrapado entre la vegetación como un animal acorralado.

Había recibido los mensajes codificados: Jack expulsado definitivamente a Guatemala; Pescador liberado pero bajo vigilancia; Dorita rescatada por fuerzas desconocidas. Tres caminos diferentes, tres desenlaces parciales en una historia que aún no concluía.

A su lado, sobre el asiento del copiloto, los documentos que había logrado conservar representaban simultáneamente su carga y su responsabilidad. En el horizonte, los primeros signos de civilización aparecían como luces vacilantes: Córdoba, ya en territorio veracruzano. Desde allí, la ruta hacia la capital se volvería más directa pero también infinitamente más peligrosa.

Manuel detuvo el vehículo junto a un arroyo para refrescarse y revisar su mapa de carreteras. Mientras lavaba su rostro en el agua cristalina, pensó en todos los que habían sacrificado su seguridad, su libertad e incluso sus vidas por esta causa: periodistas asesinados, activistas desaparecidos, testigos silenciados para siempre.

El sacrificio no podía ser en vano. La verdad debía prevalecer inexorablemente.

Un ruido entre la vegetación lo puso inmediatamente en alerta. Un hombre emergió lentamente entre la vegetación con las manos visibles para mostrar que no representaba amenaza. Su rostro, parcialmente iluminado por la luna creciente, mostraba facciones marcadas por la experiencia y el sufrimiento.

—Macario me envía. Soy Nicolás.

Macario, el líder guerrillero era un nombre que inspiraba confianza automática.

—¿Cómo me encontró?

Nicolás sonrió levemente.

—Estas son nuestras tierras. Cada árbol, cada piedra, cada arroyo tiene ojos que observan, oídos que escuchan.

Se acercó con naturalidad.

—Macario y su hijo están completamente a salvo, ocultos donde el gobierno jamás puede alcanzarlos. Me pidió que le entregara esto.

Extendió un pequeño paquete envuelto en tela de ixtle. Manuel lo abrió con cuidado. Contenía más documentos: fotografías de fosas clandestinas, testimonios escritos de sobrevivientes, coordenadas de lugares donde la tierra guardaba secretos que pedían ser revelados y una pistola 32.

—Esto completa su conjunto. Ahora tiene la historia completa y algo de defensa.

Manuel asintió, comprendiendo la magnitud trascendental de lo que sostenía.

—El camino hacia la capital está muy vigilado. Pero hay rutas que solo nosotros conocemos. Lo guiaré hasta Puebla. Desde allí son dos horas a su destino final.

Manuel observó al hombre, evaluando la propuesta. La confianza era un lujo escaso en tiempos de persecución, pero a veces, la intuición era lo único que quedaba.

—De acuerdo. Lo sigo.

Nicolás asintió con gravedad ceremonial.

—Un último mensaje de Macario: "La tierra recuerda". Lo comprenderá cuando llegue el momento preciso.

Mientras Manuel guardaba cuidadosamente los nuevos documentos junto a los que ya poseía, pensó en esas palabras enigmáticas. "La tierra recuerda". Como si el suelo mismo de México fuera testigo y memoria de siglos de injusticia.

Y él, nacido en los arrabales de la capital, se convertía en parte de esa memoria como un eslabón desde tiempos prehispánicos y que iría más allá de su existencia.

Con esta certeza casi mística, siguió a Nicolás hacia la oscuridad del bosque. Delante, la capital esperaba con sus luces mortecinas de falsa modernidad. Y más allá, un país entero aguardaba una verdad que cambiaría su rumbo para siempre.

Porque la tierra recordaba. Y ahora, finalmente, hablaría.

En una habitación del Hotel Colonial de Comitán, Pescador terminó de escribir su crónica. Había elegido esa ciudad por su proximidad con Guatemala, calculando que si la situación se complicaba, podría cruzar la frontera en horas.

El texto era explosivo: un relato detallado de su encuentro con Macario, la revelación de su identidad como Alberto Vega Narváez, las implicaciones del asesinato de Osvaldo Colina Andrade y todas las demás tropelías de Valdez y su gobierno.

Su radio de onda corta vibró con mensaje codificado de su editor en la Ciudad de México: "Situación comprometida. Evite regresar. Busque refugio seguro."

Pescador comprendió. Las autoridades habían descubierto su participación en los eventos de Chiapas. Su vida profesional, y posiblemente física, estaban en peligro.

Guardó sus notas en un sobre manila y se dirigió al consulado guatemalteco. Si no podía publicar la verdad desde México, la haría pública desde el exilio. La historia era demasiado importante para morir con él.

Mientras caminaba por las calles empedradas de Comitán, reflexionó sobre el poder corruptor. Valdez había comenzado como político idealista, pero el sistema lo había transformado en monstruo. Y hombres como Alberto pagaban el precio de haber despertado de la ilusión.

En la distancia, las sirenas de policía comenzaron a sonar. Pescador aceleró el paso. La cacería se intensificaba, pero la verdad ya había comenzado su camino imparable hacia la luz.

CAPÍTULO 18

Entre la selva y Los Pinos

La luna se ocultaba tras nubes espesas cuando Manuel y Nicolás alcanzaron las faldas de la Sierra de Zongolica en la madrugada del 12 de febrero. El sendero, apenas visible en la penumbra, serpenteaba entre barrancos profundos como cicatrices antiguas sobre la piel agrietada de México. No habían cruzado palabra en la última hora, comunicándose solo con gestos, conscientes de que en aquellas montañas hasta el viento podía llevar secretos a oídos equivocados.

Nicolás se detenía ocasionalmente, escuchando con la atención de un venado en territorio de jaguares, y luego continuaba con pasos seguros. Su conocimiento del terreno no provenía de mapas sino que era memoria transmitida de padres a hijos como tesoro más valioso que el oro.

—Descansaremos aquí —dijo finalmente, señalando una formación rocosa que ofrecía refugio natural—. Al amanecer llegaremos a Tequila.

Manuel asintió, demasiado exhausto para cuestionar. Se acomodó bajo la saliente de piedra, sintiendo cómo cada músculo protestaba tras horas de caminata. La mochila con los documentos nunca abandonaba su espalda, carga física y simbólica que se había vuelto extensión de su propio cuerpo.

—¿Puedo preguntarle algo, Nicolás?

El indígena se sentó con las piernas cruzadas, su silueta recortándose contra la oscuridad como figura tallada en obsidiana.

—Preguntar siempre es permitido. Responder es decisión personal.

—¿Por qué arriesga su vida ayudándome? Estos documentos... esta verdad... no es únicamente su lucha.

Nicolás guardó silencio midiendo el peso exacto de cada palabra antes de liberarla.

—Cuando era niño, mi abuelo me llevó al cerro del Tentzon. Me mostró una cueva donde nuestros antepasados dibujaron la historia del mundo antes de la llegada de los blancos. Me dijo: 'Mira bien, hijo. La piedra guarda memoria. Cuando todo cambie, cuando los ríos se sequen y los hombres olviden sus nombres verdaderos, la piedra seguirá contando'. —Pausa significativa—. Su verdad y la mía son como ríos diferentes que nacen de la misma montaña. Al final, llegan al mismo mar.

Manuel contempló a su guía, comprendiendo súbitamente la dimensión de aquella alianza improbable: él, periodista urbano educado en universidades extranjeras, y este hombre nacido entre maizales, unidos por la búsqueda de una justicia que trascendía clases, razas y generaciones.

—Duerma—aconsejó Nicolás— El camino que falta es más peligroso que lo andado

---

A muchos kilómetros de distancia, en los Altos de Chiapas, en un campamento improvisado en las entrañas de la selva lacandona, Macario observaba las llamas de una pequeña fogata junto con su hijo Jean Claude, mientras Simón vigilaba los alrededores con un rifle Mauser antiguo pero bien mantenido. Zamarripa permanecía con ellos. El campamento estaba en silencio casi absoluto.

El silbido característico de un tecolote alertó al grupo. Macario hizo un gesto y la fogata fue inmediatamente cubierta con tierra húmeda. En segundos, el campamento desapareció en la oscuridad como si nunca hubiera existido.

Chicha emergió de entre los árboles, acompañada por dos hombres que cargaban mochilas pesadas. Su rostro mostraba signos evidentes de agitación.

—¿Dorita? —preguntó Macario.

—A salvo, en camino a la capital por ruta antigua —respondió Chicha, aceptando el guaje de agua que le ofrecían—. Los militares tienen retenes en todos los caminos principales, pero los senderos viejos siguen libres.

Simón se acercó, depositando su rifle junto a un árbol.

—¿Y Manuel?

—Con Nicolás, tomando el paso de la sierra de Zongolica —respondió uno de los hombres—Si los espíritus de la montaña los protegen, mañana cruzan hacia Puebla.

Macario asintió, su rostro arrugado como corteza de ahuehuete reflejando preocupación y esperanza.

—Escuchen. Nuestro papel en esta lucha está llegando a su fase final. Los documentos deben alcanzar la capital. Una vez allí, nuestra red en la ciudad se encargará de distribuirlos a manos seguras.

Extrajo de su morral un mapa artesanal, dibujado sobre tela de maguey, y lo extendió sobre el suelo.

—Nos dividiremos en tres grupos. El primero, liderado por Chicha, se reunirá con nuestros hermanos de Oaxaca donde la carretera federal cruza nuestro territorio. El segundo, con Simón al frente, irá a este paso de montaña en la sierra de Zongolica para asegurar que Manuel llegue a su destino. El tercero, conmigo, establecerá contacto con nuestra gente en la sierra de aquí para permanecer ocultos liderando el movimiento... que no debe detenerse jamás. Jean Claude seguirá con nosotros.

Los rostros alrededor del mapa asintieron con la solemnidad de quienes comprenden que sus acciones trascenderán sus propias vidas.

—¿Y después? —preguntó una mujer mayor, cuyas manos encallecidas hablaban de décadas trabajando la tierra.

Macario la miró con sonrisa cansada pero esperanzada.

—Después, hermana, el cielo decidirá. Nosotros solo somos sus manos.

El general Acosta contemplaba el amanecer desde el helicóptero militar Bell UH-1 que sobrevolaba la Sierra de Zongolica. Abajo, el paisaje que para los indígenas era hogar y refugio, para él representaba solo un problema táctico: demasiada vegetación, demasiados escondites, demasiada resistencia.

A su lado, el capitán Rivera manipulaba mapas militares donde se mostraban posiciones estratégicas marcadas con precisión.

—Detectamos tres concentraciones sospechosas, mi general —informó —. Una aquí, en las cercanías de Tequila; otra en este barranco al noreste; y la tercera en esta zona boscosa, probablemente un campamento móvil.

El general estudió las posiciones con ojo experto, reconociendo patrones que un observador común no detectaría.

—Envíe dos unidades terrestres aquí y aquí —ordenó, señalando puntos específicos—. Que se acerquen con cautela; estos indios conocen cada piedra y pueden desaparecer como humo. El helicóptero reconocerá el tercer punto.

—¿Alguna novedad sobre Orta?

—Negativo, mi general. Perdimos su rastro cerca de Córdoba. Pero si toma rutas de montaña hacia Puebla, inevitablemente pasará por territorio controlado por aliados de Macario.

El general asintió, sabiendo que el tiempo jugaba en su contra. El presidente Valdez llamaba cada doce horas, cada vez más irritado.

—Quiero a Orta y quiero esos documentos. Si es necesario arrasar estas montañas, lo haremos sin dudar.

El capitán Rivera se permitió una expresión de duda.

—Con todo respeto, mi general, una operación de esa magnitud requeriría justificación pública. La prensa internacional...

—La prensa —interrumpió Acosta con desdén—. ¿Sabe cuál es el problema con ustedes, los jóvenes? Creen que esto es una guerra con reglas y testigos. Esto es México, capitán. Aquí las guerras verdaderas nunca salen en los periódicos.

El helicóptero viró hacia el este, donde el sol emergía como un presagio sangriento sobre las montañas eternas de un país herido pero nunca vencido.

Dorita Cienfuegos observaba el paisaje desde la ventanilla de un destartalado autobús de segunda clase que avanzaba hacia Orizaba. A su alrededor, campesinos, vendedoras de mercado y estudiantes completaban el mosaico humano que siempre había sido su México verdadero.

Su apariencia había cambiado radicalmente: cabello teñido de negro, ropa sencilla que la mimetizaba con cualquier maestra rural.

El autobús se detuvo en un retén militar. Dos soldados jóvenes subieron, examinando rostros y documentos con rutina mecánica. Dorita mantuvo

la mirada baja, concentrada en pelar una naranja con estudiada indiferencia. A su lado, una anciana indígena le sonrió con complicidad.

Los soldados pasaron de largo. Cuando el autobús reanudó su marcha, Dorita sintió el teléfono celular vibrar. Un mensaje codificado: "El pájaro vuela hacia el nido central. Caminos antiguos abiertos. Tormenta cerca."

Traducido: Manuel continuaba su ruta hacia la capital por senderos indígenas, pero el ejército intensificaba la búsqueda. Su papel ahora era secundario pero crucial: llegar a la capital por esta ruta alternativa, establecer contacto con los aliados urbanos, preparar el terreno para cuando Manuel llegara con los documentos completos.

El autobús atravesaba un valle donde la niebla se aferraba a las laderas como fantasmas reticentes. A lo lejos, una columna de humo ascendía desde un punto en la montaña. ¿Una señal? ¿Un incendio? ¿O el inicio de una operación militar?

Dorita volvió a mirar a la anciana a su lado, quien contemplaba el mismo humo con ojos que habían visto demasiado.

—Han comenzado —murmuró la mujer en voz baja—. La tierra despierta otra vez.

Dorita asintió, comprendiendo que aquella frase condensaba siglos de resistencia: la tierra mexicana despertando una y otra vez de su aparente sometimiento, rugiendo a través de sus hijos más auténticos, recordando que su verdadera historia nunca había sido escrita por los vencedores sino susurrada entre los vencidos que se negaban a aceptar la derrota.

Manuel y Nicolás avanzaban ahora a plena luz del día, aprovechando un sendero tan antiguo que no aparecía en ningún mapa oficial. A su alrededor, el bosque de pino y encino creaba una catedral natural donde la luz se filtraba en rayos diagonales, iluminando helechos y hongos que crecían en suelo negro y fértil.

—Estamos cerca —informó Nicolás, señalando hacia una formación rocosa—. Más allá está el pueblo de Tehuipango, y después, la ruta hacia Puebla. Es difícil para nosotros, pero también para los soldados.

Manuel percibió un cambio sutil en la actitud de su guía: mayor tensión en los hombros, miradas más frecuentes hacia los lados del camino.

—¿Qué sucede?

—Pájaros —respondió Nicolás, señalando hacia el cielo despejado—. No hay pájaros cantando.

Era cierto. El bosque había quedado sumido en un silencio antinatural, como si toda criatura viviente contuviera la respiración ante la presencia de un depredador.

Un sonido lejano pero inconfundible confirmó sus sospechas: el palpitar rítmico de un helicóptero militar.

—Nos han detectado posiblemente. Debemos separarnos.

—No —protestó Manuel—. Juntos tenemos más posibilidades.

Nicolás negó con firmeza.

—Conozco estos bosques desde niño. Puedo despistarlos, crear un rastro falso. Usted seguirá por este sendero hasta encontrar tres piedras apiladas. Allí, gire hacia el este hasta que vea un árbol partido por un rayo. Simón lo estará esperando.

Manuel comprendió que no era momento para discusiones.

—¿Cómo sabré que son gente de Simón?

Nicolás sonrió por primera vez.

—Ellos le preguntarán: "¿Qué busca el caminante?" Responderá: "La memoria de la piedra." Así sabrá que es seguro.

El sonido del helicóptero se intensificaba. Nicolás se alejó hacia el oeste, moviéndose con agilidad. Manuel ajustó su mochila y tomó la dirección indicada.

El bosque se hacía más denso a cada paso, como si la naturaleza misma conspirara para ocultarlo. Tras veinte minutos de caminata, encontró las tres piedras apiladas. Giró hacia el este, tal como le habían indicado, sabía que el helicóptero ya sobrevolaba una zona distante, atraído por el señuelo que Nicolás había creado.

Cuando vio el árbol partido por un rayo —un roble centenario cuyo tronco mostraba la herida negra de una descarga eléctrica—, una figura emergió de entre la maleza.

—¿Qué busca el caminante?

—La memoria de la piedra —respondió Manuel, sintiendo que aquellas palabras eran más que una contraseña: eran una declaración de principios.

El hombre asintió.

—Simón lo espera más adelante. Tenemos poco tiempo. Los militares han establecido un cerco alrededor de estas montañas.

Mientras avanzaban por un sendero estrecho, Manuel observó señales de actividad reciente: ramas quebradas para marcar rutas, pequeños montículos de piedras con significados que solo los iniciados podían descifrar.

—Macario... ¿cómo estableció esta red?

El hombre avanzaba con paso seguro, su cuerpo moviéndose en perfecta armonía con el entorno.

—No la estableció. Ya existía desde tiempos de la Revolución, y antes, desde la resistencia contra los españoles, y antes aún, desde que los primeros invasores llegaron. Macario despertó lo que siempre ha estado aquí, dormido pero vigilante. Como el fuego que parece morir bajo la ceniza pero que un soplo puede reavivar.

De pronto, el hombre se detuvo, levantando una mano en señal de alerta. A lo lejos, el inconfundible sonido de botas militares crujiendo sobre hojarasca.

Sin mediar palabra, el joven señaló un hueco entre dos rocas cubiertas de musgo. Manuel comprendió y entró en el espacio, que resultó ser la entrada a una pequeña cueva natural. Su guía lo siguió, cubriendo la entrada con ramas y vegetación.

En la oscuridad húmeda de aquel refugio, aguardaron mientras los pasos se acercaban. A través de pequeñas aberturas, Manuel pudo distinguir a cuatro soldados avanzando en formación, armas preparadas, uniformes de camuflaje que paradójicamente los hacían más visibles en aquel entorno.

Los militares pasaron a menos de tres metros de su escondite. Uno se detuvo brevemente, mirando alrededor como si intuyera presencias ocultas, pero finalmente continuó con sus compañeros.

Solo cuando el sonido se extinguió, el indígena retiró el camuflaje y ambos emergieron a la luz filtrada.

—Están peinando sistemáticamente el área. Debemos darnos prisa. Simón no esperará más de lo acordado.

Caminaron a ritmo intenso. Sabían que el tiempo jugaba en su contra. Manuel sentía los documentos en su mochila como un peso físico que aumentaba con cada paso: el peso de una verdad que podía cambiar el destino de un país entero.

Finalmente llegaron a un pequeño valle oculto entre dos elevaciones. En el centro, rodeada por árboles centenarios, una cabaña de troncos tan antigua que parecía haber brotado del suelo.

Frente a ella, Simón aguardaba con la paciencia mineral de quien ha aprendido que el tiempo de los hombres no es el tiempo de la tierra. Su cabello brillaba con el sol, y sus ojos reflejaban la sabiduría dolorosa de quien ha visto demasiado pero no ha perdido la capacidad de creer.

—Manuel... volvemos a encontrarnos —dijo, extendiendo una mano encallecida—. La tierra ha escuchado su paso y lo ha encontrado digno.

Manuel estrechó aquella mano, sintiendo que tocaba no solo a un hombre sino a una historia viva, a un símbolo de resistencia que trascendía individuos.

—Los documentos están a salvo —confirmó, palmeando su mochila—. Pero el cerco se estrecha peligrosamente.

Simón asintió, como si ya conociera cada palabra antes de ser pronunciada.

—Venga. Tenemos poco tiempo antes de la última etapa de su viaje. Y hay algo que debe saber antes de continuar, algo que ni sus compañeros periodistas conocen.

Mientras seguía a aquel guerrillero hacia el interior de la cabaña, Manuel percibió que estaba a punto de cruzar un umbral más significativo que cualquier frontera física. Lo que aguardaba dentro no eran solo paredes de madera y un techo rústico, sino el corazón mismo de una verdad más antigua y profunda que los documentos que cargaba: la verdad de un pueblo que, como la milpa después de la quema, siempre encontraba forma de renacer desde las cenizas de su destrucción.

En los Altos de Chiapas, Macario y su hijo Jean Claude habían encontrado refugio seguro oculto de los militares, pero mantenían contacto por radios de onda corta con su red de compañeros del ELN. La lucha continuaba y el líder estaba a salvo.

CAPÍTULO 19

El mártir fabricado

La cabaña olía a humo de leña y hierbas secas. Manuel siguió a Simón, quien encendió un quinqué que iluminó el espacio austero: una mesa de madera tallada, tres bancos desgastados, mantas tejidas en patrones ancestrales y, sobre un altar improvisado, fotografías amarillentas junto a velas de cebo.

—Siéntese —dijo Simón— El camino se vuelve más peligroso, pero más directo.

Extrajo de un morral de ixtle un mapa dibujado sobre piel curtida, extendiéndolo sobre la mesa con reverencia de quien maneja un texto sagrado.

—Esta ruta fue utilizada por los totonacos para comerciar con los mexicas, luego por insurgentes que huían de realistas, después por revolucionarios perseguidos por federales. Hoy, será su camino hacia la capital.

Manuel estudió el mapa, memorizando cada detalle. No confiaba en llevarlo consigo; cualquier evidencia podía comprometer la red de resistencia.

—¿Qué debo saber?

El guerrillero lo miró largamente, evaluando si estaba preparado.

—Los documentos que lleva son apenas la superficie. La verdad completa es más sangrienta. El presidente Valdez no es el primero en cometer estos crímenes. Heredó una tradición de muerte. Y nosotros una tradición de resistencia.

Se levantó con dificultad por su pierna herida y retiró una manta de la pared, revelando un hueco del cual extrajo una caja de metal oxidado.

—Macario quiere que lleve esto también. Las pruebas que vinculan a Sevilla Zertuche con los asesinatos de El Charco. Y algo más: la evidencia de que Valdez ordenó las masacres y participó personalmente en ellas cuando era gobernador.

Manuel abrió la caja. Contenía fotografías, documentos con sellos oficiales y una pequeña libreta con letra precisa.

—El diario de Luis Alcázar —explicó Simón— amigo íntimo de Alberto Vega y compañero ocasional de Martha Miranda, la madre de Jean Claude. Era muy cercano a Valdez cuando este era secretario de Gobernación. Lo que escribió allí puede derribar no solo un gobierno, sino todo un sistema construido sobre mentiras.

En su refugio selvático, Macario contemplaba las llamas de una pequeña fogata mientras Jean Claude dormitaba en un catre improvisado. El fuego proyectaba sombras danzantes, evocando memorias que creía sepultadas bajo años de lucha.

"Laura", murmuró para sí mismo, como quien pronuncia una oración.

Cerró los ojos y la vio tal como era años atrás: cabello rubio cayendo como cascada, ojos claros que reflejaban determinación. La había conocido cuando Luis Alcázar y él tuvieron el accidente automovilístico en un viaje a Cuernavaca. Recordó cómo ella se enamoró de él y cómo don Pedro Valdez tejió una urdimbre de mentiras para que se casara con ella, separándolo de su verdadero amor por Martha.

Había amado a Laura, pero el amor enfermizo de ella destruyó gradualmente ese sentimiento, y recordó su muerte en aquel hospital psiquiátrico... sola.

Recordó su fastuosa boda y cómo su madre y hermana murieron en un accidente al regresar a su tierra natal. Revivió su única noche de amor con Martha cuando concibieron a Jean Claude. La noche más feliz. Los

sueños compartidos con Luis Alcázar y con su fiel asistente Mirta... ahora llamada Gloria y compañera de armas.

La muerte de Laura lo cimbró profundamente, haciéndolo replantear su papel en el gobierno. Recordó cómo le propuso Valdez introducirse como agente encubierto en las guerrillas, supuestamente para instigar una falsa revolución, y cómo ya estando inmerso en ella, la luz de su verdad se instaló definitivamente en su mente y corazón, adoptando la causa de los desamparados como la suya propia.

El crepitar de la leña lo devolvió al presente. Jean Claude se removió en su catre, murmurando en sueños. Tan parecido a Martha, con esa misma determinación brillando en sus ojos, ese mismo sentido innato de justicia.

Martha había sido siempre el amor verdadero de su vida, y cuando estaba en Inglaterra con Jean Claude quiso buscarlo para entregarle documentos comprometedores que Luis Alcázar le había encargado cuidar, de los tiempos en que apareció como el supuesto padre de Jean Claude para proteger su imagen como Alberto Vega Narváez... ahora Macario, líder revolucionario.

Recordó la aventura del Club Buganvilias, cuando salvó por accidente la vida de Pedro Valdez al evitar que enviados del verdadero Macario acabaran con su vida. Evocó a Macario...aquel rebelde que se llamaba Julio Muñoz en la realidad, y del cual él tomó posteriormente su nombre de guerra.

Desde entonces Pedro Valdez les ofreció a Luis Alcázar y a él posiciones en su equipo cercano. Recordó su etapa de funcionario de gobierno y la mentira cotidiana: no podía traicionar sus principios, no pudo seguir sirviendo al hombre que representaba todo lo que combatía.

Pero le ilusionaba ver que tenía un hijo con Martha. Se sintió enorme cuando un joven de ojos familiares apareció en su campamento guerrillero. Era Jean Claude Miranda. Él fue quien le entregó el paquete con documentos explosivos que le enviaba su madre como legado póstumo de Luis Alcázar.

Macario observó a su hijo pensando en los extraños caminos del destino que habían unido finalmente su sangre con la de Martha, aunque muy tarde para ella. En silencio dijo para sus adentros: "Te lo prometo, Martha". "La verdad que Luis documentó... esa verdad verá la luz."

En el Palacio Nacional, el presidente Valdez contemplaba la Ciudad de México desde el balcón de su despacho. Las luces urbanas competían con un amanecer que se insinuaba tímidamente, creando una atmósfera ambigua, perfecta metáfora del momento político.

—El operativo en Chiapas continúa, Pedro —informó Sevilla Zertuche—. El general Acosta reporta avances significativos en la captura de los cabecillas.

Valdez asintió distraídamente. A sus sesenta y cinco años, el poder ya no le producía la euforia de antaño, sino una satisfacción casi melancólica.

—¿Y los documentos?

Sevilla Zertuche carraspeó, incómodo.

—Aún no han sido recuperados en su totalidad. La periodista Cienfuegos fue interceptada con parte del material, pero los archivos más comprometedores... siguen en circulación.

El presidente se volvió lentamente. Su rostro permaneció impasible, pero sus ojos reflejaron un destello de ira fría.

—Inaceptable. No podemos permitirnos filtración alguna, no en este momento.

"No en este momento" significaba mucho más que preocupación temporal. Significaba no cuando el proyecto del Maximato comenzaba a tomar forma, no cuando las reformas constitucionales estaban casi listas, no cuando los acuerdos internacionales que garantizarían su permanencia indirecta en el poder por los próximos dieciocho años estaban a punto de concretarse.

—El periodista Orta parece ser la clave. Si lo capturamos, recuperamos el material y cerramos definitivamente este capítulo.

Valdez caminó hacia su escritorio, donde una fotografía enmarcada mostraba su toma de posesión años atrás. Todo coreografiado y perfecto. Nadie entre aquella multitud podía imaginar el precio en sangre que había pagado para llegar allí.

El Charco. Agua Fría. Acteal II. Nombres de masacres que nunca aparecieron en los periódicos, operativos "de contención" que había supervisado personalmente cuando era gobernador, primero, y secretario de Gobernación, después.

—¿Recuerdas El Charco, Sevilla?

El asesor se tensó visiblemente. No esperaba que Valdez mencionara ese episodio.

—Fue necesario, Pedro. La estabilidad del estado estaba en juego.

Valdez sonrió con amargura.

—"Fue necesario". El epitafio perfecto para todas nuestras acciones, ¿no crees? Niños, mujeres, ancianos. Todos "necesarios" para la estabilidad.

El presidente pareció recuperar su compostura habitual.

—Quiero que se amplíe el cerco. Si Orta intenta llegar a la capital, debe ser interceptado antes. Usa todos los recursos disponibles…hasta el Grupo Omega.

La mención del Grupo Omega, unidad paramilitar cuya existencia era negada oficialmente, evidenciaba la gravedad de la situación.

—¿Y si logra llegar? ¿Si los documentos son filtrados?

—Tenemos contingencias para eso también. Nadie es irremplazable, Pepe... Ni siquiera yo.

Cuando Sevilla Zertuche abandonó el despacho, Valdez permaneció inmóvil, contemplando su reflejo en el cristal de la ventana. ¿Qué veía? ¿Al joven idealista que alguna vez fue? ¿Al operador político despiadado en que se convirtió? ¿O simplemente a un hombre viejo atrapado en la telaraña que él mismo había tejido?

El Maximato. La idea le había obsesionado desde que descubrió cómo Plutarco Elías Calles había gobernado México desde las sombras, manipulando presidentes títeres durante el período conocido como el Maximato. Un modelo perfecto para quien quería el poder sin los inconvenientes de la visibilidad perpetua.

El presidente se sirvió un escocés a pesar de la hora temprana. Mientras el líquido ámbar quemaba su garganta, pensó en los extraños caprichos del destino: había ordenado decenas de asesinatos, había firmado decretos que condenaron a comunidades enteras, y sin embargo, el único acto de violencia que le producía ocasionales pesadillas era uno que nunca llegó a concretar.

Luis Alcázar, un hombre tan cercano que llegó a conocer demasiados secretos. Cuando descubrió su traición al sustraer materiales secretos, su primera reacción fue ordenar su eliminación. Pero ya se había ido con Alberto a Chiapas. Una decisión que ahora comprendía había sido un error, considerando que su diario personal estaba entre los documentos que ahora Orta transportaba hacia la capital.

Una cosa era clara: no podía permitir que esas páginas vieran la luz. No solo por lo que revelarían sobre El Charco o Agua Fría, sino por el secreto más personal que contenían…su plan para sacudir al país y alcanzar el maximato anhelado.

Jean Claude. El hijo que Martha había concebido con... ¿quién? Sus sospechas apuntaban hacia Alberto Vega Narváez, quien ahora sospechaba firmemente que era el mismísimo Macario, el guerrillero que ponía en jaque al gobierno.

Si ese hombre era quien Valdez sospechaba, y si Jean Claude era su hijo, y si ahora existía una alianza con Orta... La cadena de implicaciones resultaba demasiado amenazadora…mortalmente amenazadora.

El teléfono seguro sobre su escritorio sonó. Era el general Acosta.

—Señor presidente, tenemos una actualización sobre el operativo.

—Te escucho, general.

—Hemos establecido tres perímetros de contención entre Puebla y la capital. Si Orta intenta llegar, será interceptado.

—¿Y Macario?

Una pausa breve pero significativa.

—Sin novedades, señor. Parece que la selva lo ha tragado nuevamente. Pero hemos confirmado la identidad de un joven... Jean Claude Miranda. Está definitivamente con él.

El presidente cerró los ojos ante la confirmación de sus temores.

—Encuéntralos. A todos ellos. Utiliza cualquier recurso disponible. Me responderás personalmente por el resultado.

Al colgar, Valdez sintió el peso de la historia sobre sus hombros, no la historia oficial de discursos y monumentos, sino la verdadera, la que se escribía con sangre y se preservaba en susurros. La historia que ahora amenazaba con emerger como un cadáver mal enterrado que las lluvias torrenciales descubren.

Afuera, la Ciudad de México amanecía por completo, indiferente a las conspiraciones que se tejían en su centro neurálgico, ajena a la batalla silenciosa que determinaría no solo el destino de un gobierno sino la narrativa misma de un país perpetuamente atrapado entre su pasado mítico y su futuro incierto.

CAPÍTULO 20

La bitácora de Manuel Orta

Manuel Orta avanzaba por el sendero indicado en el mapa memorizado, consciente de cada sonido a su alrededor, de cada variación en la densidad del bosque el 13 de febrero de 1994. La mochila con los documentos —ahora incrementada con el peso del diario de Luis Alcázar — se había convertido en extensión de su cuerpo, un órgano vital adicional que debía proteger a toda costa.

Tras descender por una cañada donde el musgo cubría piedras resbaladizas, alcanzó finalmente el punto señalado por Simón: una bifurcación del camino marcada por un árbol cuyas raíces emergían de la tierra formando lo que parecía una mano extendida.

Allí, tal como le habían indicado, encontró un automóvil viejo pero bien mantenido, un Volkswagen Sedán similar al que había abandonado días

atrás. Las llaves estaban ocultas exactamente donde Simón había descrito: en una pequeña cavidad natural formada en el tronco del árbol.

No había nadie alrededor, pero Manuel sentía la presencia invisible de la red que lo protegía, ojos anónimos que vigilaban su avance, manos dispuestas a intervenir si fuera necesario. La soledad era una ilusión; estaba solo pero no abandonado.

Puso en marcha el vehículo y comenzó el descenso hacia Puebla por caminos secundarios. A diferencia de la ruta por la selva o la sierra, ahora transitaba por zonas donde la civilización se manifestaba gradualmente: pequeños poblados, campos cultivados, carreteras pavimentadas donde otros vehículos aparecían con frecuencia creciente.

Cada kilómetro recorrido era una victoria significativa. Cada retén evitado un triunfo táctico en una guerra estratégica mayor.

A media tarde, con Puebla ya visible en el horizonte, Manuel sintonizó la radio local, buscando noticias que pudieran afectar su ruta. El locutor hablaba sobre bloqueos carreteros "por obras de mantenimiento" en todas las vías principales hacia la Ciudad de México. Sonrió amargamente. "Obras de mantenimiento". El eufemismo perfecto para un operativo militar diseñado específicamente para capturarlo.

Siguiendo las indicaciones de Simón, Manuel bordeó Puebla por el norte, tomando caminos rurales que serpenteaban entre campos de maíz y antiguas haciendas pulqueras. El paisaje aquí era radicalmente distinto al de Chiapas: los volcanes dominando el horizonte, la tierra más árida, los colores más sobrios.

Al atardecer, cuando las siluetas del Popo y el Izta se recortaban contra un cielo teñido de naranja y púrpura, Manuel alcanzó una pequeña comunidad que no aparecía en los mapas oficiales. Casas dispersas de adobe y lámina, niños jugando en un terreno polvoriento, ancianos sentados en banquetas improvisadas observando la vida transcurrir con la sabiduría de quien ha visto demasiado.

Se detuvo frente a una casa algo más grande que las demás, identificable por un pequeño huerto lateral donde crecían nopales y magueyes. Tal como le habían instruido, tocó la puerta con tres golpes pausados.

Abrió una mujer de edad indefinible, rostro marcado por el sol y el trabajo, ojos que habían aprendido a esconder emociones como mecanismo de supervivencia.

—¿Qué busca el caminante? —preguntó en voz baja pero firme.

—La memoria de la piedra —respondió Manuel, sintiendo nuevamente que aquellas palabras eran más que una contraseña: eran una declaración de pertenencia a algo mayor que él mismo.

La mujer se apartó para dejarlo entrar, cerrando inmediatamente la puerta tras él.

El interior era sobrio pero limpio: piso de tierra apisonada, paredes encaladas con imágenes religiosas mezcladas con retratos familiares, una mesa de madera rodeada por bancos sencillos, un fogón donde hervía una olla desprendiendo aromas de chile y epazote.

—Soy Remedios —se presentó la mujer—. Mi esposo Heriberto llegará al anochecer. Él lo guiará en la última etapa.

Manuel asintió, agradecido por la hospitalidad silenciosa de aquella desconocida que arriesgaba su seguridad para ayudarlo. Mientras ella le servía un plato de sopa humeante, pensó en la extraordinaria red de resistencia que había descubierto: personas comunes —campesinos, maestras, comerciantes— que vivían vidas normales pero que formaban parte de una estructura invisible de solidaridad y lucha.

—¿Desde cuándo...? —comenzó a preguntar, dejando la frase inconclusa pero perfectamente comprensible.

Remedios sonrió levemente mientras se sentaba frente a él.

—Mi abuelo ayudó a los zapatistas —respondió con sencillez—. Mi padre, a los jaramillistas. Yo conocí a Macario cuando vino a organizar comunidades, hace veinte años. —Pausa significativa—. En esta tierra, la resistencia se hereda como se heredan las milpas y los rebozos. No conocemos otra forma de vivir... ahora Macario es otro, pero en realidad es el mismo…llámese como se llame.

Manuel asintió, comprendiendo súbitamente la dimensión histórica de su misión. No era solo un periodista llevando documentos comprometedores; era un eslabón en una cadena que se extendía hacia el pasado y hacia el futuro, parte de un movimiento que trascendía individuos y generaciones.

Mientras la noche caía sobre aquel pueblo sin nombre, mientras en Palacio Nacional el presidente Valdez contemplaba su imperio en construcción, y mientras en la selva chiapaneca el actual Macario instruía a Jean Claude sobre los próximos pasos de su lucha, Manuel Orta sentía que, por primera vez desde que inició su viaje, el peso de los documentos en su mochila ya no era una carga sino un privilegio.

La Ciudad de México amaneció el 14 de febrero envuelta en una bruma espesa, mezcla de contaminación y niebla que se adhería a los edificios como un sudario grisáceo. Manuel Orta veía el paisaje urbano desde la ventana de un destartalado hotel en la colonia Guerrero, zona donde las glorias pasadas del Porfiriato se desmoronaban lentamente bajo capas de grafitis y anuncios luminosos baratos.

Había llegado al amanecer, después de un viaje nocturno guiado por Heriberto, quien lo condujo por caminos que no aparecían en ningún mapa. Caminos que existían solo en la memoria colectiva de quienes, generación tras generación, habían aprendido a moverse en los márgenes del poder.

—Los retenes militares están concentrados en las entradas principales —le había explicado Heriberto mientras atravesaban sembradíos bajo la luz plateada de la luna—. Nadie vigila los antiguos caminos de arrieros porque los generales de escritorio no saben que existen. Lo que no está en sus mapas, para ellos no existe.

Ahora, solo en aquella habitación anónima, Manuel repasaba mentalmente el siguiente paso. Los documentos a salvo en su mochila, incluyendo el explosivo diario de Luis Alcázar. Su contacto en México Joaquín Cervantes, era un reconocido activista de derechos humanos que había sobrevivido a tres "accidentes”. Un hombre que había aprendido a vivir con la muerte como compañera diaria.

El radiotransmisor que Heriberto le había entregado sonó sobre la mesita desvencijada. Un mensaje codificado: "El pájaro carpintero espera en el nido viejo."

Manuel sonrió levemente. Cervantes lo esperaba en la antigua casona que servía como sede no oficial de su organización. Una construcción centenaria en la colonia Roma que había sido, irónicamente, residencia de un general porfirista antes de convertirse en bastión de la defensa de los derechos que aquel régimen había pisoteado sistemáticamente.

Guardó los documentos en una mochila escolar común. Se puso una gorra, anteojos sin graduación y una chamarra deportiva gastada. El periodista cuya fotografía circulaba en los controles militares no se parecía en nada al joven estudiante que salió del hotel y se mezcló con la multitud en la estación del metro Guerrero.

En la selva lacandona, Macario observaba el amanecer junto con Jean Claude desde un punto elevado que le permitía contemplar el vasto mar verde que se extendía hasta el horizonte. A su lado, Zamarripa estudiaba un mapa donde pequeños puntos rojos señalaban posiciones militares.

—Se están moviendo hacia el norte —comentó el ex aspirante a sacerdote, señalando un patrón en la disposición de las marcas—. Toda su atención está en los caminos hacia la capital. Han descuidado el sur y el oeste.

Macario asintió, reconociendo en la estrategia militar el mismo error que tantos otros invasores habían cometido durante siglos: concentrarse en

controlar rutas principales ignorando los caminos que serpentean entre montañas y selvas.

—Es el momento de reagrupar —dictaminó con la seguridad de quien ha vivido suficientes batallas—. Contactemos a los comandantes regionales. Acosta ha mostrado su flanco débil.

Zamarripa guardó el mapa en su morral, donde llevaba también una radio de onda corta que le permitía comunicarse con células del ELN dispersas por el territorio.

—¿Y Manuel? —preguntó, la preocupación evidente en su voz.

—Manuel ya está por cumplir —respondió Macario—. Ahora está en manos de la red urbana. Nuestra tarea es asegurar que, pase lo que pase con esos documentos, la lucha continúe.

En su rostro se dibujó brevemente una expresión que tanto Zamarripa como Jean Claude interpretaron como nostalgia. Por un instante fugaz, Jean Claude vislumbró no al famoso guerrillero Macario, sino a Alberto Vega Narváez, su padre... el hombre que había sido antes de convertirse en símbolo.

—Luis Alcázar siempre me dijo —continuó Macario, sorprendiendo a su hijo con la mención de quien llamaba “tío”— que la revolución no está en los papeles sino en la conciencia de la gente— Los documentos que lleva Manuel son importantes, pero son solo semillas. Depende de nosotros preparar la tierra donde germinarán.

Con un gesto que combinaba decisión militar y ternura paternal, colocó su mano sobre el hombro de Jean Claude.

—Vamos. Tenemos un ejército que reorganizar mientras los soldados de Acosta persiguen fantasmas en carreteras vacías.

El general Acosta recorría la sala de operaciones instalada en un antiguo edificio gubernamental en las afueras de la Ciudad de México. Mapas militares mostraban la ubicación de cada unidad militar, cada retén, cada patrulla asignada a la operación "Rescate Documental", nombre en clave que ocultaba la verdadera naturaleza de la cacería humana en curso.

—Sin novedades, mi general —informó el capitán Rivera, visiblemente nervioso—. Todos los puntos de control reportan actividad normal. Ningún avistamiento que coincida con la descripción de Orta.

Acosta contuvo la explosión de ira que sentía formarse en su interior. Había destinado más de mil efectivos a esta operación, desplegando recursos de vigilancia que costaban millones, estableciendo una red de

control tan estrecha que, en teoría, ni siquiera un conejo podría deslizarse hacia la capital sin ser detectado.

Y sin embargo, Orta seguía libre. Los documentos, intactos. Y el presidente Valdez, cada vez más impaciente.

Como si sus pensamientos hubieran conjurado al fantasma, su teléfono seguro vibró con la señal reservada para comunicaciones presidenciales directas.

—General —la voz de Valdez sonaba contenida, pero Acosta detectó inmediatamente el filo amenazante bajo la aparente calma—, estoy viendo los informes en tiempo real. Explíqueme por qué, con todos los recursos a su disposición, un simple periodista sigue burlando a todo el ejército mexicano.

Acosta respiró profundamente antes de responder. Sabía que se encontraba en terreno peligroso. En el México de Valdez, el fracaso no era una opción, y quienes fallaban solían desaparecer de escena.

—Señor presidente, hemos establecido tres perímetros concéntricos alrededor de la capital. Si Orta intenta entrar, será interceptado. Pero debemos considerar que tal vez cuenta con apoyo de redes clandestinas establecidas por los rebeldes.

—No me interesan las excusas, general —cortó Valdez—. Me interesan resultados. Si para mañana Orta no ha sido capturado y los documentos recuperados, consideraré seriamente un cambio en el liderazgo de esta operación.

La amenaza quedó flotando en el aire como gas venenoso. Acosta, veterano de demasiadas batallas políticas y militares, sabía exactamente lo que significaba. No solo perdería su cargo; probablemente se uniría a la larga lista de chivos expiatorios que el régimen sacrificaba periódicamente.

La llamada terminó sin las formalidades habituales. Acosta permaneció inmóvil por un momento, contemplando su reflejo distorsionado en la pantalla negra del teléfono. Lo que vio no fue al poderoso general condecorado, sino al joven teniente que, décadas atrás, había presenciado su primera ejecución extrajudicial bajo órdenes directas del entonces gobernador Valdez.

Un recuerdo específico emergió con claridad devastadora: Colina Andrade. El candidato presidencial que había sido asesinado de dos balazos en la cabeza por un "sicario solitario". Circunstancias que Acosta conocía perfectamente porque él mismo había supervisado la operación, siguiendo instrucciones de Sevilla Zertuche transmitidas por el propio Valdez.

Instrucciones que había conservado grabadas, contra todo protocolo, como póliza de seguro para un día como hoy.

Con renovada determinación, se volvió hacia el capitán Rivera.

—Llame a mi asistente. Que prepare mi vehículo personal. Tengo una reunión privada con el presidente Valdez.

CAPÍTULO 21

La caída de Valdez

La antigua casona que albergaba la organización de Joaquín Cervantes mantenía su dignidad aristocrática a pesar del paso del tiempo. Ahora, jóvenes activistas con mochilas y carpetas entraban y salían constantemente, convirtiendo lo que fue símbolo de opresión en bastión de resistencia.

Manuel se detuvo frente al edificio, observando a su alrededor para asegurarse de no ser seguido. Satisfecho, subió los gastados escalones de piedra y tocó el timbre.

La puerta se abrió revelando a una mujer joven de mirada intensa. De momento Manuel no la reconoció con su nuevo corte de cabello y gafas de montura gruesa.

—¿Vas a quedarte ahí parado todo el día? —preguntó Dorita Cienfuegos con una sonrisa cansada pero radiante. Se encontraba de nuevo con su amado.

El reencuentro fue breve pero emotivo, marcado por la urgencia del momento. Un abrazo rápido, un beso apasionado y palabras entrecortadas, la emoción contenida de quienes han sobrevivido a una odisea sin estar seguros de volver a encontrarse.

—Joaquín está esperando —informó Dorita mientras lo guiaba por pasillos donde papeles, libros y máquinas de escribir creaban un caos organizado—. Ha preparado todo para la difusión inmediata.

Joaquín Cervantes los recibió en una oficina cuyas paredes estaban cubiertas por fotografías de desaparecidos, recortes de prensa sobre violaciones a derechos humanos y mapas con pequeñas banderas rojas marcando sitios de masacres documentadas. A sus cincuenta años, Cervantes llevaba en su rostro las huellas de innumerables batallas legales, amenazas y persecuciones. Su cuerpo delgado parecía sostenerse más por convicción que por fortaleza física.

—Por fin nos conocemos personalmente, Manuel —saludó, extendiendo una mano cuyas cicatrices hablaban de torturas pasadas—. Su viaje ha sido observado por muchos ojos invisibles.

Manuel estrechó aquella mano, sintiendo que cerraba un círculo iniciado semanas atrás cuando recibió el primer mensaje encriptado con información sobre las masacres silenciadas.

Sin más preámbulos, extrajo de su mochila los documentos originales y la caja metálica entregada por Simón. Los colocó sobre el escritorio con la solemnidad de quien entrega no solo papeles sino el testimonio de crímenes que toda una maquinaria estatal había intentado borrar.

—El diario de Luis Alcázar está ahí dentro —explicó—. Según Simón, contiene pruebas directas de la participación personal de Valdez en muchas atrocidades.

Cervantes asintió gravemente mientras examinaba el material con meticulosidad de quien sabe que cada detalle puede ser crucial para establecer responsabilidades incontestables.

—Tenemos poco tiempo —intervino Dorita—. Nuestras fuentes en el gobierno informan que Valdez ha dado un ultimátum a Acosta. La cacería se intensificará en las próximas horas.

—Trabajaremos toda la noche —decidió Cervantes—. Para mañana, cada documento estará fotocopiado, respaldado en múltiples ubicaciones y distribuido a organizaciones de derechos humanos en cuatro continentes. —Su mirada se endureció—. Una vez que esta información esté en el dominio público, ni siquiera Valdez podrá contener las consecuencias.

Manuel sintió que un peso enorme abandonaba sus hombros, reemplazado inmediatamente por otro tipo de carga: la responsabilidad de quien ha encendido una mecha que ya no puede apagar.

—¿Y después? —preguntó.

Joaquín y Dorita intercambiaron una mirada cargada de significados implícitos.

—Después —respondió Cervantes con voz que combinaba determinación y realismo—, comenzará la verdadera batalla. Estos documentos son solo el principio. El sistema se defenderá, buscará desacreditarnos, intentará diluir el impacto. —Pausa significativa—. Y nosotros estaremos aquí, recordándole al poder que la memoria es la única justicia que nunca pueden arrebatarnos del todo.

En el Palacio Nacional, el presidente Valdez recibió la noticia de la visita inesperada del general Acosta con mal disimulada irritación. Estaba en medio de una reunión con embajadores extranjeros, vendiendo la imagen de un México estable y próspero, ideal para inversiones que, en realidad, beneficiarían principalmente a un puñado de familias vinculadas directamente con el poder presidencial.

—Hágalo esperar —ordenó a su secretario particular—. Le daré únicamente quince minutos exactos. Ni uno más.

Era una táctica habitual: el control medido del tiempo ajeno como demostración de poder. Sin embargo, cuando finalmente recibió a Acosta en su despacho privado, el presidente percibió inmediatamente algo distinto en la actitud del militar. No era el subordinado nervioso que esperaba encontrar, sino un hombre con la serenidad de quien ya ha tomado una decisión irreversible.

—General —saludó Valdez, manteniendo las formalidades mientras estudiaba cada gesto—, confío en que trae buenas noticias sobre la operación.

Acosta permaneció de pie, rechazando con un gesto la invitación a sentarse.

—No traigo noticias sobre Orta, señor presidente —respondió con voz neutra—. Pero sí sobre otro asunto que podría interesarle personalmente.

Extrajo de su chaqueta un sobre sellado que depositó sobre el escritorio presidencial. Valdez lo miró sin tocarlo, como quien observa un animal potencialmente venenoso.

—¿Qué es esto, general?

—Mi carta de renuncia —respondió Acosta—. Y también, mi seguro de vida.

El presidente entrecerró los ojos, captando inmediatamente la amenaza velada.

—Explíquese.

—El sobre contiene dos documentos. El primero es mi renuncia formal al cargo, asumiendo toda la responsabilidad por el fracaso en la captura de Orta. —Pausa deliberada—. El segundo es una grabación de una conversación con el señor Sevilla Zertuche, autorizando por órdenes suyas la operación que resultó en el asesinato del candidato Colina Andrade.

El rostro de Valdez permaneció impasible, producto de décadas perfeccionando el arte de la máscara política, pero un músculo palpitando en su mandíbula traicionó la tormenta interior que aquellas palabras habían desatado.

—Esa es una acusación extremadamente grave, general —respondió con voz helada—. Y completamente infundada.

Acosta sonrió levemente, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

—Ambos sabemos que no lo es. Como también sabemos que existen copias de esa grabación en lugares seguros, con instrucciones precisas sobre cuándo y cómo hacerlas públicas.

El silencio que siguió fue denso, cargado de cálculos y reconsideraciones. Valdez estudió a Acosta con la mirada clínica de un cirujano evaluando dónde realizar la incisión más efectiva.

—¿Qué propone exactamente? —preguntó finalmente, su tono convertido en el de una negociación entre iguales.

—Continuaré al frente de la operación de búsqueda —respondió Acosta —. Pero bajo mis términos. Sin represalias contra mi persona o mi familia, independientemente del resultado. Y cuando esta crisis termine, me retiraré honorablemente con todos mis beneficios intactos.

Valdez tomó el sobre sin abrirlo. Lo sostuvo entre sus manos como midiendo su peso real y simbólico.

—¿Sabe, general? Siempre lo consideré uno de los pocos hombres realmente leales en mi círculo.

—Y lo fui, señor presidente —replicó Acosta con inesperada sinceridad—. Hasta que comprendí que en su juego, todos somos eventualmente prescindibles. Incluso usted mismo.

Valdez guardó silencio por un momento que pareció extenderse indefinidamente. Finalmente, con un gesto que combinaba resignación y calculada condescendencia, devolvió el sobre a Acosta.

—Mantenga esto a salvo, general. Continuará al mando de la operación, con plena autonomía táctica. —Su voz recuperó el filo autoritario—. Pero entienda algo: si esos documentos llegan a hacerse públicos, ningún rincón de este país o del extranjero será suficientemente seguro para usted o para quienes ama.

Acosta recibió el sobre con expresión impenetrable.

—Lo mismo aplica para usted, señor presidente. La diferencia es que yo ya he vivido la vida que quería vivir. ¿Puede usted decir lo mismo?

Sin esperar respuesta, el general realizó un saludo militar perfectamente reglamentario y abandonó el despacho, dejando tras de sí a un presidente que, por primera vez en muchos años, sentía el frío contacto del miedo auténtico.

El alba del 15 de febrero golpeaba con luz amarillenta los ventanales de la casona en la colonia Roma. Joaquín Cervantes, con ojos enrojecidos por la vigilia, contemplaba las fotocopias organizadas meticulosamente sobre varias mesas. A su lado, Dorita y Manuel permanecían en un silencio casi reverencial.

—Está hecho —anunció finalmente Joaquín, reclinándose en su silla con el agotamiento de quien ha corrido una maratón—. Los documentos están ahora replicados en diecisiete ubicaciones seguras, bajo custodia de organizaciones de derechos humanos que operan tanto nacional como internacionalmente.

Manuel sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal. La verdad sobre El Charco, Agua Fría, Acteal II y tantas otras matanzas silenciadas ya no residía únicamente en su memoria o en aquellos frágiles papeles. Ahora existía de manera indestructible en múltiples formas físicas, lista para emerger en decenas de países.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Dorita.

—Veinticuatro horas —respondió Joaquín—. Mañana a las seis, organizaciones de derechos humanos en cuatro continentes recibirán paquetes completos de información. A las siete, treinta y dos medios internacionales publicarán reportajes previamente preparados. A las ocho, el diario de Luis Alcázar estará disponible íntegramente para cualquiera con acceso a bibliotecas y centros de documentación.

Manuel se acercó a la ventana, observando la Ciudad de México despertar con su ritmo habitual, ajena a la bomba informativa que estaba a punto de estallar. Autobuses urbanos deslizándose entre edificios centenarios, vendedores ambulantes instalando puestos, oficinistas caminando presurosos. Una normalidad que pronto se fracturaría irremediablemente.

—No me gusta —murmuró—. Es demasiado fácil.

Dorita se acercó, colocando una mano sobre su hombro.

—¿Qué quieres decir?

—Sevilla Zertuche no es estúpido —dijo Manuel, señalando hacia la calle donde un automóvil negro permanecía estacionado desde hacía demasiado tiempo—. Y Valdez no ha sobrevivido cuatro décadas en política siendo predecible. Deben tener un plan de contingencia para el caso de que los documentos se filtren.

Joaquín asintió gravemente, revelando que compartía la preocupación.

—Lo tienen. Hemos recibido información de que están preparando un contragolpe mediático masivo. Desacreditarán las pruebas como falsificaciones, presentarán testigos comprados que negarán las masacres, lanzarán acusaciones contra todos nosotros para desviar la atención.

—Como siempre han hecho —añadió Dorita con amargura—. La máquina del olvido funcionando a toda potencia.

—Esta vez será diferente —intervino Manuel con súbita determinación—. Esta vez tenemos algo que nunca tuvieron las anteriores víctimas de su sistema.

—¿Qué? —preguntaron ambos al unísono.

—A Macario.

El nombre flotó en el aire como una promesa, un conjuro, un símbolo. Manuel extrajo su radiotransmisor y compuso un mensaje para ser transmitido a través de la red clandestina hasta llegar a Simón. Cuatro palabras que cambiarían el curso de los acontecimientos: "La puerta está abierta."

En lo profundo de la selva chiapaneca, bajo el dosel verde que filtraba la luz matutina en patrones cambiantes, Macario recibió el mensaje a través de una cadena de comunicaciones que implicaba cinco intermediarios y tres tecnologías diferentes. El significado era inequívoco: los documentos estaban asegurados, la verdad sería revelada inminentemente.

Jean Claude observaba a su padre con la intensidad propia de quien está aprendiendo un oficio. Ahora a sus diecisiete años, el muchacho había desarrollado una madurez forjada en el sufrimiento y la lucha que lo hacía parecer mayor.

—¿Es hora? —preguntó simplemente.

Macario asintió, una sonrisa tenue iluminó brevemente su rostro marcado por cicatrices invisibles.

—Es hora —confirmó, volviéndose hacia Zamarripa y los comandantes regionales reunidos en aquel claro secreto—. Ha llegado el momento de hacernos visibles.

La declaración provocó un murmullo entre los presentes. Durante años, la supervivencia del ELN había dependido precisamente de lo contrario: permanecer en las sombras, ser rumor más que presencia, actuar desde los márgenes del sistema que combatían.

—El pueblo necesita símbolos tanto como necesita verdades —continuó Macario—Los documentos que Manuel ha llevado a la capital son el testimonio de lo que hemos denunciado durante años. Pero un testimonio sin rostro es fácilmente olvidado, fácilmente distorsionado.

Se acercó al mapa extendido sobre una mesa improvisada con troncos, donde pequeñas figuras talladas representaban unidades del ejército y células guerrilleras.

—Marcharemos hacia la capital —anunció con sencillez devastadora—. No como ejército invasor, sino como ciudadanos reclamando su derecho

a la verdad y la justicia. Mostraremos nuestros rostros para que ya no puedan negar nuestra existencia. Y yo hablaré directamente a la nación a través de los mismos medios que han mentido sobre nosotros durante décadas.

Un silencio absoluto siguió a sus palabras. Lo que proponía era una ruptura radical con todo lo que había definido al ELN desde su formación.

Zamarripa fue el primero en romper el silencio.

—Los militares intentarán interceptarnos antes de llegar a las poblaciones mayores —señaló—. Tendremos que dividirnos en grupos pequeños, seguir rutas separadas, reagruparnos cerca de Tres Marías, como alguna vez lo hizo el “otro Macario”

Alberto asintió, apreciando la rápida adaptación, de su ahora lugarteniente.

—Y necesitaremos que la prensa internacional esté presente cuando nos reagrupemos —sugirió tímidamente Jean Claude—. Si intentan masacrarnos, que el mundo entero sea testigo esta vez.

Macario miró a su hijo con una mezcla de orgullo y dolor. A su edad, debería estar preocupado por exámenes escolares, no por cómo evitar masacres. Pero era su hijo, heredero de una tradición de lucha incesante.

—Tienes razón —concedió, colocando cariñosamente una mano sobre el hombro del muchacho—. Y conozco exactamente a quién contactar.

Extrajo de su morral una libreta donde había anotado nombres y datos de contacto recopilados a lo largo de los años. Nombres de periodistas, activistas y observadores internacionales que, en diferentes momentos, habían demostrado interés real por la verdad, más allá de titulares sensacionalistas.

—Necesitamos que alguien coordine esto desde la capital —complementó Zamarripa—. Alguien que pueda organizar la cobertura sin alertar a Sevilla Zertuche.

—Manuel Orta y Dorita Cienfuegos se encargarán de eso —respondió Macario—. Mientras tanto, nosotros debemos prepararnos para la aventura más importante desde que comenzamos esta lucha.

Se volvió hacia los comandantes regionales, hombres y mujeres curtidos por años de resistencia.

—Transmitan las órdenes: formar grupos de no más de cinco personas, desplazamiento nocturno preferentemente, rutas alternativas, puntos de reagrupación escalonados. Llevaremos solo armas defensivas; ésta no es una ofensiva militar sino política. Nuestro objetivo no es tomar el

poder por la fuerza sino exponer la verdad con tal claridad que sea imposible seguir ignorándola.

Mientras los comandantes se dispersaban para organizar el movimiento de miles de guerrilleros hacia la capital, Macario permaneció junto al mapa, estudiando cada posible ruta. A su lado, Jean Claude observaba con atención similar, aprendiendo el arte de la estrategia en tiempo real.

—Padre...¿Crees que funcionará? —preguntó el muchacho finalmente.

Macario consideró la pregunta con seriedad.

—La historia nunca ofrece garantías, hijo —respondió finalmente—. Solo oportunidades que podemos aprovechar o desperdiciar. Ésta es nuestra oportunidad de cambiar la narrativa, de desafiar la versión oficial no con más violencia sino con verdad innegable.

Jean Claude asintió, comprendiendo la profundidad de lo que estaba en juego.

—¿Y después? Si se expone la verdad sobre Valdez y las masacres... ¿qué sigue?

La pregunta reverberó en el claro selvático como el preludio de un trueno lejano. Era la misma cuestión que había perturbado el sueño de revolucionarios desde tiempos inmemoriales: ¿qué viene después de la victoria, si es que ésta se alcanza?

—Después...—Macario contempló el horizonte verde que se extendía infinitamente—, después vendrá lo más difícil: construir algo mejor que lo que derribamos. Pero eso, hijo mío, será tarea principalmente de tu generación, ya no de la mía.

CAPÍTULO 22

Sevilla el titiritero

En Palacio Nacional, el presidente Valdez recorría su despacho con pasos medidos, como un felino enjaulado que estudia los barrotes que lo contienen. Sevilla Zertuche permanecía sentado, revisando informes de inteligencia recién llegados en la mañana del 15 de febrero.

—La casa de Cervantes en la Roma está bajo vigilancia constante —informó, pasando una página del informe mecanografiado—. Orta y Cienfuegos llegaron anoche. Han estado trabajando, seguramente fotocopiando los documentos.

—Ya es demasiado tarde para interceptarlos —concluyó Valdez con frialdad calculada—. Asumamos que la información será pública en horas.

Se detuvo frente al retrato de Benito Juárez que dominaba una de las paredes, estudiando el rostro severo del Benemérito como si buscara en él alguna forma de absolución histórica.

—Implementa el Plan Fénix —ordenó finalmente—. Si no podemos evitar que la verdad salga a la luz, controlaremos la narrativa que la rodea.

Sevilla Zertuche asintió gravemente. El Plan Fénix había sido diseñado años atrás como última línea de defensa ante una crisis reputacional catastrófica. Implicaba sacrificios significativos, chivos expiatorios cuidadosamente seleccionados, y una reconstitución parcial del poder que permitiría a Valdez sobrevivir políticamente, aunque con su proyecto de Maximato probablemente dañado de forma irreparable.

—¿Quiénes serán los sacrificados? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Acosta es el primero —respondió Valdez sin vacilación—. Sus recientes negociaciones lo convierten en perfecto para el papel. Presentaremos evidencia de que actuó por cuenta propia en las masacres, desviando órdenes presidenciales que buscaban soluciones pacíficas.

Caminó hacia la ventana, contemplando el Zócalo, donde turistas y ciudadanos transitaban ajenos a las conspiraciones que se tejían sobre sus cabezas.

—Tú serás el segundo, Pepe —añadió con la misma frialdad.

Sevilla Zertuche no mostró sorpresa alguna. Como veterano de innumerables batallas políticas, sabía que en momentos de crisis extrema, la lealtad se volvía moneda de cambio y no garantía de supervivencia.

—Entiendo —respondió con dignidad estoica—. ¿Cuál será mi narrativa?

—El asesor ambicioso que manipuló información para proteger su posición. El hombre que ocultó la verdad al presidente. —Valdez se volvió para mirarlo directamente—. El culpable de decisiones que yo nunca autoricé.

Un silencio denso se instaló entre ambos, cargado de décadas de complicidad y crímenes compartidos que ahora serían artificialmente separados para salvar a uno condenando al otro.

—¿Y el diario de Luis Alcázar? —preguntó finalmente Sevilla—. Contiene detalles que no pueden ser explicados fácilmente con mi sacrificio o el de Acosta.

Valdez sonrió, una sonrisa fría que no alcanzaba sus ojos.

—Para eso tenemos al tercer sacrificado: Alberto Vega Narváez, ahora conocido como Macario. —Su voz adquirió un matiz casi nostálgico—. Mi querido sobrino político, el hombre que traicionó mi confianza para

unirse a terroristas, el resentido que falsificó evidencia para vengarse de quien lo acogió como familia. El diario será presentado como una elaborada falsificación creada por él y Luis Alcázar para desestabilizar al gobierno legítimo.

Sevilla asintió, apreciando la elegancia perversa del plan. Las tres narrativas se reforzarían mutuamente, creando suficiente confusión y drama para diluir el impacto de las revelaciones reales contenidas en los documentos.

—¿Y los civiles? —preguntó—. Orta, Cienfuegos, Cervantes...

—Intocables por ahora —respondió Valdez—. Cualquier acción contra ellos en este momento solo confirmaría la veracidad de sus acusaciones. Los dejaremos hablar, convertirse en celebridades momentáneas. —Pausa significativa—. El tiempo y la maquinaria mediática se encargarán de erosionar su credibilidad gradualmente.

Sevilla se levantó, comprendiendo que la audiencia llegaba a su fin. Como hombre a punto de ser sacrificado en el altar del poder, mantenía una dignidad sorprendente.

—Una última cosa, Pedro —dijo, utilizando el nombre de pila del presidente—. Siempre supe que este día llegaría. Por eso tengo mi propio seguro, documentos que mi abogado liberará automáticamente si algo me sucede. Documentos que ni siquiera tú conoces.

Valdez lo miró largamente, reconociendo la amenaza velada con un leve asentimiento.

—Nunca esperé menos de ti, Pepe. Por eso siempre fuiste mi mejor asesor. —Extendió su mano en un gesto formal—. Un retiro dorado en el extranjero, entonces. Lejos de los reflectores pero con todos los privilegios que merece quien ha servido tan fielmente a la patria.

Mientras estrechaba la mano de Valdez, Sevilla Zertuche se preguntó cuántos pactos similares habría realizado el presidente a lo largo de los años, cuántas promesas de retiros dorados que terminaron en tumbas anónimas. Pero no tenía alternativa más que aceptar el trato ofrecido y esperar ser la excepción y no la regla.

Cuando Sevilla Zertuche abandonó el despacho, Valdez permaneció inmóvil, contemplando su propio reflejo en el cristal de la ventana. ¿Qué veía? ¿Al joven idealista que alguna vez fue? ¿Al operador político despiadado en que se convirtió? ¿O simplemente a un hombre viejo atrapado en su propia telaraña de poder?

El atardecer del 15 de febrero teñía de tonos cobrizos la casona de la colonia Roma. Manuel, Dorita y Joaquín revisaban los últimos detalles para la conferencia de prensa internacional programada para el día

siguiente. En una habitación contigua, tres periodistas extranjeros —un francés, una estadounidense y un sudafricano— examinaban copias de los documentos más impactantes, preparando reportajes que serían publicados simultáneamente en sus respectivos países.

El teléfono de Joaquín emitió el tono particular reservado para comunicaciones urgentes. Al contestar, su expresión cambió visiblemente, pasando de la concentración profesional a una sorpresa apenas contenida.

—Es para ti —dijo, extendiendo el auricular hacia Manuel—. Es él.

Manuel tomó el teléfono con reverencia involuntaria.

—¿Manuel Orta? —La voz al otro lado sonaba más joven de lo que había imaginado, firme pero sin la dureza que cabría esperar de una leyenda guerrillera.

—Sí. ¿Macario?

—El mismo. —Breve pausa—. Los documentos están seguros, según me informan.

—Completamente —confirmó Manuel—. Se harán públicos mañana en forma simultánea en diecisiete países.

—Bien. —Otra pausa, más larga—. Pero no será suficiente.

Manuel frunció el ceño, confundido.

—¿A qué te refieres? Son pruebas irrefutables de crímenes de Estado. El diario de Luis Alcázar implica directamente a Valdez en las masacres.

—Y Valdez lo negará todo. Presentará el diario como una falsificación, a mí como un resentido, inventará culpables convenientes. —La voz de Macario transmitía certeza nacida de la experiencia con Pedro Valdéz—. Por eso necesitamos algo más: rostros, voces, presencia física. Algo que ni siquiera la maquinaria mediática más poderosa pueda negar.

Manuel comprendió súbitamente.

—Vas a salir de la clandestinidad.

—No solo yo. Todos nosotros. El ELN completo y aumentado por quienes quieran sumarse marchará pacíficamente hacia la capital. Necesitamos que ustedes coordinen la cobertura mediática. Que el mundo sea testigo de quiénes somos realmente, no los terroristas que Valdez ha descrito durante años, sino ciudadanos luchando por verdad y justicia…pueblos originarios cansados de la opresión

La magnitud de lo propuesto golpeó a Manuel como una descarga eléctrica. Era una jugada de una audacia sin precedentes, arriesgada hasta lo temerario pero potencialmente transformadora.

—¿Cuándo? —preguntó, la adrenalina acelerando su pulso.

—Hemos comenzado a movernos hoy. Pequeños grupos, rutas dispersas. Nos reuniremos en Tres Marías en tres días. Para entonces, los documentos ya serán públicos y el gobierno estará en modo crisis. Momento perfecto para mostrarnos como una fuerza pacífica, la voz de una verdad que han intentado silenciar.

Manuel miró a Dorita y Joaquín, que seguían la conversación con expresiones que combinaban asombro y determinación creciente.

—Estaremos listos —prometió—. Organizaremos una cobertura mediática sin precedentes. Si intentan detenerlos... o intentan otra masacre...

—Será la última —completó Macario con serena convicción—. Porque esta vez, el mundo entero estará mirando.

La llamada terminó, dejando en la habitación un silencio cargado de posibilidades y peligros. Manuel compartió los detalles del plan con sus compañeros, observando cómo sus expresiones pasaban de la incredulidad inicial a la comprensión de su brillantez estratégica.

—Es perfecto —concluyó Dorita finalmente—. Los documentos crearán el terremoto inicial, y la marcha pacífica del ELN será la réplica que derribe lo que quede en pie del régimen de Valdez.

Joaquín, siempre el estratega pragmático, comenzó inmediatamente a listar contactos y recursos necesarios.

—Necesitaremos observadores internacionales de derechos humanos, corresponsales extranjeros, cobertura radiofónica en vivo desde múltiples puntos... —Su voz traicionaba una excitación apenas contenida —. Será el mayor desafío logístico que hayamos enfrentado, pero también la mayor oportunidad.

Mientras Joaquín y Dorita se sumergían en la planificación, Manuel se acercó nuevamente a la ventana, observando la Ciudad de México bajo la luz declinante. En algún lugar de esa constelación urbana, Pedro Valdez Urrástegui tejía sus propias estrategias, preparando sacrificios y coartadas.

A la distancia, moviéndose como sombras en el campo mexicano, cientos de guerrilleros avanzaban hacia un encuentro histórico con la verdad pública. Y en el medio, conectando ambos mundos como un puente precario sobre un abismo, estaba él mismo. Un simple periodista transformado por circunstancias extraordinarias en protagonista de una batalla que definiría no solo el futuro político del país sino la narrativa misma de su historia reciente.

Manuel cerró los ojos brevemente, sintiendo el peso de la responsabilidad como algo físico sobre sus hombros. Cuando los abrió nuevamente, una determinación renovada brillaba en ellos. La verdad

estaba en marcha, imparable como avalancha, y él sería su testigo y heraldo hasta las últimas consecuencias.

Los primeros rayos del sol del 16 de febrero apenas comenzaban a recortar el perfil del Ajusco cuando los habitantes de Tres Marías despertaron ante un espectáculo que parecía arrancado de viejas fotografías revolucionarias. Por los caminos de terracería que descendían de las montañas circundantes, siluetas humanas avanzaban en grupos pequeños pero constantes. Hombres y mujeres con rostros curtidos por el sol y la lucha, algunos con pañuelos sobre el rostro, otros mostrando abiertamente sus facciones por primera vez en años.

El ELN estaba llegando a las puertas de la capital. La puerta del Distrito Federal pronto sería traspasada por miles de mexicanos decididos a que su voz se oyera.

Dorita Cienfuegos, apostada estratégicamente en un cerro que dominaba la carretera principal, ajustaba los lentes de su cámara fotográfica Nikon FM2 para documentar el momento histórico. A su lado, dos corresponsales extranjeros —el francés Jean Leblanc y la estadounidense Sarah Braddock— observaban con asombro la convergencia de quienes durante décadas habían sido apenas rumores.

—¿Cuántos son? —preguntó Leblanc, mientras su propio equipo capturaba tomas panorámicas del acontecimiento.

—Estimamos unos diez mil —respondió Dorita, sin apartar la vista de su visor—. Divididos en más de cien grupos que han seguido rutas separadas durante tres días.

Sarah Braddock, veterana corresponsal de crisis internacionales, sacudió la cabeza con admiración profesional.

—Una operación logística de esta magnitud, ejecutada sin comunicaciones modernas, bajo vigilancia militar constante... —Su voz traicionaba respeto genuino—. Es extraordinario desde el punto de vista estratégico y táctico.

—Es la ventaja de luchar en tu propia tierra —explicó Dorita con una sonrisa tenue—Cada sendero, cada arroyo, cada piedra cuenta una historia que solo los locales saben interpretar.

En el centro del poblado, donde regularmente se celebraba el tianguis semanal, se había dispuesto un área para el reagrupamiento. Una escena sin precedentes se desarrollaba allí: guerrilleros que habían pasado décadas en la clandestinidad se reencontraban ahora a la luz del día. Abrazos largos, lágrimas contenidas, reconocimientos mutuos de cicatrices y canas adquiridas durante años de separación forzosa. Si el

ejército les impedía el paso, la población sería testigo de la mayor represión de la historia…y eso no era lo que el gobierno quería.

Macario, acompañado de Jean Claude y Zamarripa habían llegado en la madrugada y supervisaban la operación. A su alrededor, los pobladores de Tres Marías observaban con una mezcla de temor y esperanza. Pocos cerraban puertas y ventanas, otros ofrecían agua y alimentos a los recién llegados, perpetuando la tradición milenaria de solidaridad campesina. Otros se sumaban a las filas.

—Los documentos son públicos desde hace cinco horas —informó Zamarripa, consultando una radio de transistores conectada a frecuencias internacionales—. La primera oleada mediática ha comenzado. CNN, BBC, Le Monde, Al Jazeera... todos están cubriendo las revelaciones.

Macario asintió brevemente, su mirada fija en el horizonte donde la megalópolis extendía sus tentáculos de concreto y cristal.

—¿Y nuestros observadores internacionales?

—Quince ya confirmados —respondió el joven ex seminarista—. Representantes de Amnistía Internacional, Human Rights Watch, tres relatores de la ONU y diplomáticos de países europeos que han logrado escabullirse del protocolo oficial.

Jean Claude, que parecía haber madurado varios años en los últimos días, señaló hacia un punto en la carretera.

—Padre…están llegando carros.

La caravana de automóviles avanzaba sin prisa pero sin pausa por la carretera serpenteante. No eran vehículos militares sino civiles: camionetas de prensa internacional, autobuses con observadores de derechos humanos, incluso algunos automóviles particulares que transportaban a ciudadanos comunes atraídos por rumores sobre el acontecimiento histórico que se desarrollaba.

—Manuel lo logró —comentó Macario con una sonrisa apenas perceptible —. La cobertura que necesitábamos. El ejército no podrá impedir nuestra marcha.

En la distancia, el estruendo de helicópteros anunciaba otra presencia menos bienvenida. La respuesta del gobierno no se haría esperar.

CAPÍTULO 23

La última carta de Juan Pueblo

En Palacio Nacional, la sala de crisis se había convertido en el epicentro de una actividad frenética el 16 de febrero de 1994. Múltiples televisores mostraban imágenes transmitidas por corresponsales de cadenas

internacionales, mientras analistas revisaban reportes sobre la cobertura periodística. El presidente Valdez, con el rostro cetrino por la falta de sueño, contemplaba el despliegue informativo con expresión inescrutable.

—Los documentos están circulando en diecisiete idiomas —informaba un asesor de comunicación, su voz traicionando ansiedad—. El diario de Alcázar ha sido fotocopiado y distribuido masivamente en las últimas horas. Los reportajes sobre las masacres de Valdez ocupan las primeras planas de periódicos internacionales.

Sevilla Zertuche, todavía en funciones a pesar de su inminente sacrificio político, analizaba con calculada frialdad un informe de inteligencia recién llegado.

—El ELN se está reagrupando en Tres Marías, como predijimos. Aproximadamente diez mil efectivos. Muestran abiertamente sus rostros, y están siendo documentados por prensa internacional. Han comenzado una marcha pacífica hacia la capital.

Valdez golpeó la mesa con el puño cerrado, un gesto inusualmente emocional para alguien conocido por su autocontrol férreo.

—¿Dónde está Acosta? Se suponía que sus retenes impedirían justamente esta concentración.

—El general ha reportado problemas de comunicación en varios puntos estratégicos —respondió Sevilla, el tono neutral de su voz contrastando con la gravedad de la implicación—. Una coincidencia bastante... conveniente.

Valdez entendió inmediatamente. Acosta estaba jugando su propia partida, utilizando su control operativo sobre las fuerzas armadas para facilitar pasivamente la llegada del ELN.

—Implementen el Plan Fénix ahora mismo —ordenó Valdez—. Quiero conferencias de prensa simultáneas en cinco ciudades, documentos "clasificados" filtrados estratégicamente a medios afines, testimonios de los "testigos" que hemos preparado. Todo. Y quiero a Acosta destituido en las próximas dos horas, con todos los cargos que hemos fabricado.

Mientras los asesores se dispersaban para ejecutar las instrucciones, Valdez se acercó a una ventana desde donde podía verse la Plaza de la Constitución. Ya comenzaban a congregarse pequeños grupos de ciudadanos, atraídos por las noticias que circulaban como incendio forestal. Pancartas improvisadas exigían respuestas, justicia, verdad. La maquinaria del olvido que había funcionado tan eficientemente durante décadas parecía atascarse por primera vez.

—Podríamos declarar estado de excepción —sugirió un asesor militar—. Militarizar completamente la capital, impedir la entrada del ELN, controlar físicamente a la prensa extranjera.

Valdez negó lentamente con la cabeza, sin apartar la vista de la plaza donde la multitud crecía minuto a minuto.

—Eso solo confirmaría cada acusación en esos documentos —respondió con resignación pragmática—. No, jugaremos este partido final con las reglas de la democracia que siempre hemos fingido respetar. —Se volvió hacia sus asesores, una sonrisa fría dibujándose en su rostro—. Después de todo, ¿quién dice que no podemos ganar incluso con la verdad expuesta? La historia la escriben los sobrevivientes, no los justos.

Manuel Orta atravesaba la redacción improvisada que Joaquín Cervantes había establecido en el piso superior de la casona de la colonia Roma. Lo que días antes había sido una operación secreta ahora bullía de actividad pública: periodistas nacionales e internacionales transmitían por radio, activistas coordinaban manifestaciones de apoyo en varias ciudades, especialistas en derecho internacional analizaban las implicaciones legales de los documentos revelados.

—¡La CNN está confirmando la autenticidad del diario de Alcázar! —gritó un joven asistente, agitando un periódico como si fuera una bandera de victoria—. Han consultado con tres peritos independientes. No hay duda: es auténtico.

Una oleada de vítores recorrió la sala. Manuel intercambió una mirada cómplice con Joaquín, quien dirigía la operación como un director de orquesta experimentado.

—Valdez ha convocado una conferencia de prensa para las cuatro —informó Joaquín, consultando su reloj—. Coincidirá exactamente con la llegada de la vanguardia del ELN a Santa Fe.

—Perfecto —respondió Manuel, mientras revisaba la información que llegaba de Tres Marías a través de mensajes de Dorita—. Cuanto más intente negar, más evidente será su culpabilidad.

Una analista de medios levantó la mano, captando la atención de ambos.

—Han comenzado a implementar algún tipo de contraofensiva mediática —señaló, mostrando varios periódicos donde aparecían simultáneamente "expertos" cuestionando la veracidad de los documentos—. Están presentando a Macario como un resentido y un falsificador. Tienen pruebas supuestamente confidenciales que "demuestran" que Acosta actuó por cuenta propia en las masacres.

Manuel y Joaquín intercambiaron miradas de reconocimiento. El famoso Plan Fénix del que les había advertido un informante anónimo dentro del gobierno.

—Déjenlos —ordenó Joaquín con serenidad absoluta—. Cada desmentido oficial solo amplifica nuestro mensaje. Cada intento de negar lo innegable solo confirma la veracidad de lo que hemos revelado.

Un silencio repentino cayó sobre la sala cuando una figura inesperada apareció en el umbral. El general Acosta, sin uniforme, vestido con ropa civil discreta, observaba la operación con expresión indescifrable.

—Señor Orta —saludó como militar—. Necesito hablar con usted. En privado.

Manuel sintió que el mundo se detenía momentáneamente. Aquel hombre, responsable de implementar algunas de las masacres documentadas, pieza clave en la maquinaria represiva del régimen, estaba ahora frente a él, aparentemente solo y desarmado.

—¿Por qué debería confiar en usted? —preguntó Manuel, mientras notaba que varios de los presentes se ponían instintivamente en posición defensiva.

—Porque en dos horas seré presentado oficialmente como el arquitecto de todas las atrocidades que ustedes han documentado —respondió Acosta con sorprendente franqueza—. Porque el chivo expiatorio nunca es realmente inocente, pero tampoco es el único culpable. Y porque tengo algo que necesitan desesperadamente: la grabación original de Valdez ordenando personalmente el asesinato de Colina Andrade.

La revelación dejó la sala en silencio absoluto. Aquella era la pieza que faltaba, la evidencia directa que conectaría a Valdez no solo con las masacres rurales sino con el magnicidio más significativo de la historia política reciente.

—Mi oficina —indicó Joaquín, recuperando la compostura profesional—. Está a su disposición... y por favor, General, entienda que si esto es algún tipo de trampa...

—Si quisiera neutralizarlos —interrumpió Acosta con amargura—, habría enviado un batallón, no me habría presentado solo y desarmado. —Extrajo un pequeño dispositivo de grabación de su bolsillo—. Aquí está toda mi póliza de seguro. Úsenla bien. Yo ya he hecho mis cálculos, y estoy en paz con mi destino.

Mientras Manuel y Joaquín conducían a Acosta hacia la oficina privada, las pantallas de la sala mostraban las primeras imágenes de la marcha del ELN. Miles de hombres y mujeres avanzando pacíficamente por la carretera principal hacia el Distrito Federal, flanqueados por observadores internacionales que documentaban cada paso. Al frente de

la marcha, Macario caminaba con paso firme, su figura erguida destacando entre la multitud. A su lado, Jean Claude avanzaba con la determinación de quien nació para un momento histórico que había llegado.

El sol de la tarde del 16 de febrero caía oblicuo sobre la capital cuando múltiples eventos convergieron como ríos que desembocan simultáneamente en un mismo océano de consecuencias.

En Palacio Nacional, el presidente Valdez iniciaba su conferencia de prensa con la seguridad teatral que lo caracterizaba, presentando documentos "recién desclasificados" que supuestamente probaban la culpabilidad de Acosta en las masacres y la falsedad del diario de Alcázar. Flanqueado por ministros y asesores con expresiones solemnes muy ensayadas, Valdez interpretaba el papel de líder sorprendido por las acciones de subordinados que habían traicionado su confianza.

Simultáneamente, en todas las pantallas del mundo, la cobertura de la conferencia presidencial se alternaba con las imágenes de la marcha del ELN llegando a los barrios periféricos de la ciudad. La yuxtaposición de imágenes creaba un contraste visual devastador: el poder institucional encerrado tras muros y flanqueado por guardias armados frente a ciudadanos caminando pacíficamente.

En la casona de la colonia Roma, Manuel Orta y Joaquín Cervantes escuchaban la grabación proporcionada por Acosta. La voz inconfundible de Sevilla Zertuche transmitiendo que Valdez ordenaba explícitamente el asesinato de Colina Andrade resonaba en la pequeña oficina, clara y condenatoria. No había ambigüedades, no había interpretaciones posibles.

—¿Cuándo lo hacemos público? —preguntó Manuel, la adrenalina acelerando su pulso ante la magnitud de lo que tenían entre manos.

—Ahora mismo —respondió Joaquín sin vacilación—. En medio de su propia conferencia de prensa. Que el mundo vea al emperador sin ropas mientras él cree estar desfilando con sus mejores galas.

En las calles, algo inesperado comenzaba a suceder. Lo que había comenzado como pequeños grupos de curiosos observando la marcha del ELN se transformaba gradualmente en algo más significativo. Ciudadanos comunes, muchos sin afiliación política definida, comenzaban a unirse a la caminata, engrosando sus filas. Madres de desaparecidos, estudiantes, trabajadores, jubilados... la marcha se convertía en un río humano que avanzaba inexorablemente hacia el centro del poder.

Macario, caminando ahora entre una multitud que ya superaba las veinte mil personas, observaba el fenómeno con asombro contenido. Lo que había planificado como una demostración simbólica se transformaba en movimiento popular espontáneo.

—Es como en los viejos tiempos —comentó una mujer mayor que caminaba a su lado—. Como cuando marcharon contra Díaz, como cuando apoyaban a Zapata. El pueblo despertando.

En Palacio Nacional, la conferencia de prensa se interrumpió abruptamente cuando un asistente se acercó al presidente y le susurró algo al oído. El rostro de Valdez, entrenado durante décadas para no revelar emociones, mostró por un instante fugaz algo cercano al pánico. Cada radio de la sala de prensa, cada televisor en las oficinas gubernamentales mostraba ahora la misma noticia: la grabación de su propia voz ordenando el asesinato de Colina Andrade.

Con profesionalismo mecánico, Valdez intentó continuar su presentación, pero los periodistas comenzaron a abandonar la sala apresuradamente, dirigiéndose hacia las calles donde la verdadera noticia se desarrollaba: la convergencia entre el ELN y ciudadanos comunes en una movilización sin precedentes.

En la sala de crisis, un asesor extendió un teléfono hacia Sevilla Zertuche.

—Es el embajador estadounidense —informó con voz tensa—. Dice que es urgente.

Sevilla tomó el teléfono, escuchando brevemente antes de cubrirlo con la mano y volverse hacia Valdez, quien acababa de regresar tras el fiasco de la conferencia.

—Washington está "profundamente preocupado" por los acontecimientos —resumió con ironía amarga—. Sugieren "facilitar una transición ordenada" y garantizar "respeto a los derechos humanos y la voluntad popular".

Valdez comprendió inmediatamente la traición geopolítica: sus aliados internacionales lo abandonaban al primer signo de inestabilidad seria. El apoyo que había dado por sentado durante décadas se evaporaba como rocío matutino.

—¿Las fuerzas armadas? —preguntó con la calma vana de quien ve próximo el fin.

—Divididas —respondió el asesor militar—. Muchos comandantes están esperando para ver hacia dónde sopla el viento. Algunos han manifestado que no reprimirán manifestaciones pacíficas. Otros permanecen leales pero inseguros de cómo proceder.

Valdez caminó lentamente hacia la ventana, contemplando ahora una Plaza de la Constitución casi llena de manifestantes que ya esperaban el contingente del ELN. El rumor de sus voces se elevaba como marea creciente hasta alcanzar las ventanas del Palacio. No eran gritos de odio sino algo más perturbador: era el sonido de la verdad liberada después de décadas de confinamiento.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó finalmente, su voz teñida por primera vez de algo parecido a la resignación.

Sevilla Zertuche se acercó con ese paso característico que revelaba antiguas heridas mal curadas.

—Queda una carta, Pedro —respondió con formalidad renovada—. Una que nunca quisiste considerar: negociar. Hablar directamente con Macario.

Valdez se volvió bruscamente, la incredulidad dibujada en su rostro.

—¿Negociar con mi sobrino traidor?

—Con el hombre que en un par de horas liderará a casi cien mil ciudadanos que se congregarán en el Zócalo —corrigió Sevilla con firmeza inusitada—. Con el único que puede garantizar que esto termine sin un baño de sangre. —Pausa calculada—Con el único que puede ofrecerte una salida que no implique terminar como Mussolini colgado en una plaza pública.

Valdez contempló nuevamente la multitud, analizando la situación con la frialdad pragmática que había guiado toda su carrera política. Quizás existía aún una forma de convertir la derrota en retirada estratégica, de preservar algo del poder o, al menos, de asegurar un exilio dorado en lugar de una celda o una tumba anónima.

—Establece contacto —ordenó finalmente—. Quiero hablar con Alberto Vega Narváez... Personalmente.

Mientras los funcionarios se apresuraban a ejecutar la orden, Valdez regresó a la ventana. En la plaza, la multitud había comenzado a gritar una antigua consigna que ya era su himno popular. Las voces se elevaban en perfecta armonía, transportando palabras escritas nueve décadas antes, que resonaban con renovada vigencia: "La tierra es de quien la trabaja, el poder de quien lo merece, la verdad de quien la defiende."

En algún lugar de aquella marea humana, Manuel Orta avanzaba junto a Dorita, documentando cada momento histórico. A pocas cuadras de distancia, Macario lideraba la vanguardia del movimiento que se acercaba inexorablemente al centro del poder. Y en Palacio Nacional, el presidente Valdez jugaba sus últimas cartas en una partida donde la verdad parecía tener la mano ganadora.

La noche caía sobre el Distrito Federal mientras la historia contenida por demasiado tiempo irrumpía como río desbordado, arrastrando consigo mentiras oficiales, silencios cómplices y verdades suprimidas en su avance imparable hacia algo que todavía no tenía nombre pero que, en el corazón de cada participante, se sentía inequívocamente como liberación.

Ya estaba Macario con un micrófono en la mano y con el corazón ante la nación:

¡Pueblo de México…!

Hoy no hemos venido a pedir nada. Hemos venido a recordar lo que nunca debió olvidarse: que la tierra de este país pertenece a quienes la trabajan, que el poder es de quienes lo honran, y que la verdad pertenece a quienes la defienden.

Durante siglos nos dijeron que callar era sinónimo de prudencia. Que obedecer era muestra de virtud y que la resignación era nuestro destino. Quisieron acostumbrarnos a vivir de rodillas, como si la dignidad fuera un lujo reservado a unos cuantos. Pero aquí estamos, millones, de pie, demostrando que la paciencia del pueblo no es infinita.

No bajamos de la montaña para conquistar, sino para devolver la voz a quienes se la arrebataron. No venimos a prometer para luego traicionar, sino a cumplir la única promesa posible: que nunca más se gobierne a espaldas del pueblo.

A quienes hoy sienten miedo les digo: nuestro movimiento no nació para vengar, sino para liberar. No queremos sustituir tiranos, queremos enterrar la tiranía. Queremos un país donde ningún niño muera de hambre mientras otros acumulan fortunas obscenas; donde ninguna mujer sea silenciada por alzar la voz; donde ningún indígena vuelva a ser invisible.

Nos han llamado rebeldes, terroristas, utopistas. Pero lo único que hemos hecho es nombrar en voz alta lo que todos saben en silencio: que México está cansado de corrupción, de impunidad, de un sistema que devora a sus hijos.

Hoy no hablo solo en nombre del Ejército de Liberación Nacional. Hablo en nombre de cada campesino despojado, de cada estudiante reprimido, de cada obrero explotado, de cada madre que busca a sus desaparecidos. Hablo en nombre de los muertos que ya no pueden hablar y de los vivos que ya no quieren callar.

El régimen autoritario agoniza. Lo vemos en sus mentiras tambaleantes, en su miedo disfrazado de firmeza. En sus saqueos puestos en evidencia. En la traición que ha hecho al pueblo al no librarlo de la violencia.

No necesitamos fusiles para derrotarlo: basta con la verdad, basta con la unidad de un pueblo que ya decidió levantarse.

Por eso, aquí, frente al corazón de la patria, proclamo: Es hora de comenzar una nueva era. Una donde la democracia no será discurso, sino práctica; donde la justicia no será excepción, sino norma; donde la libertad no será privilegio, sino derecho.

Que lo escuchen dentro y fuera de estas fronteras: México ya no será el país del olvido. Hoy renace la nación de la memoria, de la dignidad y de la esperanza.

¡Libertad, Justicia y Democracia!

EPÍLOGO

El eco de una rebelión

Doce horas después del histórico discurso de Macario en el Zócalo capitalino, cuando la mayoría de los medios internacionales centraban su atención en las reacciones globales y las implicaciones geopolíticas de lo ocurrido, Manuel Orta seguía trabajando. En un pequeño café cerca del Monumento a la Revolución, entrevistaba a un campesino de Acteal que había sobrevivido a la masacre siendo niño y ahora, como adulto, había marchado hasta la capital para ser testigo del desmoronamiento del régimen responsable.

—¿Qué siente al ver a Valdez huyendo en helicóptero militar? —preguntó Manuel, grabadora de casetes en mano.

El hombre, de manos callosas y mirada profunda, consideró la pregunta durante un largo momento.

—No siento lo que esperaba sentir —respondió finalmente—. Creí que habría alegría, venganza satisfecha. Pero solo hay... un espacio vacío. Como cuando se extrae una muela podrida. El dolor desaparece, pero queda un hueco que la lengua no puede dejar de explorar.

Manuel asintió, comprendiendo perfectamente la metáfora. Esa sensación de vacío, de espacio por llenar, era precisamente lo que caracterizaba el momento histórico: el fin de algo claramente definido y el principio de algo aún por construirse.

En un búnker secreto bajo una residencia en Cuernavaca, Sevilla Zertuche revisaba frenéticamente documentos mientras escuchaba reportes radiofónicos de la situación en la capital. El rostro del hombre que había sido la eminencia gris del régimen durante años mostraba algo inusual: miedo genuino. Su plan de contingencia personal, tan meticulosamente elaborado, se desmoronaba

—El avión privado ha sido interceptado en el aeropuerto de Toluca —informó uno de sus últimos colaboradores leales—. Las cuentas bancarias en Liechtenstein han sido congeladas. Suiza no responde favorablemente a nuestras gestiones.

Sevilla asintió mecánicamente mientras quemaba documentos en un brasero improvisado. El humo acre de secretos hechos ceniza llenaba la habitación.

—¿El general Miralles? —preguntó, refiriéndose al comandante militar que había prometido protección.

—Ha emitido un comunicado reconociendo la legitimidad de la movilización popular y ofreciendo las fuerzas armadas como garantes de una transición pacífica.

El mundo se derrumbaba alrededor de Sevilla Zertuche. Uno a uno, los pilares de su poder e influencia se desvanecían como espejismos en el desierto. Aquel hombre que había movido los hilos del poder desde las sombras durante tanto tiempo se encontraba ahora solo, con la historia como único y severo juez.

Con manos ligeramente temblorosas, extrajo de un cajón una vieja fotografía: él mismo, décadas más joven, junto a Valdez y otros políticos en una ceremonia. Todos sonreían con la confianza de quienes se saben destinados a grandes cosas. Ninguno imaginaba estar cavando su propia tumba histórica.

El país entero despertaba a una realidad transformada. Jean Claude caminaba junto a su padre por las calles del centro histórico de la ciudad. Era un momento robado a los acontecimientos, un paréntesis personal en medio del torbellino colectivo.

—¿Crees que mamá estaría orgullosa? —preguntó el muchacho, revelando que bajo su madurez forzada aún latía el joven que necesitaba aprobación y certezas.

Macario se detuvo, colocando ambas manos sobre los hombros de su hijo. Sus ojos, cansados pero serenos, estudiaron el rostro juvenil que mezclaba rasgos de Martha Miranda con los suyos propios.

—Tu madre vivió y murió por el día que ahora estamos viviendo —respondió con voz grave—. Pero creo que sabía algo que ahora comprendo: que derribar un sistema es solo el principio.

Construir uno justo es la verdadera batalla.

Jean Claude asintió, procesando aquella lección en tiempo real.

—¿Y qué sigue ahora? —preguntó, mirando hacia la calle donde trabajadores municipales retiraban gigantescos retratos oficiales de Valdez que hasta ayer dominaban el paisaje urbano.

Macario sonrió levemente, un gesto raro en aquel rostro habituado a la seriedad de la clandestinidad.

—Ahora viene lo más difícil, hijo. Transformar la victoria en justicia, la justicia en instituciones, las instituciones en una nueva forma de vivir juntos. —Su mirada se perdió momentáneamente en el horizonte urbano —. Y la parte más compleja: resistir la tentación de repetir lo que combatimos, de convertirnos en aquello contra lo que luchamos.

Un vendedor ambulante que instalaba su puesto de periódicos reconoció a Macario y se acercó tímidamente, extendiendo un ejemplar del diario donde la fotografía del guerrillero ocupaba la primera plana.

—Para mí es un honor, señor —dijo con voz quebrada—. Mi hermano desapareció en Agua Fría. Quince años sin saber nada…Siento que hoy tuvo justicia.

Macario tomó el periódico y estrechó la mano del hombre con firmeza.

—Encontraremos la verdad sobre cada desaparecido —prometió—. No para reabrir heridas sino para poder finalmente sanarlas.

Esa tarde, mientras comisiones ciudadanas tomaban control pacífico de dependencias gubernamentales y las primeras listas de criminales buscados por la justicia transicional circulaban oficialmente, Manuel Orta terminaba de redactar lo que sería el reportaje definitivo sobre los acontecimientos. Sus dedos volaban sobre la máquina de escribir, intentando capturar no solo los hechos sino el espíritu de aquella transformación histórica.

Dorita entró en la oficina improvisada, cargando nuevas fotografías recién reveladas. Su rostro mostraba el agotamiento de días sin dormir adecuadamente, pero también la satisfacción profunda de quien ha cumplido una misión vital.

—Mira esto —dijo, extendiendo una imagen particularmente impactante: un niño pequeño, sentado sobre los hombros de su padre, colocando una flor en la boca del cañón de un tanque militar cuyos soldados sonreían emocionados. Era el símbolo perfecto de la transición no violenta que estaba ocurriendo.

Manuel contempló la fotografía largamente antes de alcanzar el teléfono. Marcó un número y esperó.

—¿Macario? Necesitamos hablar sobre el futuro. Sobre cómo evitar que lo que está naciendo hoy se corrompa mañana. Sobre cómo mantener la memoria viva sin convertirla en venganza. Sobre cómo hacer que esta vez, finalmente, sea diferente.

Al otro lado de la línea, el hombre que había pasado de guerrillero mítico a símbolo de renovación nacional escuchaba atentamente. A su alrededor, en una oficina temporal establecida en un edificio universitario, representantes de diversos sectores sociales esperaban para discutir los primeros pasos de la transición. Entre ellos estaba Zamarripa, ahora coordinando equipos de documentación de violaciones a derechos humanos; Jean Claude, efectivo como enlace con organizaciones juveniles; e incluso el general Acosta, quien había decidido enfrentar la justicia y colaborar con la verdad como forma de redención personal.

—Diferente será —respondió Macario finalmente—. Porque esta vez la revolución no tiene un caudillo sino un pueblo entero como protagonista. Y porque hemos aprendido, después de tanta sangre y tanto silencio, que el poder verdadero no está en Palacio Nacional sino en la verdad compartida y la memoria honrada.

Mientras el sol se ponía sobre una ciudad transformada, miles de velas volvían a encenderse en plazas y calles, no como protesta esta vez sino como vigilia luminosa por el nacimiento doloroso pero esperanzador de algo nuevo. Entre la multitud, rostros anónimos compartían historias largo tiempo silenciadas, tejiendo con palabras liberadas la narrativa colectiva de un país que finalmente miraba su pasado de frente para poder avanzar hacia su futuro.

Y en algún lugar de la ciudad, una vieja radio de transistores transmitía la canción que se había convertido en himno espontáneo de aquellos días históricos: "La tierra es de quien la trabaja, el poder de quien lo merece, la verdad de quien la defiende".

Palabras antiguas que adquirían un significado completamente nuevo en aquel amanecer de México.

Al final de toda historia de poder, rebelión y esperanza, quedan las voces —unas silenciadas, otras distorsionadas por los estruendos del tiempo— que repiten, desde las cañadas y las plazas, las preguntas esenciales: ¿quién decide el rumbo de la patria?, ¿quién habla por los que callan?, ¿quién recuerda a los que ya no están?

La novela *Bajando de la montaña* es mucho más que la crónica convertida en ficción de una insurrección; es el espejo turbio de un país donde los ciclos de ilusión y desencanto se repiten como estaciones mal sincronizadas. Desde la irrupción guerrillera hasta los entresijos del poder presidencial, el relato nos recuerda que toda aparente estabilidad es apenas un alto en el huracán de las contradicciones mexicanas.

Los personajes que desfilaron —presidentes, candidatos, asesores, militares, insurgentes, periodistas— son máscaras de un teatro que

nunca cierra su telón. El pueblo, sin embargo, no es personaje; es paisaje. Está allí, constante, resistente, doliente. No actúa, pero sufre las consecuencias. No firma decretos ni proclamas, pero sangra cada vez que los poderosos se equivocan o los idealistas se precipitan.

El Comandante Macario, con su pasamontañas y su verbo encendido, desciende simbólicamente de la montaña como un espectro que nos recuerda que la dignidad no necesita rostro, pero sí memoria. El Estado, con sus gabinetes reciclables y sus juegos sucesorios, sube a la montaña para domesticar el mito, para volverlo estadística, promesa rota, archivo cerrado.

Y en medio de ambos —rebeldía y régimen— queda la conciencia del lector, quien ha acompañado los giros de esta historia con el desconcierto que da saberse parte de una nación donde las soluciones siempre llegan tarde, donde los proyectos se anuncian desde los escritorios, y donde la esperanza, tercamente, vuelve a brotar como maleza en terreno baldío.

Queda claro, al bajar definitivamente de la montaña, que la verdadera batalla no se libra con armas ni con discursos, sino con memoria. Y que solo cuando el pueblo deje de ser paisaje y se vuelva autor de su propia narrativa, la historia dejará de repetirse como farsa para comenzar a escribirse como justicia.

Porque mientras haya quien recuerde, habrá quien resista.

Y mientras haya quien resista, habrá futuro.

—FIN—